



TU RANCHO

POR MI

Olvido

ERINA ALCALÁ



TU RANCHO POR MI OLVIDO

Erina Alcalá



Agradezco esta novela a mi familia, que me apoyan para que siga escribiendo.

Sí, soy un soñador. Un soñador es aquél que sólo puede encontrar su camino de luz en la luna, y su castigo es, que ve el amanecer antes de que el resto del mundo lo vea.

Oscar Wilde.

CAPÍTULO 1

—Seis meses, son los que tenemos Isobel. No hay más tiempo. ¿Entiendes? — decía el señor Martin Casper en tono severo a su hija. Los tres miembros de la familia estaban comiendo, pero ninguno de ellos parecía tener especialmente hambre en esos momentos.

—Lo entiendo papá, pero Darek no responde como yo quisiera —Se excusaba—. Me he acostado con él varias veces, pero no quiere compromisos, me lo ha dicho. No es un hombre que se comprometa. Ya no sé qué más hacer.

—¿Quedarte embarazada por ejemplo?

—¡Papá! —Exclamó sorprendida—. Yo no quiero tener hijos aún. Soy joven, tengo veintiocho años. Me gusta Darek como me gustan otro tipo de hombres, y no quiero hijos. Y tampoco lo quiero y no quiero vivir en un rancho—Arrugó la nariz—. Huelen mal y no me gustan los caballos. Me gustan los hombres finos y con trajes y aunque Darek es guapo, no es mi estilo de hombre.

—Veintiocho años no es ser joven —la contradijo—. Ya tienes edad para casarte y ser madre. De esa manera, podrás atarlo a ti para siempre. Saldremos de la situación en la que nos encontramos y pagaremos todas las deudas. Ese rancho es el más próspero de la región, lo sé con certeza.

—Martin, déjala. No la agobies —dijo la madre.

—¡Tú te callas! ¿Acaso quieres que nos tengamos que ir del pueblo sin un dólar? Todo, todo está hipotecado, hasta la casa. Tenemos sólo unos meses antes de tener que salir de aquí con el rabo entre las piernas.

Pero su mujer Mary Anne, no guardó silencio.

—Te dije que no invirtieras todo el dinero —le recordó su esposa.

—¿Qué sabrás tú de inversiones!

—Al menos no he perdido el dinero de nadie.

—¿Me echas en cara que el dinero era de tus padres? — Preguntó furioso—. Yo he trabajado para esta familia durante años. Y por eso estás como estás, como una reina. Nunca te faltó de nada.

Se hizo un silencio incómodo y el padre, volvió a la hija.

—Ya lo sabes —volvió a hablarle con un tono severo—. Tienes seis meses y no para que te ponga un anillo, sino para casarte con ese chico y quedarte embarazada. Al viejo le quedan apenas dos meses de vida, me he enterado.

Eso era realmente importante, porque si el viejo moría, Darek sería su heredero.

—Papá...

—Darek heredará el rancho y todo su dinero. Y eso es lo único que nos salvará. No tiene a nadie más a quién dejárselo, así que él es el objetivo para que no quedemos en la más absoluta ruina —volvió a gritarle a su hija.

—Pero papá, aunque me case con él, ¿cómo voy a pedirle el dinero?

—Serás su esposa, y si tu familia está en peligro, no tendrá más remedio que ayudarnos. ¡Y se acabó!

Con esas palabras el cabeza de familia hubo terminado la discusión.

Dejó la servilleta en la mesa de un golpe. Las dos mujeres que se miraban entre sí, no dijeron

nada cuando escucharon el portazo.

Mary Anne, miró con pena a su hija, que estaba jugueteando con la comida. La madre no aparentaba la edad que tenía, era una señora elegante, alta y rubia, y como siempre iba impecablemente vestida.

—No debí dejarle que administrara la herencia de mis padres —le dijo a Isobel, aunque más parecía que hablara para sí misma— Él no era nadie cuando vinimos a este pueblo, no debí darle tanto poder sobre el dinero. Ahora no tenemos nada.

Isobel miró a su madre con la misma pena con que ella la miraba.

—Hija, no te preocupes. Si tenemos que irnos, nos iremos. Si no quiere venirse, nos iremos las dos solas. Afortunadamente tengo guardado algo que él no sabe, pero no se lo daré. Con ello viviremos las dos hasta que encontremos un trabajo.

—¿Le has ocultado dinero a papá?

La mujer asintió.

—Y ni se te ocurra decírselo o nos veremos mendigando en las calles de Cheyenne —Se puso mortalmente pálida— Y Darek no va a casarse contigo.

—Mamá... —Isobel veía imposible que pudieran valerse por sí mismas—. No he estudiado. ¿Cómo voy a ponerme a trabajar si no sé trabajar en nada?

—Aprenderás, porque la alternativa es morir de hambre. Yo también lo haré —dijo como si fuera mucho más fácil de lo que realmente pensaba—. A tu padre... voy a darle un mes. Lo dejaré.

—¿Vas a dejar a papá?

—Sí. —Asintió la mujer—. No puedo seguir viviendo con tu padre. Lo siento hija.

Y parecía que lo sentía de veras.

—Mamá... —Parecía que intentaba convencer a su madre, pero esta no iba a dejarse.

—Ha perdido mi herencia, mis joyas están vendidas, incluso las de tu abuela, y nuestra casa está hipotecada. ¿Te das cuenta ahora de la situación?

Se mantuvo un silencio entre ambas.

Las dos eran muy conscientes de la situación.

Ya no tenían chica de la limpieza, ni cocinera. No le habían pagado los tres últimos meses y se fue. Ahora era la madre quien se ocupaba de las labores de la casa, porque ella, Isobel, jamás había colaborado en nada. Pero con el cambio de situación, tendría que echar una mano aunque significara romperse sus uñas de porcelana.

En ese instante su madre se las estaba mirando. Le cogió la mano y le dijo:

—Esas uñas se han acabado Isobel.

—Pero mamá...

Su madre se levantó con una expresión mortalmente seria.

—Ayúdame a quitar los platos.

Isobel Casper, se había convertido en una hermosa joven de veintiocho años. Apenas tenía uno cuando sus padres decidieron mudarse al pueblo.

Su padre, era un agente de la propiedad inmobiliaria cuando conoció a su madre, la rica heredera de un banquero de Cheyenne, que al morir le dejó una pequeña fortuna. Fortuna que su marido había ido administrando e invirtiendo mal en los últimos años. Por esas malas inversiones, ahora la familia se encontraba en una situación precaria.

El señor Casper, creía que la gente del pueblo no lo sabía, pero había unas cuantas personas al tanto de su situación económica. Y es que en su pequeña empresa, ya sólo quedaba un único

trabajador, él mismo. Ni siquiera había podido mantener a su secretaria.

Isobel, era una chica guapa, alta y de ojos azules y el pelo, precioso y rubio. Era una princesa y una muñeca, caprichosa y consentida. Vestía elegantemente como una señorita. Había tenido de todo en su vida, y cuando no quiso estudiar al terminar el instituto, se dedicó a ir de compras y a fiestas y hacía un tiempo, su padre le había metido por los ojos a Darek Porter, un hombre que en nada tenía que ver con los hombres que ella solía frecuentar. Y es que Isobel salía con chicos elegantes, con clase y trajes caros. Que tuvieran un buen trabajo bien remunerado: abogados, o el médico nuevo que había llegado al pueblo, Dirving Village.

Pero salir con un tipo como Darek... un ranchero...

Ella jamás saldría con un tipo tan duro y rudo. Y no es Darek no fuese guapo, pero iba vestido con vaqueros y sus gustos no eran nada refinados. Tomaba cerveza en bares sin ningún tipo de encanto como el Village Bar. Un bar donde los propios trabajadores de Derek y de los ranchos vecinos, iban a divertirse los fines de semana. Por supuesto Darek era uno de ellos. Pero él era el capataz, no podía decirse que fuese un simple empleado, pero tampoco el señor ya que el rancho no era suyo. Pero era el capataz del rancho más grande y próspero del condado.

Isobel se había acostado con él unas cuantas veces, no tenía clase, pero le parecía muy guapo, aunque no fuese un hombre fino. Y su padre últimamente la acosaba con la idea de conquistar definitivamente a Darek, por consiguiente, ella acosaba a Darek a llamadas.

El dueño del rancho, Daniel Hunter, era una persona mayor y al estar tan enfermo, su padre sabía que le quedaba poco tiempo de vida.

El anciano no tenía familia, por lo que se suponía que iba a dejarle el rancho a Darek.

El padre de Darek había trabajado de capataz para Daniel Hunter, y ahora su hijo llevaba ya casi ocho años haciéndose cargo de todo.

Había hecho cambios, y gracias a eso, la economía del rancho había prosperado mucho. Fue por eso que el padre de Isobel vio en él la oportunidad de su vida. Casando a Derek con su hija, se resolverían todos sus problemas económicos.

Isobel no había dejado de perseguir a Darek y en algún momento se había hecho su amiga fija. Se podría decir que salían juntos, pero ella nunca había visitado el rancho, porque no le interesaba hacer nada que estropear sus zapatos.

Eran amantes. Isobel lo llamaba por teléfono y el acudía cuando se comportaba como una gatita en celo. Pero no había conseguido que Darek no se protegiera en sus relaciones. Si no conseguía eso, sería imposible quedarse embarazada.

Por otro lado, para Darek, Isobel no era una novia. Era una amiga con derecho a roce, pero no se sentía comprometido. Era una chica guapa más, como el resto de las chicas con las que se acostaba algún fin de semana.

Le interesaban las chicas como a cualquier otro hombre, pero lo que realmente le gustaba a Darek, era trabajar en el rancho.

Darek había nacido allí.

Masón Porter, el padre de Darek se casó con Marie, su novia de toda la vida. Allí mismo, Marie era la cocinera, no solo del abuelo, sino de los trabajadores de allí. Y también se encargaba de la limpiaba. Cuando el dueño del rancho le encargó ser el capataz, se casaron y se quedaron a vivir allí. Ser capataz implicaba tener una casa, la casa del capataz que el mismo Daniel Hunter hizo para ellos.

Fue allí donde tuvieron a Darek, su único hijo, quien se crio en el rancho.

Darek fue a la universidad gracias a la generosidad del señor Hunter. Así lo quería, puesto que

deseaba que al volver, se encargara de la contabilidad y las finanzas del rancho. Y que con el tiempo llegara a sustituir a su padre cuando este se jubilara. Aunque a Darek, más que los números, lo que realmente amaba es ser ranchero.

Darek no tuvo más remedio que ir a la Universidad y hacer una carrera doble, Derecho y Finanzas, y al poco de volver, con veintitrés años, su padre, tuvo un accidente con su caballo. Aunque sobrevivió, le quedó una cojera importante.

El seguro pagó el accidente, pero ya apenas podía salir con los chicos al campo como antes, más bien, así que más rápido que lo que a él le hubiera gustado, fue dejando sus obligaciones y ayudaba a su hijo Daniel en el manejo del rancho.

Darek, además de hacerse cargo de las finanzas, se convirtió en capataz, joven pero eficiente.

Los años habían pasado. Ahora tenía casi treinta años y había trabajado con ahínco. Por su padre y por él.

El dueño de todo, Daniel Hunter, tenía a toda la familia en alta estima. Era una familia muy trabajadora honrada y fiel. Pero el abuelo Daniel enfermó.

Darek temía la posibilidad de que Daniel muriera pronto. Si eso ocurría cabía la posibilidad de que le dejara el rancho como herencia. Y es que al abuelo no se le conocía familia alguna.

Él no era ambicioso, sino un buen trabajador y había nacido en esas tierras y ser ranchero formaban parte de él. Eran una extensión de él mismo. Era su vida y no quería que se vendieran aquellas tierras.

Si tuviese dinero, Darek se lo había comprado mucho tiempo atrás, pero ni con el dinero del seguro de su padre, ni lo que habían ganado los tres en aquellos años, podrían pagar una décima parte de su valor.

Y es que el rancho de Hunter no tenía precio.

CAPÍTULO 2

Daniel Hunter se lamentaba de que los años hubieran pasado tan rápido.

Ya tenía 80 años, y aunque hasta hace poco, su estado de salud había sido bueno y había estado trabajando en su rancho, hacía poco le habían detectado un cáncer de colon.

—¿Cuanto tiempo crees que me queda? —Le preguntó Daniel a su médico un año atrás.

—Lamento decirte, que no más de un año de vida.

Daniel se lo tomó todo lo bien que un hombre puede tomarse semejante noticia.

Lo primero que hizo esa mañana fue subir a las colinas del rancho, desde donde podía divisarse toda su propiedad. O parte, puesto que esta era vasta y se perdía en la lejanía del horizonte.

En ese momento de soledad, Daniel se sentó en una gran piedra, cerca de dónde estaban enterrados sus padres. Hacía ya muchos años que no iba a visitarlos. Ahí pensó en su vida, y en todo cuanto había acontecido y supo qué iba a hacer antes de morir.

Lo supo con meridiana claridad, e iba a dejar todo atado y bien atado.

Esa misma mañana, lo primero que hizo fue llamar a su amigo y abogado, el Señor Perkins, y a su ayudante Masón Porter y hablar con ellos. Sólo a ellos les dijo lo de su enfermedad, de momento no quería que nadie más se enterara. Ya lo diría él, en el momento que considerara oportuno.

Mientras tanto había asuntos urgentes que atender. Pensaba dejarlo todo atado y bien atado. Hizo reformar el rancho, incluso las casas. Él sabía lo que quería. Contrató a una constructora e incluso a una decoradora que lo dejara todo a la última moda. Precioso.

Todos se asombraron del cambio que pretendía hacer. Pero se hizo. Y nadie dijo nada.

Si el dueño quería reformar las casas, los barracones, los almacenes y todo el rancho... nadie podía contradecirlo. Así que se pintaron las vallas, la entrada y todo quedó como nuevo.

Al cabo de cuatro meses, tal y como imaginó Daniel, todo estaba a mejor. Y hasta Darek se asombró del despacho que había dejado para él y lo moderno que había quedado todo.

Una tarde Daniel entró en el despacho y pilló a Darek observándolo todo.

—¿Te gusta muchacho? —le preguntó.

—Es asombroso. Ha quedado todo perfecto. La casa... maravillosa, de revista. Aquí están las facturas de todas las reformas, —dijo Darek cogiendo una carpeta de encima del escritorio— ¿Quiere echarle un vistazo?

En esa carpeta. Entre las facturas de la reforma y las mensuales, había otra.

Darek llevaba la contabilidad del rancho y sabía que todos los meses faltaba una cantidad que Daniel decía que mandaba a una ONG. Era una buena cantidad: 2.000 dólares, pero él no tenía nada que decir a eso. Lo ingresaba en la cuenta que le daba y no preguntaba. Y algunas partidas particulares también que él le decía que pusiera en las salidas, *particular y que iban a la misma cuenta*. Era el jefe y seguía sus órdenes.

—No será necesario, confío en ti.

Darek no lo dijo, pero eso hizo que se sintiera valorado.

—¿Hay suficiente dinero después de lo que nos ha costado toda la reforma?

—Sí, señor Daniel, claro que hay. —Sonrió—. Tiene para tres vidas.

—Ya quisiera yo tener tres vidas hijo —dijo con una carcajada, después se puso a toser— Ya quisiera.

Darek no se preocupó demasiado por el anciano, pues se le veía saludable, aunque un poco más cansado de lo habitual.

—Ahora, si no te importa, quiero que me llames a este número. Mi vista no es la de antes. Y déjame solo ¿quieres?

—Por supuesto.

Darek le marcó el número y tal y como había pedido lo dejó solo.

Daniel, sabía que le quedaba poco tiempo de vida, y después de esos meses renovando el rancho, menosc todavía.

Después de aquellos meses, había poca gente que supieran que estaba tan enfermo. Su abogado: el señor Perkins, el notario Spencer donde tenía el testamento y por último: el padre de Darek. Masón Porter.

También lo sabía el bufete de abogados al que le mandaba una cierta cantidad cada vez que tenía que demandarle algo. Era un abogado español, posteriormente se hizo cargo su hijo cuando el padre se jubiló, de Sevilla. Y las noticias que le comunicó no eran precisamente buenas.

Cada mala noticia, traía otra mala noticia. Le dio instrucciones precisas de lo que tenía que hacer y le mandaría una cantidad de dinero para ello. Y era muy urgente, así que llamó a Darek y le indicó que enviara la cantidad de 5.000 dólares a la cuenta de la ONG. Ya hablaría con todos.

Daniel ya se sentía débil. Los siguientes días los pasó en la cama y todos creían que tenía gripe, porque apareció la fiebre. Llamaron al médico.

—Tiene que descansar, estos últimos meses se ha agotado demasiado.

El médico les pidió que los dejaran solos en la habitación y tanto Darek como su padre obedecieron.

Su rostro estaba pálido y sudoroso. Como no quería tomar más medicamentos de los necesarios, la enfermedad avanzaba mucho más rápido de lo que esperaba.

—Eres muy terco Daniel. Si me hiciese caso, tendría algunos meses más de vida.

El anciano negó con la cabeza.

—Solo necesito uno. Un mes más, ya lo tengo todo listo, doctor. —Si tomaba las pastillas sabía que su cerebro funcionaría aún peor— No quiero estar dormido todo el tiempo. Dormiré cuando resuelva mis asuntos.

—Pero... hombre de Dios...

—Nada —hizo un gesto con la mano para que se callara—. No voy a estar dormido lo que me queda de vida.

—Como quiera.

El médico se fue cabizbajo, apenado por no poder aliviar a su paciente. Cuando se fue, entró Masón, que no se retiraba de su lado, a pesar de su cojera.

—Masón...

—Dígame señor. ¿Se encuentra mejor?

—No, amigo. Peor... me queda menos de un mes de vida. Lo sé.

El padre de Darek tragó saliva y se acercó aún más a la cama de Daniel que quería hablarle.

—Esta maldita enfermedad... Como sea, quiero tener mañana una reunión.

—¿Una reunión?

—Encárgate de llamarlos a todos. Que no haya un no por respuesta. A las once en punto.
Masón asintió.

—Será como usted diga.

—Me llamas a dos chicos para que me lleven al salón. Ya me cuesta bajar yo solo, creo que ya no saldré de la cama.

—No diga eso.

—Esto es así, querido amigo —después volvió a centrar la vista en Masón—Atiéndeme bien. En la reunión han de estar, el abogado, el señor Perkins, el Notario, el señor Spencer, tu hijo Darek y tú. Nadie más. No quiero molestias, ni llamadas de teléfonos de nadie.

—Así se hará.

—A las once, que no se te olvide. Y que tu hijo me contrate un enfermero para ya. Y... que me compre una silla de ruedas.

—Está bien, como mande, me pongo a ello. ¿Necesita algo más?

—No, voy a dormir un rato. El médico me ha cansado. Cierra un poco las cortinas que entra demasiada luz.

Masón obedeció echando un vistazo al viejo Daniel. -¿Así?

—Así está bien, gracias Masón.

—Al mediodía le traerá Marie un caldito con algo ligero. —Vale. Ahora haz lo que te he encargado. No me queda mucho tiempo y es importante lo que tengo que deciros.

—Me voy a ello, hasta luego señor.

Sí, pensó Masón, al viejo no le quedaba mucho tiempo de vida.

A las once del día siguiente, dos de los chicos, bajaron al salón a Daniel y lo sentaron en su sillón. Allí esperaban, todos los que él había querido reunir.

Daniel, los invitó a sentarse a todos.

Tan solo sabía lo que iba a hacer el notario, ya que había estado un mes antes en su casa redactando los últimos puntos del testamento.

Todos tomaron asiento en los sofás y sillas del salón. Darek estaba nervioso, veía que el viejo estaba cada vez peor y le apenaba mucho su estado. Aquello no parecía una simple gripe. Ni aquella una reunión normal.

—Queridos amigos, —empezó diciendo Daniel sentado frente a ellos en su silla de ruedas—, he hecho esta reunión, para deciros lo evidente: ya estoy mayor, y... estoy enfermo.

Darek se tensó. Algunos no parecían muy sorprendidos de la noticia, pero él... pensó que el viejo los enterraría a todos.

—Me queda apenas un mes de vida.

Darek cerró los ojos con fuerza mientras escuchaba algún que otro murmullo de asombro.

¡Un mes! Dijo para si mismo. No lo podía creer.

—No, no quiero me interrumpáis hasta que acabe. Tan sólo mi querido ayudante, antes capataz y amigo Masón, el médico y el señor Spencer, saben de mi enfermedad—todos se miraron. Darek, miro a su padre también, entendiendo que le había estado ocultando tan valiosa información— Me queda apenas un mes de vida, o poco más. No os apenéis. Tendría que morir un día u otro cualquiera, da lo mismo. Pero quiero contaros algo. Nadie sabe de mi vida desde que vine aquí y hay cosas que quiero que sepan. También quiero ver... a una persona antes de morir.

Se hizo un largo silencio, mientras Daniel encontraba las palabras.

—Se trata de mi nieta Susana.

Todos se quedaron blancos como la nieve, salvo el notario que lo sabía.

—Cuando me fui del rancho, ninguno de ustedes me conocía, ni yo a vosotros. Me fui a España, al otro lado del charco. Fui de vacaciones cuando era joven y me enamoré de una mujer preciosa. Mis padres estaban aquí, al cargo del rancho. Fueron ellos los que lo compraron. Yo era hijo único y esperaban que el rancho lo trabajase yo, como al final ha sido. Lola...

Tomo aire para hablar de la mujer española.

—... era preciosa, de Sevilla, una ciudad al sur de España. Me casé con ella. Yo había estudiado Derecho y trabajé en un bufete de abogados. Al año y medio tuvimos un hijo. Era muy joven, tenía veinticuatro años y Lola murió de cáncer cuando nuestro hijo apenas tenía los tres años. Fue un año muy duro para mí, la amaba con locura. Era tan joven...

Daniel se emocionaba.

—¿Cómo no nos contó nada? —Apenas susurró Darek, pero el anciano no lo escuchaba.

—Era preciosa. En aquellos tiempos no se curaba tan fácilmente su enfermedad. Y ahora tampoco cuando te viene de cara. No supe qué hacer con veintisiete años, solo y un hijo. Así que dejé a mi hijo con una hermana de Lola: Macarena, y me volví al rancho. Mi hijo era un dolor que me recordaba a mi amor perdido, así que Macarena se hizo cargo de él. Yo le mandaba dinero mensualmente. Pero fue un niño rebelde y no quiso estudiar. En su juventud dejó a una chica embarazada con apenas veinte años. Cuando nació mi nieta Susana, nombre que le pusieron, mi hijo y la madre de la criatura, tuvieron un accidente de moto. Ambos murieron. Primero mi mujer y luego mi hijo y mi nuera. Me quedé sin nadie, salvo mis padres. Macarena, la hermana de mi mujer, siguió criando y educando a mi nieta.

El hombre pareció perder la vista fuera, mirando a través de la ventana.

—Primero a mi hijo y después a mi nieta. Era una gran mujer. Durante toda mi vida le he mandado todos los meses un dinero, sin falta. Y me he comunicado con ella. Así he podido ver crecer a mi nieta Susana, porque me ha mandado fotos de ella. Es preciosa. Quise que mi nieta estudiara, pero Macarena enfermó cuando ella estaba en el segundo año en el instituto.

Todos estaban perplejos ante la historia, se miraban unos a otros y el salón tenía un silencio sepulcral.

—Cuando me enteré de que estaba enfermo, quise renovarlo todo. Lo hago por ella, por mi nieta.

Hubo alguna cabeza que asentía y empezaba a comprenderlo todo.

—Ella ha vivido humildemente y no quiero que pase más penurias de las que le han tocado ya vivir. —guardó silencio unos minutos hasta que volvió a encontrar el hilo de sus pensamientos— Como os decía, he sabido por el abogado que tengo en Sevilla que mi nieta no ha podido estudiar como Macarena me prometió. Habla inglés perfectamente, pero el dinero para pagar sus estudios... Como Macarena enfermó, mi nieta utilizó el dinero que le mandaba, en cuidarla, en vez de en estudiar una carrera. Es una chica estupenda.

Daniel asintió como afirmando que realmente era así.

—Ahora Macarena ha muerto y no quiero que esté sola. No me tendrá a mí, pero tendrá lo que le corresponde como mi familia. Y a eso voy: Susana es mi nieta y va a heredar el rancho.

Darek contuvo el aliento ante las palabras de Daniel.

—Ella será mi heredera. Llegará pasado mañana a Cheyenne y tú Darek —señaló al muchacho que permanecía callado— vas a ir a por ella.

—Se hará como usted diga, Daniel.

El anciano asintió complacido.

—Viene a las cinco de la tarde en un avión desde Nueva York. Así que a esa hora estarás en el aeropuerto. Sal temprano. No te preocupes por el rancho. Tardes lo que tardes, el rancho estará aquí esperando. Le he comprado un monovolumen gris para ella. Te lo llevarás y lo pruebas. Esta tarde irás a recogerlo al pueblo. Lo pagas al contado.

Darek volvió a asentir y dio un paso hacia la puerta, necesitaba tomar aire. Pero Daniel lo detuvo.

—No he terminado todavía.

Hizo un descanso y pidió agua. Bebió un sorbo bajo la atenta mirada de todos.

—Ahora te toca a ti Darek. Sé que estás saliendo o se te ve con Isobel Casper. Tienes que dejarla.

—¿Cómo?

—Lo harás esta misma tarde.

—Pero...

Darek iba a decirle que no mantenía una relación con Isobel. Sí, se divertían de vez en cuando pero no era su novia. Aunque si lo fuera, le molestó que el anciano pensara que tenía tanto poder sobre su vida.

—No he terminado muchacho. Su padre tiene todo hipotecado, hasta las joyas de su mujer y sé que va a por ti, no porque te quiera.

Darek lo escuchó atentamente. La mayoría de cosas ya las sabía, pero no quiso callar al patrón.

—Es su padre quien quiere cazarte, para echarle mano a mi rancho. Cree que vas a ser el único heredero. Pero no es así. Tendrás tu parte, no temas. Pero con condiciones.

Darek tomó aire y cerró los ojos. Era demasiada información.

—Lo que usted decida.

—No te quedarás sin nada. Tendrás un treinta por ciento de este rancho y... de todo. Incluso de las ganancias anuales, hasta del dinero que poseo. Ya sabes que no es poco, tú mejor que nadie lo sabes ya que llevas las cuentas.

—Lo sé. —Y era cierto, Darek lo sabía.

—Mi nieta tendrá el setenta por ciento, pero ella se ocupará de la gestión de las casas y lo hará como crea conveniente. Tus padres y tú seguiréis teniendo el mismo sueldo. Eso lo hablaré con mi nieta y así quedará escrito. Y... hay un punto más. Te casarás con mi nieta.

—¿Quééééé?

La cara de Darek, siempre tan neutral, se había desencajado. ¿Cómo era posible que le pidiera eso?

—Sí deseas heredar todo lo que he dejado para ti, es lo que tendrás que hacer.

—Pero...

—Piénsalo. Llevarás todo el rancho, dispondrás y manejarás a tu antojo y darás a mi nieta una tarjeta para gestionar las casas y la comida. Todo ello a cambio de que te cases con ella.

—Pero si no la conozco...

—Eso es una tontería. La conocerás y te gustará. Es preciosa y una buena mujer. Eso es lo que necesitas para llevar mi rancho. Una familia y no esa tonta de Isobel.

Darek estaba sin palabras.

—Tendrás el rancho entero y toda la gestión. Es el mejor del condado. Y a cambio solo tendrás que casarte con una mujer estupenda, mi nieta. Si te divorcias, solo tendrás el treinta por ciento y

no gestionarás nada. Y tú y tu familia tendréis que buscaros otro lugar para vivir.

—Señor Daniel —Masón estaba sorprendido, aunque supuso que era una medida de presión para que Darek aceptara.

—Me gustaría que te casaras cuando venga, antes de que me muera. Viviréis en esta casa, en esa habitación preciosa que he hecho para vosotros y vuestros hijos, cuando los tengáis algún día.

—Pero Dios mío {Se ha vuelto loco!

—No, nunca he estado más cuerdo que a la hora de morirme.

Darek negaba con la cabeza.

—No sé nada de ella y quiere que me case. ¿Qué edad tiene su nieta?

—Veinticuatro años. Es algo más joven que tú. Es una edad estupenda para empezar a formar una familia.

¿Hijos? Darek se llevó las manos a la cabeza.

—Tendrás que enseñarle todos los entresijos del rancho. Deberás cuidarla y protegerla, e intentar amarla y serle fiel. Si haces eso, tendréis una vida tranquila y feliz.

Darek no miró a los presentes, tan sorprendidos como él.

—¿Pero ella lo sabe?

—Sí, lo sabe y ha firmado ya en España.

—¿Ha firmado el contrato matrimonial? ¿Sin verme?

—Sin verte. Está sola, no tiene a nadie. Y se fía de que su abuelo hará lo mejor para ella. A Susana le gusta la soledad y no creas que es tonta, aunque no haya estudiado. Tiene su carácter y al principio, se lo tomó como tú. Después se lo pensó. Esta es la mejor opción para todos. Además sabe que eres joven y atractivo. Y no tiene dónde ir.

—¡Dios mío!...

—Piénsalo. Te doy el día de hoy para pensarlo y firmar ante el notario.

Darek miró al señor Perkins que asintió. Después deslizó la mirada hacia el anciano que le sonreía.

—Pasado mañana tendrás que ir a Cheyenne, te cases con ella o no. Y lo de Isobel... —meneó la cabeza—, fuera. Y ya he terminado. Espero que me des la respuesta cuando te lo pienses.

Ahora que lo había soltado todo respiró con dificultad a causa del cansancio.

—Llama a los chicos, que me suban a la cama. La reunión ha terminado.

CAPÍTULO 3

Darek, llamó a los chicos y se fue directamente a su casa. Al rato, entró su padre y los tres se sentaron en la mesa del comedor, nueva, y preciosa, recién reformada.

Él no podía permitirse salir del rancho.

¿Dónde iban a vivir sus padres y dónde iba a trabajar él? Ciertamente le podía vender su parte a la tal Susana y obtener algún dinero, y tenía el dinero heredado, pero no podía hacerle eso a sus padres. Arrancarlos del único hogar que habían conocido. Y menos ahora que tenían una casa maravillosa y recién reformada. Sus padres tenían una edad...

El jefe le había hecho una buena encerrona.

Él, por otro lado había trabajado mucho por ese rancho. No era suyo ciertamente, pero le encantaba trabajar allí. Había trabajado toda su vida, excepto los años de la Universidad. No quería dejarlo. No conocía otra cosa.

—Hijo —dijo su padre, sacándolo de sus pensamientos— no tienes por qué hacerlo. Podemos irnos a otro lugar.

—Yo encontraré trabajo de cocinera si no deseas casarte.

—Y yo... algo por ahí.

Darek sonrió sin humor ¿cómo podría hacerles eso a sus padres? Estaba a punto de sacrificarse para que él no tuviera que casarse forzado. Pero no solo estaban ellos en juego, el rancho también era su vida.

—Eres un chico joven —le dijo su padre— y podrás encontrar otro rancho en el que trabajar, u otro trabajo en la ciudad. Tienes dinero de sobra con el treinta por ciento.

—No quiero que te cases con cualquiera sin conocerla, hijo —dijo su madre muy afectada—. Aunque quizás te guste... y no tengas que renunciar a tus sueños de seguir aquí y hacerte cargo de todo.

Él asintió.

Ya prácticamente lo tenía decidido.

—Me casaré con ella. —Hubo un silencio que nadie se atrevió a romper hasta que Darek siguió hablando—. No es cualquiera, es la nieta del jefe. No va a ser tan malo. Seguro que es una buena chica. Firmaré el contrato.

—No quiero que te arrepientas Darek. Casarse es algo serio, no podrás estar con otras chicas si te gustan, ni con esa tal Isobel —alegó su padre.

—Esa chica no me interesa. No tenemos nada serio. Ya está decidido, me casaré con la nieta de Daniel.

—¿Seguro que no te arrepentirás hijo? Tu felicidad está primero que todo —seguía diciéndole su madre.

—Mi felicidad de momento es este rancho —dijo muy serio—, he luchado por él y me encanta estar aquí y no pienso irme a ningún lado.

—Como quieras, pero piénsalo bien, tienes tiempo — insistía su padre.

—Ya lo he pensado.

Y su decisión era firme.

No tuvo que ir al pueblo. El notario aún estaba en la casa discutiendo algunos puntos con el

abogado y firmó el contrato.

—Enhorabuena.

—Gracias —Darek respondió sin estar muy convencido.

Ahora quedaba hablar con Isobel.

Iba a ser una liberación más que un corte. No quería ver sus lágrimas, así que la llamó.

Tenía que acabar con todo cuanto antes y salir al campo a respirar, cabalgar en su caballo por el rancho, bajar la adrenalina y pensar bien en lo que iba a hacer en los próximos días.

Aunque lo que había hecho había sido por sus padres y en segundo lugar por el amor que sentía por el rancho.

Cuando le dijo a Isobel, que no lo llamara más, que en unos días iba a casarse, esta se quedó muda y lloró por teléfono con lágrimas de cocodrilo.

Lo llevó lo mejor que pudo, pero acabó lo que quiera que tuviesen. Bastantes problemas tenía ya en los que pensar.

No tenía miedo, solo pensaba en si esa mujer no le gustaba. Él era muy especial con las mujeres. No le gustaba cualquiera. Le gustaban alegres y con carácter, no como Isobel, que era distinta, distinguida y caprichosa.

Quería una mujer auténtica. Y así había conocido pocas.

¿Le gustaría la nieta de Daniel? ¿Y si no era atractiva? ¿Y si no olía bien?

Se llevó las manos a la cabeza y sintió que le faltaba el aire.

¿En que pensaba? Ni siquiera tenía una simple fotografía para mirarla.

No podía dar ni una opinión. Por suerte no tendría que esperar mucho para despejar sus dudas. Tendría que conocerla en dos días.

Cabalgó por el rancho y cuando paró el caballo y miró el horizonte, supo que había hecho lo correcto. Fuese o no su rancho, no quería irse de allí. Amaba esas tierras, su trabajo y no le supondría ningún sacrificio casarse con cualquier mujer.

Cuando volvió del paseo, subió a la habitación del jefe.

—Hola jefe.

—Hola hijo, ¿ya lo has pensado?

—Ya he firmado. Quería que lo supiera.

El anciano lo miró complacido.

—Bien hecho chico. Sabía que lo harías por tus padres, por esta tierra que es tu vida y por ti. Eres un buen hombre, por eso te encomiendo a mi nieta. Es lo único que tengo y está sola en la vida. Se ha dedicado seis años a cuidar de su tía, olvidándose de ella misma. Una chica así, no puede ser mala. Así que prométeme que la cuidarás bien.

—Se lo prometo.

—E intentarás amarla.

Eso quizás fuese la parte más difícil.

—Lo intentaré.

—Ven, acércate —le pidió y Darek se acercó—. Abre ese cajón, ahí hay una foto, pero es de hace cuatro años. No creo que haya cambiado mucho.

Darek tiró del cajón y ahí fue cuando la vio por primera vez.

—Parece una niña.

—Sí, ahí tenía veinte años, pero ya era una mujer trabajadora. Métela de nuevo en el cajón. Ya sabes cómo es, solo quería que la vieras. Ahora me la traes sana y salva. Y dentro de una semana estaréis casados.

Esas palabras lo desconcertaban. Se iba a casar. Aún no podía creerlo.

—Mañana vienes por la mañana y preparamos la boda.

—¿Sin ella?

—Una boda es una boda, —dijo tajante— Ella sólo necesita el vestido de novia. Haremos una barbacoa en el rancho. Vamos a encargar la comida, y camareros para que la sirvan. Y el cura, por supuesto. No creo que se necesite más. Ella se comprará el vestido y tú comprarás su anillo de pedida y las alianzas, como un buen novio. Y en una semana... boda. —Daniel hablaba con entusiasmo a pesar de su salud—. No tengo mucho tiempo Darek. Te dejo al cuidado de todo, porque eres el mejor, te quiero como un nieto y te lo has ganado.

—Gracias señor. Se lo agradezco mucho. Ya me voy.

—Mañana. A las once.

—A las once.

Darek, recordó la foto. Parecía una niña, y con sinceridad esperaba que hubiese crecido.

Sonrió mientras bajaba las escaleras del piso superior. Tenía el pelo largo y era morena. El color de los ojos no se le veía bien y era una foto que parecía de fotomatón. Al menos no se la veía fea. Aunque la imagen estaba algo borrosa.

O sea... lo único que sabía es que era de pelo largo, morena y con una la nariz que parecía pequeña.

¡Uff! Por algún motivo tenía ganas de verla, al natural.

¿Por qué estaba nervioso?

Al día siguiente a las once, ya estaba con el jefe y su padre, preparando la boda. Hablaron por teléfono con una organizadora y le dijeron lo que querían y allí estaban liados.

La organizadora se desplazó al rancho en menos de media hora y tuvieron anotado todo, hasta la lista de invitados. La encargada haría unas tarjetas bonitas y las mandaría a los invitados.

El resto era coser y cantar.

Darek se fue al pueblo por la tarde con su madre, una vez que había echado un vistazo al rancho y a los chicos, compró un anillo de compromiso. Uno que le gustó a su madre, pero el tamaño fue al azar, porque no sabía el número.

—Creo que este —dijo su madre—. Luego si hay que cambiarlo, se cambia.

A él le pareció bien cualquiera, porque no sabía si la chica era delgada, gordita, muy gorda o muy delgada,

¡Dios! Le iba a dar algo.

También compraron unas alianzas.

Un traje fino de vaquero, un vestido para su madre y otro traje para su padre. También compró accesorios nuevos. Para cuando terminaron, se fueron al rancho.

—Estoy contenta Darek. Es la primera boda en el rancho.

—Claro, y la de tu único hijo.

La mujer sonrió.

—Es cierto.

—Siempre me has querido ver casado y ahora lo vas a conseguir.

—Calla, ya verás, vas a tener una novia preciosa. Me la imagino. Las españolas son guapas y es sureña. Me lo dijo el jefe. Y además vas a tener un rancho maravilloso que sé que es tu vida. Solo que... recuerda que es de ella, no tuyo.

Él sintió.

—Lo sé mamá. No voy a cambiar mi comportamiento, aunque le consultaré todo. Pero también

la aconsejaré. Es la jefa.

—La jefa va a ser tu mujer —dijo su madre riéndose a carcajadas.

—No te rías, no tiene gracias.

—Sí que la tiene —lo tranquilizó Marie.

—¡Qué mala eres mamá! Estoy sufriendo y tú ahí muerta de risa.

Cuando se hubo calmado, le acarició la mejilla con cariño.

—Sabes que te quiero.

—Yo también, pero esto no lo esperaba —Se refería a las intenciones del viejo Daniel—. Tenía el presentimiento de que Daniel me dejaría parte del rancho al menos, porque no tiene familia y por mi parte no es codicia.

—Lo sé hijo mío, sé que amas ese rancho —le dijo su madre.

—Por eso, tener que compartirlo no me importa. Trabajarlo es lo mío y si hay otro socio acataré las normas. Pero jamás imaginé que Daniel tuviese una nieta. ¿Por qué no la trajo de pequeña? O a su hijo ¿por qué los mantuvo en secreto?

—Vete tú a saber. Ninguno lo sabía, ni siquiera tu padre. Quizá ni sus padres sabían que se había casado —dijo su madre.

—El hecho es que nunca se volvió a casar a pesar de lo joven que era —dijo Darek— me hace pensar que la amaba mucho.

—Cuando yo era joven —dijo el padre— era un gran trabajador cuando vino de España. No paraba. Estuvo muy triste una gran temporada. Quizá pensó que su hijo sería allí en España, más feliz que aquí. O como él ha dicho, le dolía recordar a su mujer. Estuvo muy enamorado de Lola.

—Mamá tú tan romántica.

—Pues sí, creo que esa fue la causa, no poder mirar a su hijo porque le recordaba a ella. Ten en cuenta, hijo, que todos actuamos igual ante las adversidades.

—Espero que me guste, al menos un poco —Darek confesó sus miedos— Si es buena persona mejor, pero el físico para mí, siempre ha sido importante. No un físico espectacular, sino que me guste a mí... —dijo Darek.

—Los jóvenes siempre pensando en cosas superficiales. No temas, las españolas son muy guapas hijo.

—Las españolas serán como en todos lados, unas guapas, otras feas, otras gordas, como en todos sitios.

—Esperemos que te guste a ti que es lo importante hijo, ya te queda poco. Mañana la verás.

—Daniel le ha comprado un monovolumen nuevo.

—¿Era para ella? —preguntó la madre.

—Sí, me ha pedido llevarlo cuando vaya mañana a buscarla, para que lo pruebe.

—Creo que como es lo único que le queda en la vida... quiere dejarle todo lo mejor.

—De todas formas me da pena esa pobre muchacha pasando dificultades teniendo su abuelo tanto dinero —dijo la madre— Y cuidando seis años o siete a su tía. Eso no lo hacen todos los jóvenes hoy en día. Dejar el instituto para hacer de enfermeros.

—En eso tienes razón.

—No tenían dinero, la tía de Susana trabajaba limpiando casas y aunque él jefe le mandaba dinero todos los meses, la chica lo utilizó para cuidar a su tía y aprender inglés, eso sí que fue importante —dijo su madre.

—Pero no pudo hacer una carrera.

—Pobrecita. Hay que tratarla bien. Se ha quedado sin casa. No sabrá trabajar en nada. Y sin

dinero...

—Daniel me encomendó enviarle 5.000 dólares —les dijo Darek.

—Será para el vuelo y pagar lo que deba allí —dijo la madre.

—Seguramente. El caso es que nunca en mi vida he estado nervioso, ni en la Universidad cuando tenía exámenes y ahora lo estoy. Me caso en menos de una semana.

—Ya te hemos dicho hijo que si te arrepientes, siempre puedes dar marcha atrás y nos vamos, aunque sea sin nada.

—Ya he firmado y no quiero dar marcha atrás.

—Solo le pido a Dios que te guste y que sea buena, que llevéis bien el rancho y os llevéis bien.

—Menudo casamentero el jefe.

Ambos rieron a carcajadas.

—Me voy a casar a ciegas.

—Nunca mejor dicho. Bueno, venga, ya hemos comprado todo. Dejemos el tema y vámonos al rancho.

—Su madre subió a la furgoneta y miró a Darek encaminarse al asiento del piloto. Lo miró con cariño. Ya era todo un hombre y en pocas horas sería un hombre casado.

Darek suspiró, como si la idea aún se resistiera en su cabeza.

CAPÍTULO 4

Siete días antes, en Sevilla, España...

Hacía unas horas que Susana había enterrado a su tía Macarena.

Ahora sí que estaba sola en el mundo.

Ya lo estuvo cuando su tía empezó a ponerse enferma. Tuvo que dejar el instituto y cuidarla como su tía Macarena había hecho toda su vida con ella y con su padre.

Macarena, limpiaba casas y nunca se casó. Ella se sintió algo culpable. Tenía la sensación de que había sido por cuidarla a ella y antes a su padre, así que cuando estaba en segundo curso de bachiller, le diagnosticaron un cáncer y ella se salió del instituto para cuidarla. Macarena ya no podía trabajar. Estaban las dos solas en el mundo.

El dinero que recibían era de un abuelo que tenía en América del Norte, según le dijo su tía una noche antes de morir, porque ella nunca supo que le quedaba más familia que ella.

—Tu abuelo, era rico —le dijo Macarena en su lecho de muerte— Tiene un rancho.

Le contó toda la historia, desde que se casó enamorado de su hermana y que se le hizo imposible cuidar a su hijo solo.

—Le dolía demasiado ver a tu padre, pero mandaba dinero todos los meses, a través de un abogado, para que tu padre y después tú, no pasarais necesidades. Quería que tu padre estudiara y cuando fuera mayor que se fuera con él al rancho, pero tu padre se enamoró.

—¿Por qué no me lo dijiste?

Eso era un misterio que quizás nunca sabría, porque Macarena cambió de tema.

El último mes que su tía estaba tan mal, le pidió perdón por no haber cumplido la promesa que le hizo al abuelo, de hacerle estudiar una carrera. Pero al menos había cumplido una: que aprendiera a hablar inglés a la perfección.

—Al abuelo nunca le he dicho lo enferma que estaba, hasta hace poco. Ahora me muero y no quiero que te quedes sola.

Esos fueron las conversaciones que tuvieron los últimos días con su tía Macarena.

Ahora, después del funeral, era momento de cambiar su vida.

No tenían casa. Vivían de alquiler en un pequeño piso en un barrio obrero de Sevilla. Pino Montano. Con su sueldo de empleada del hogar no había podido comprarse nada nunca.

Y cuando su tía murió, lo que tenían ahorrado fue para el entierro. Y ella se preguntó cómo iba a pagar las facturas y la casa.

Pero esa tarde, después del entierro llamó a su puerta un abogado con instrucciones del abuelo. Él se encararía de todo.

Susana le hizo pasar y le ofreció un café. Se sentaron en la mesa del comedor.

—Su abuelo quiere que se mude al rancho con él.

—¿A Estados Unidos?

El hombre asintió.

—Está muy enfermo, le quedaba un mes de vida o poco más. Quiere verla antes de su muerte.

La alegría momentánea de apenas unas semanas antes de descubrir que no se quedaría sola en el mundo, se apagó con esa frase.

Su abuelo estaba enfermo y no le quedaba mucho tiempo.

—Otra muerte —se dijo ella—. Mi vida no es muy alegre.

Casi sintió pena por ella misma.

—¿Qué voy a hacer en un rancho?

El abogado se encogió de hombros.

—¿Y en Sevilla?

Ella reflexionó. Tampoco es que dejara a nadie importante atrás. Al menos al otro lado del charco conocería a su abuelo. Un abuelo que se moría.

—Tengo instrucciones. Se irá al rancho y se hará cargo de él. Su abuelo le deja un setenta por ciento en herencia. No solo del rancho, sino del dinero y todo lo que posee.

—¿El setenta?

A ella le parecía una barbaridad.

—El otro treinta es para el capataz. Susana, gestionarías las casas, la comida y todo lo referente al rancho en ese aspecto.

—¿Y el capataz?

—Darek, es un joven formado y atractivo. Se encargará de la gestión contable y del rancho, animales y trabajadores.

Susana no sabía porque había dejado caer que era atractivo, pero lo dejó pasar.

—¿Cómo de grande es ese rancho y de qué es?

—Es el rancho más próspero de todo el condado de esa parte de Wyoming. Está al Norte de América. Y es de caballos. El capataz es un chico joven y trabajador. Tiene veintinueve años y lleva trabajando ya siete años, y antes lo fue su padre y él de joven le ayudaba hasta ir a la Universidad.

—Parece que no tendrá problemas en seguir manejando el rancho.

El abogado se movió algo inquieto en la silla.

—Solo hay una condición, para que reciba la herencia....deberá casarse con él.

—¿Cómo?

—Verá...

El hombre empezó a contarle todos los beneficios que tendría si se casaba con el capataz. Ella recorría veloz su pensamiento a la misma vez que hablaba el abogado y lo frenó.

—Espere. ¿Y por qué tengo que casarme?

—Porque su abuelo quiere dejarla a cargo de un buen hombre. No quiere verla sola.

Susana no daba crédito.

—¿Y si tuviese novio?

—Pero no lo tiene.

En eso no podía contradecirle. Ella no tenía a nadie. Jamás había tenido novio.

—No es el caso. Eso es lo que expone su abuelo y no tiene tiempo. Se muere en un mes más o menos.

—Por Dios, me está estresando.

—Si dice que sí, tengo que prepararle los vuelos y darle 5.000 euros. Puede comprarse lo que quiera, renovar su armario o comprarse el vestido de novia. También puede pagar las facturas y dejarlo todo listo aquí.

No estaba muy convencida, habían sido unos días muy duros.

—¿Puedo pensarlo?

—Hasta las ocho. Si me dice sí, mañana o la semana que viene le tendré los vuelos reservados y una tarjeta con dinero. Tendrá diez días para dejar el piso. Ya tengo el aviso.

—¿En serio, me echan?

—Sí, señorita. El contrato estaba hecho a nombre de su tía, si usted quiere le hacen otro contrato. Pero el alquiler no será el mismo.

—¿No?

—No, será cinco veces más caro —le dijo el abogado.

—¿Cinco veces más, y eso por qué?— preguntó ella incrédula.

—Porque su tía tenía lo que se llama un alquiler antiguo.

—¡Madre mía!

—Es lo que hay señorita Susana.

Ella estaba enfadada y al borde de las lágrimas. La vida era muy injusta. Y puestos a llorar sola ahí, porque no hacerlo junto a su abuelo. *Y quien sabe... quizás el capataz me guste, se dijo.*

—Me temo que no me queda más remedio ¿no?. Me voy a América.

—A Wyoming.

—Pues me voy a Wyoming. —suspiró y se reclinó en la silla— No tengo nada que hacer aquí y si tengo que casarme, ya es hora de conocer a un hombre para ello.

—Estupendo, la llamo la semana que viene y le daré los billetes de avión. También le prepararé el pasaporte. Aquí tiene la tarjeta. Hay 5.000 euros. Para lo que necesite.

Cuando el hombre se hubo marchado, Susana se quedó como ausente, sentada en el salón.

No le quedaba otra opción más que esa. Ahí solo le quedaba su única amiga y vecina, Rocío. Una chica de treinta y dos años, peluquera, casada y con un niño pequeño. Tenía que contárselo todo.

Cuando supo que su vecina había venido de la peluquería que regentaba, se acercó a su casa.

Rocío la abrazó por lo de su tía, pero a ella no le quedaban lágrimas. Había sufrido ya mucho los meses anteriores viendo cómo se apagaba lentamente. Tenía que contarle todo a Rocío. Y lo hizo.

—¡Qué me dices! ¿Te vas en serio y te casas?

—Sí, no me queda más remedio.

—Seguro que es un pedazo de vaquero guapo. ¡Yo quiero! Venga, ¡ánimate mujer! Te vas a conocer el sueño americano. A lo mejor tu abuelo es muy rico.

—¡Qué loca! El abogado me ha dicho que es un rancho próspero.

—Pues con más razón. Mañana es sábado, en cuanto venga a mediodía de la peluquería, por la tarde, nos vamos de compras. Tienes un pastón. Vamos a por tu traje de novia y a por ropa para tu viaje, dos maletas nuevas o tres y de todo. La ropa que tienes toda a la basura. No te lles nada. Está todo usado y viejo hija.

—Te compraré algo.

—¡Ay gracias!, vecina. ¿Un vestido?

—O dos...

—Pues en cuanto venga de la peluquería a mediodía, de compras hasta las diez de la noche. Hasta que cierren el centro comercial, que mi marido se quede con el niño y hacemos una tarde de chicas. Cenamos y cogemos un taxi. Y mañana te espero en la peluquería, te regalo depilación y peluquería gratis. Vente conmigo por la mañana, te llamo, nos tomamos un café, desayunamos fuera y serás la primera. Vas a ir a ver a tu vaquero... preciosa. Ya verás.

Y Susana se animó un poco, a pesar de todo lo que había pasado esos últimos meses. Claro que le compraría a su vecina ropa, faltaría más. Se había portado con ella como una hermana.

CAPÍTULO 5

Al día siguiente, se fueron a desayunar fuera.

Susana, era una chica preciosa, de grandes ojos verdes y unas pestañas larguísimas. Su nariz era pequeña con algunas pecas alrededor. Sus labios gruesos destacaban sobre las facciones pequeñas. Era delgada y no pasaba del metro sesenta. Su padre había sido un hombre alto, según su tía, pero su madre bajita y ella, salió a su madre en cuestión de estatura. Pero tenía unos pechos preciosos y altos, no exagerados, pero no eran pequeños en absoluto. Estaba delgada, sobre todo por lo que había sufrido en los últimos meses, aunque tampoco era una anguila. Tenía unas hermosas caderas y una cintura pequeña. Su pelo era largo y castaño oscuro.

Estaba algo preocupada por lo que le haría su amiga, pero por una vez, se dejaría llevar.

Cuando su amiga terminó, la dejó que no se reconocía.

Le dio volumen y brillo a su pelo, se lo cortó, no mucho, lo tenía demasiado largo y se lo dejó por media espalda. Le cortó un flequillo precioso que la hacía más joven. Le enseñó a peinárselo y a hacerse un recogido sencillo para la boda.

Le hizo una depilación láser a conciencia y cuando le dijo que debía depilarse el sexo, a ella le pareció demasiado.

—Susana, te casas y debes estar limpia para tu hombre. Mira que si te hace el amor ahí, se va a tragar pelos.

—¡Qué bruta eres!

—A los hombres les gusta depilados. Esta tarde cuando vayamos de compras te vas a comprar un depilador para eso y otro para las piernas y las axilas, que yo no vendo de eso, pero te aconsejaré los mejores. Así que no tuvo más remedio que aceptar y no le quedó un solo pelo en ningún lado.

Le enseñó a maquillarse y Susana, le compro todos los productos de maquillaje y algunos más y unas bolsitas para meter los productos. ¡Qué menos!

Por la tarde salieron temprano de compras, después de comer. Tenían que comprar muchas cosas. Pero primero se tomaron un café.

—Tengo miedo Rocío —se sinceró mientras tomaban el café.

—Y eso, ¿por qué?

—Nunca lo he hecho.

—¿El qué no has hecho nunca?

—El amor, qué va a ser...

—¿Eres virgen? —sonó más alto de lo normal en la cafetería.

—Shhhhh, calla por Dios, sí, lo soy.

—Buenoooo, déjasele a él y disfruta. No digas nada. Que se lleve una sorpresa, a los hombres les gusta ser el primero para una mujer y si está bueno, lo tendrás comiendo de la palma de tu mano.

—Me pondré nerviosa y tiesa como un palo.

—El que se pondrá tieso como un palo cuando te vea desnuda, va a ser él.

—¡Qué loca estás! —Pero no pudo evitar reírse con su amiga.

—No te preocupes, mujer, si es bueno, te tratará bien y empezarás a ser una loca del sexo, ya

verás.

—Bueno, dejemos eso, que me pongo nerviosa, —pagó el café y apremió a su amiga—. Vamos de compras, anda.

A las once de la noche llegaron cargadas a casa de Susana. Tuvieron que meter en las dos maletas que compraron, la ropa con las bolsas y en una más pequeña el vestido de novia. Con los complementos.

Habían mirado el tiempo en Wyoming y era primavera, así que ropa de primavera y alguna manguita larga por las noches.

Su amiga le hizo comprar toda la ropa interior sexy. Nada de bragas, todo tangas, gasas y transparencias.

—¡Estás loca! —le dijo— ¿Para qué quiero tanta ropa interior y camisones transparentes? Es un escándalo.

—¿Para qué va a ser? Para tu hombre. Para tu vaquero amigo. Me encantan los bikinis, y si tiene piscina el rancho, los usarás.

—Esto es tuyo —dijo tirándole una prenda. Luego volvió a su semblante preocupado— No creo que sea un rancho tan grande. No sé...

—Me has comprado demasiado, Susana, de verdad —su amiga la regañó con cariño. Se sentía muy agradecida— Hasta me has comprado cosas para el peque.

—Te lo mereces y eres mi amiga —dijo sin más—. Ahora tendré que hacer hueco bien hecho en las maletas, doblar bien la ropa y quitar las etiquetas a todo. —Suspiró—. Pero eso mañana. Estoy agotada.

—Y no llevarte nada viejo.

—Está bien. Con esto tengo para un año.

—Cuando llegue el invierno tendrás que comprarte más ropa allí. Y ropa de vaquera y me mandarás una foto que te vea —dijo con entusiasmo—. También quiero una foto del rancho y, por supuesto, de tu vaquero.

Susana le sonrió.

—¿Y qué te parece el vestido de novia?

—Es precioso y hemos encontrado el largo perfecto.

—¿Sabes que me he gastado un pastón?

—Te lo mereces. —Su amiga la abrazó—. Además cuando llegues serás dueña de tu rancho y tu dinero.

—Soy ahorrativa. Ya lo sabes. No me quedó más remedio.

—Prométeme que en ropa interior, no lo serás y algunas veces... ve sin ella.

Susana se puso roja.

—Loca, calla anda.

—¿Cuándo te vas?

—Creo que si el lunes me da los billetes el abogado, el miércoles o el jueves salgo de Sevilla a Nueva York y de ahí a Cheyenne. Ya tengo el itinerario. Me queda recoger y pagar todos los recibos. El pasaporte, eso lo prepara el abogado y poco más. Hacer las maletas... Voy a ir a un ginecólogo de pago el lunes.

—¿Y eso?

—Quiero que me mande pastillas anticonceptivas. No quiero tener hijos de momento.

—Eso está bien, a pelo.

Susana empujó a su amiga mientras reía.

—Anda, vete ya, que te voy a dar.

Era tarde cuando se acostó, dejando para el domingo preparar las maletas y recoger el piso. El lunes llamaría con urgencia a un ginecólogo particular y empezaría a tomar pastillas.

El jueves, había dejado su pequeño piso, pagado todas sus facturas se había despedido de Rocío con abrazos y lágrimas en los ojos, había cogido sus dos maletas y una más pequeña donde llevaba el vestido de novia... y cerró la que había sido su casa para siempre.

Tomó un taxi al aeropuerto y dejó Sevilla. Luego también dejó atrás España.

Nunca había viajado en avión, y aunque estaba un poco nerviosa, le pareció maravilloso viajar tan lejos.

Llevaba algo de dinero en efectivo que había sacado del cajero. También su tarjeta, el DNI, el carnet de conducir, el pasaporte.

El médico le había mandado unas pastillas que empezó a tomárselas el día anterior, que terminó con la regla. Al llegar allí ya buscaría información de como iba el tema médico y de salud.

Llegó al aeropuerto de Nueva York. Aquello era otro mundo, pero logró facturar las maletas y embarcar en el avión que la llevaría a su destino a Cheyenne. Seguro ahí iban a buscarla, o eso esperaba, porque si no, tendría que preguntar por Driving Village y el rancho Hunter.

Iba a llegar cansada y cargada de maletas, con todo lo que llevaba encima. Si no le hubiese hecho caso a Rocío comprando tanta ropa...

Cuando dijeron que iban a tomar tierra, se acomodó la ropa, se cepilló el pelo y se retocó un poco el maquillaje como le había enseñado Rocío.

Llevaba una falda estrecha negra de licra que marcaba sus curvas, por media pierna unas sandalias de tacón alto y una blusa negra y blanca con los botones de arriba desabrochados, dejando asomar parte de sus senos. Y una cadena a juego con una pulsera de bisutería que se había comprado y los pendientes. Estaba preciosa.

No sabía si donde iba, se vestía de otra manera, claro que llevaba vaqueros y ropa de deporte y zapatillas para estar en el rancho. Pero para viajar... quería ir elegante.

El avión de Nueva York a Cheyenne fue más corto. Cuando salió del avión se fue directa a por sus maletas. Tomó un carrito y una vez las acomodó todas en el carrito, salió por la puerta buscando a quien quiera que había ido a recogerla. Si es que habían ido.

A Darek, le llevó cinco horas llegar al aeropuerto desde el rancho. Se había llevado el monovolumen, nuevo y gris, que el abuelo compró para cuando su nieta volviera, y lo aparcó en el parking del aeropuerto.

Era una preciosidad. Lo compró pensando en ella dos días antes. Y quiso que Darek se lo llevara para probarlo.

Llegó justo para ver en pantalla la llegada del vuelo procedente de Nueva York, así que se dio prisa para llegar a la puerta de salida.

Iba nervioso.

Dejó el sombrero negro que llevaba siempre, en el coche y con unos vaqueros azules desgastados y una camiseta azul clara como sus ojos, fue en busca de su novia, nunca mejor dicho. Porque eso iba a ser su novia y poco después esposa.

Se quedó en la puerta. Observó a todas las mujeres que pasaban, intentando adivinar quién era ella ¿la reconocería enseguida? La gente iba saliendo. Y no se veía a nadie de su edad, sola y

supuso que con más de una maleta.

Por su mente cruzó el pensamiento de que quizá se hubiese arrepentido.

Y cuando ya creía que ella no había cogido el avión, fue cuando la vio.

Susana empujaba con dificultad un carro con tres maletas, llevaba un bolso en el brazo y lucía una minifalda con una camisa más abierta de lo normal.

Era una mujer preciosa, pequeña como una muñeca.

Ahí estaba, la que iba a ser su mujer.

A parte de la altura, le gustaba todo, sus curvas, su cara reluciente, sus ojos verdes claros y ese pelo oscuro y largo. Se excitó nada más verla.

Carraspeo incómodo. Eso no debería pasarle.

Esperaba que no le gustase, que fuese gorda o fea. Esperaba cualquier cosa, menos ese bomboncito de mujer. Y no le importó ya nada más.

Se dirigió a ella, y se presentó...

—¡Hola!

Se quedaron mirando unos instantes.

—¡Hola!

—¿Eres Susana... de España?

—Sí, soy yo —dijo algo nerviosa—, pensé por un momento tener que ir sola al rancho.

—Pues aquí estoy para llevarte.

Ella se alzó para saludarlo y le dio dos besos. Darek pensó que Susana olía para matar y vio más pecho del que debería haber visto, al inclinarse para saludarla.

Sobra decir que a ella le encantó ese hombre. Tan alto... de ojos azules.

—Muchas gracias.

Por supuesto que Susana pensó que ese hombre debería ser un trabajador del rancho. Su novio al ser el capataz, debería estar muy ocupado para ir a buscarla.

Suspiró.

Si su novio era tan guapo como ese, se casaría con los ojos cerrados.

—Gracias, te lo agradezco. Estoy muy cansada de tanto vuelo —dijo intentando ser amable—.

Bueno y tú ¿cómo te llamas?

Él la miró con una sonrisa blanca y radiante.

—Soy Darek, tu prometido.

—¡Ah! —Susana se puso roja como un tomate—, pensé que eras un trabajador del rancho.

—Y lo soy. —La miró sin perder la sonrisa— ¿Te has puesto roja?

—No sé, pero me quema la cara —dijo avergonzada—, no te esperaba.

Darek rio sin poder evitarlo.

—No te rías, no esperaba que vinieras en persona.

—Y ¿quién pensabas que vendría?

—Algún trabajador del rancho... Supuse que tendrías mucho trabajo.

Él meneó la cabeza.

—Pues no, he venido yo, tu prometido en persona.

—¡Qué vergüenza!

—Mujer... ¿por qué? —se sorprendió Darek.

—Porque no te esperaba así.

—Te esperabas un hombre más... bajo.

Ella se estaba poniendo cada vez más roja.

—No, más...

—Feo.

Ella rio de puro nervio,

—Sí, —aceptó al fin—. No te esperaba así de ninguna de las maneras. Eres muy alto.

—Y tú muy bajita.

—Vale. No crecí más. Supongo que sales con chicas más... —¿Altas?

Ella rio.

—Y más...

—Feas.

—Gracias —rio ella.

—Estás muy bien española.

—Bueno, ya que nos hemos gustado tanto, podemos decir que ha sido un flechazo —le dijo mirándolo con ironía, pero con los nervios de punta, porque cuando ese hombre le pusiera la mano encima se moriría de placer— ¿qué te parece si nos vamos?

—Venga, yo llevo el carrito.

—¿Seguro? Pesa.

—Por eso, no voy a dejar que tú lo lleves.

—Te lo agradezco —dijo mientras se lo cedía—. También traigo hasta el vestido de novia.

—¿En serio?

—Sí, me gustó uno y me lo compré.

Él asintió, aunque la miraba de reojo guardó silencio mientras iban al parking.

Cuando llegaron al coche, Darek metió las maletas detrás. Se sentaron mirándose de reojo.

—El coche huele a nuevo —le dijo Susana—. ¡Es precioso!

—Tu abuelo lo ha comprado para ti. Lo estoy probando hoy. Es una maravilla, te va a encantar conducirlo.

—¿Para mí? —Ella se quedó muda por un instante—. Hace dos meses que no cojo un coche, el que teníamos de cuarta mano murió de muerte natural.

—¡Qué graciosa! —riéndose.

—Darek...

—Dime —le contestó este mientras conducía a la salida del parking.

—¿De verdad quieres casarte?

—No —eso sonó demasiado sincero pensó Susana—, pero no tengo más remedio. Tu abuelo nos ha hecho una buena encerrona. Y tú ¿quieres casarte?

—Después de verte, creo que sí —dijo bromeando.

Él rio al tomárselo a broma.

—Mujer, eres la monda.

—Para ser sincera, no. Tampoco tenía intención de casarme. Tenía intención de conocer a chicos que no he tenido muchas oportunidades con mi tía enferma.

—Ya sé la historia.

—¿La ha contado el abuelo?

—Sí, la contó.

Susana empezaba a tener curiosidad de como había ido todo, pero también de lo que se encontraría al llegar.

—Y ¿cómo es el abuelo?

—Está mayor. Por desgracia su enfermedad lo tiene en cama. Ha envejecido muy rápido.

—¿Y el rancho? —y vio cómo se le encendían esos preciosos ojos azules a su prometido.

—Maravilloso. Te va a encantar vivir allí.

Pasaron un tiempo más en silencio. A Susana le sudaban las manos a causa de las miradas que le echaba Darek.

—¿Te gusto? —le preguntó ella, indecisa.

—Estás muy bien. La primera impresión ha sido buena.

Ella rio.

—Perdona, llevo sin hablar con nadie más de un día.

—No te preocupes.

—Conduces muy bien. ¿Cuánto tardaremos en llegar?

—Gracias. Cinco horas más o menos. Si paramos a tomar algo, cenar por ejemplo, podemos estar en el rancho sobre las once de la noche. Ya estará todo el mundo acostado.

—Yo pienso dormir dos días seguidos.

—No demasiados, nos casamos el fin de semana que viene.

—¿Tan pronto?

Él asintió.

—Ya está todo listo, solo faltaba la novia.

—¡Qué eficiencia! ¡Qué bonita es la ciudad!, ¿verdad?

—Sí, que lo es —dijo mirándola de soslayo.

—Si me duermo, ¿no te parecerá mal?

Él negó con la cabeza.

—No mujer, duerme lo que quieras. Te despierto para cenar.

—Es que estoy molida.

—Pues duerme. Te aviso en dos o tres horas y cenamos antes de llegar, ¿quieres?

—Me parece estupendo, novio.

—Menuda guasa tienes, pequeña.

—Pienso vivir. No he tenido tiempo de hacerlo. La vida es maravillosa y tengo un novio guapo —dijo bostezando— ¿qué más puedo pedir.

Se acomodó en el asiento para dormir.

—Mi novia también es guapa.

Y ella cerró los ojos y no tardó nada en quedarse dormida.

CAPÍTULO 6

Darek no tuvo menos que reírse con esa pequeña mujer. Hablaba y preguntaba y era irónica y muy graciosa. Se lo había tomado mejor que él, pero por algún motivo y por primera vez después de la conversación con el abuelo, estaba contento y feliz.

Le gustaba esa mujer. Desde el primer momento en que la vio. Esas curvas y las piernas alrededor de su cuerpo atrapándolo entre las sábanas. ¡Uy!, ¿en que estaba pensando? En sus pechos duros que asomaban por su blusa y en esas caderas que iba a probar pronto.

El día de su boda, no antes. El jefe no lo permitiría.

De vez en cuando la miraba dormir. Tenía unas largas pestañas y las uñas cortas y cuidadas.

Quería pegar esos pechos a su pecho duro y morderle los pezones. A ver si se reía tanto y bromeaba. Sus pensamientos iban por donde no debían y estaba excitado y no quería que ella despertara y lo viera así. Pero la deseaba.

Tanto que había pensado y preocupado por cómo sería y ahora estaba más feliz de lo debido. Haría que esa mujer fuese solo suya.

No importaba con cuántos hombres había estado, pero sólo iba a querer estar con él cuando la hiciera suya. Porque una mujer como esa, seguro que había tenido más hombres. Era preciosa y graciosa.

No quería pensar en eso. Él había tenido mujeres. Tenía veintinueve años y no debería estar celoso, en diez minutos que la había visto.

No importaba, en cinco días sería su mujer y lo que prometió al abuelo, lo cumpliría. No le costaría nada amarla, seguro. Le sería fiel y vivirían felices en el rancho que el abuelo les había dejado y la trataría bien como había prometido. Ella había sufrido ya bastante.

No se despertaba, y al cabo de cuatro horas, cuando faltaba una para llegar al rancho quiso parar a cenar o no cenarían, así que paró en un restaurante y la llamó.

—Susana, Susana...

—Ummm...

Ella fue abriendo los ojos y recordando.

¿Dónde estaba? ¿Y con quién?

—Venga, tenemos que cenar.

—Sí, perdona —dijo recuperando la consciencia— ¡Qué sueño!...

—Luego duermes más en la casa. Te ayudaré a subir las maletas y podrás dormir hasta que te recuperes.

—Vale, tengo hambre.

Y se despejó un poco y salieron a comer. Se sentaron al lado de la ventana, desde donde podían ver el coche.

—¿Qué te apetece? Le preguntó Darek.

—Una hamburguesa americana con patatas fritas y cerveza sin alcohol.

—Vaya, nada de hojas de lechuga.

—Sí, pero dentro de la hamburguesa.

—Eres muy graciosa, ¿lo sabes? —le dijo con una sonrisa encantadora por la que las mujeres mataban, pensó Susana.

—Bueno, me tomo las cosas con humor, pero cuando me veas enfadada, cabalga por el campo con tu caballo y tu sombrero, vaquero.

Él la miró con intensidad.

—Prefiero cabalgarte y que se te pase el enfado.

Ella rio sorprendida.

—¿Estás ligando conmigo?

—Sí, descaradamente —dijo Darek y se rieron los dos.

—Oye Darek, ahora en serio, no quiero que te cases conmigo por obligación.

—No, ahora que te conozco lo haré porque me gustas.

—Tú también me gustas.

Susana bajó la cabeza con un poco de vergüenza y él la vio tímida por primera vez y eso le gustó.

Le gustó su sinceridad absoluta y su franqueza. Era buena persona. Lo sabía. Pero era excitante y un soplo de aire fresco y estaba muy buena. Y no tenía inconveniente en casarse con ella y descubrirla, hacerle el amor hasta que gritara de deseo bajo su cuerpo.

Era extrovertida y era vergonzosa. Y esa mezcla le encantaba. Le daba poder. Y ganas de saber quién era y conocer a la mujer que había dentro.

Y cómo se sentiría cuando la tuviera bajo su cuerpo, o encima de su cuerpo. La deseaba y acababa de conocerla. Y le gustaban su pelo y sus ojos verdes claros y grandes.

—Esta hamburguesa está buenísima. —Tenía hambre.

—Ya lo veo. ¿Quieres café?

—No, por la noche no tomo café. No dormiría y quiero dormir toda la noche.

—¿Y tarta?

—No me tientes...

—Te tiento, está muy buena. Te pido un trozo, para mí otro con un café.

—De chocolate.

—De chocolate, dos.

Y cuando acabaron de cenar, emprendieron de nuevo el viaje.

—Ya queda apenas una hora —dijo Darek— no verás bien el rancho de noche, pero tu abuelo ha dejado la casa preciosa. Ha renovado el rancho hace tres meses.

—¿Tú vives ahí?

—No, ahí viviré cuando nos casemos. Vivo con mis padres en la casa del capataz.

—Entiendo... Entonces estrenaré sola la habitación.

—Sí, señorita —le contestó Darek—. Llevaré mis cosas el día antes de la boda.

—Bien. —Pareció vacilar, pero finalmente preguntó— ¿Vamos a dormir juntos?

—Eso se supone ¿no?, que un matrimonio duerma junto. No cada uno en una habitación. Si te dejara sola tu abuelo no me lo perdonaría. Creerá que te soy infiel y tengo una cláusula al respecto.

—¿De qué? —se sorprendió Susana.

—De fidelidad.

—¿En serio? ¡No me lo puedo creer!

Susana estaba totalmente anonadada.

—¿Tú no?

—No, yo... solo debo casarme contigo. ¿Es que tenías novia? —Susana pensó que ese sería un motivo para semejante cláusula.

—No era una novia precisamente.

—¿Entonces qué era?

Susana sintió más curiosidad cuando vio que Darek tardaba en responder.

—Una chica de clase bien con la que salía de vez en cuando.

—¿Y te acostabas con ella?

—Y me acostaba con ella —afirmó.

—¿Cuándo fue la última vez?

Él la miró intensamente antes de responder.

—Hace casi dos meses —le contestó finalmente—. Pero no temas, tu abuelo me ha obligado a más que dejarla, a decirle que nuestros encuentros se han acabado.

—No sé que decir.

—Según tu abuelo sus padres están hipotecados hasta las trancas y querían casarme con ella para echarle mano al rancho. Ten en cuenta que el rancho es muy próspero. Nadie sabía que existías y creían que me dejarían el dinero y las propiedades a mí.

Susana lo miró. ¿Así que él iba a ser el heredero y por ella había tenido que renunciar a muchas cosas?

—¿Y tú crees que ella estaba contigo por lo que dice el abuelo?, ¿la quieres?

—No lo sé, pero tengo claro que no la quiero. De hecho jamás le prometí nada y en este último tiempo me sentía algo acosado.

—Pero te acostaste con ella.

—Sí —Darek no le dio importancia—. No puedo decir que no.

—¿Y utilizabas preservativo?

Él la miró interrogante.

—Siempre, ¿qué pregunta es esa? Seguro que tú también habrás tenido relaciones.

Ella se encogió de hombros.

—Es una pregunta normal si vamos a tener relaciones y me molesta que solo haga dos meses que las tuvieras.

—Mujer, dos meses sin tener sexo, es demasiado para mí.

—¡Vaya!

—Solo me he acostado con ella tres o cuatro veces. Y no sabía que existías. Tenía una vida antes de esto, Susana.

—¿Y te arrepientes?

—En absoluto.

Y ella se mantuvo en silencio muy seria.

—¿Qué pasa? —le dijo él.

—Vaya, vaya. Habrá que hacer algo para que no me seas infiel. Yo creo, que nunca sería infiel a mi marido. Al final la clausula del abuelo me dejará más tranquila. Así no podrás serme infiel.

—Muy bonito y ¿eso?

—Porque eres alto, guapo y sexy. Me gustan tus ojos azules y si nos acostamos creo que no me gustaría verte con otra.

—Eso son celos.

—Lo serán. Pero en eso se basa un matrimonio, en la fidelidad.

—No te preocupes, no creo que teniéndote a ti, tenga que buscar nada fuera.

—¿Eso es un piropo?

—Es una promesa. Yo cumplo mis contratos.

—No me gustaría que fuera por un contrato. No quiero que lo hagas por eso. Pero si no te gusto íntimamente —y se puso roja de nuevo y él de nuevo lo notó—, puedes acostarte con otras, siempre que seas discreto y te vayas lejos. Claro que cuando el abuelo falte, y te cambies de habitación.

—¿Por qué?

—No esperarás que si decides acostarte con otras, vayas a dormir conmigo.

—¿Por qué no? —le dijo bromeando.

—Estás de broma, ¿eh? Muy gracioso.

—No, pequeña, no pienso romper mi contrato. Pienso cumplirlo a fondo.

—O te quedarías sin tu parte del rancho.

—No la parte del rancho la tengo, pero tendría que salirme fuera con mi familia y trabajar los tres en otro lado.

—Y no lo haces por eso.

—No, no es por eso. Me encanta el rancho. Es mi vida y he trabajado desde que salí de la universidad. Y antes, pero no me esperaba que fueses como eres.

—¿Ah no?, ¿y cómo soy?

—Preciosa.

—Gracias.

—Dáselas a tu abuelo casamentero.

—Se las daré —le dijo irónica.

—Y tu padre ¿qué hace? Ya sé que tu madre limpia y hace la comida pero tu padre...

—Pues fue el capataz, pero sufrió un accidente con un caballo y hasta ahora ha sido ayudante de tu abuelo.

—Hay que darle un trabajo entonces cuando falte el abuelo.

—Tú verás qué le vas a dar, serás la jefa.

—No quiero que pierda su sueldo. Será el mismo. ¿Qué crees que le gustaría hacer?

—Siempre le ha gustado estar al tanto de los chicos.

—Pues descárgate trabajo y dale algo que hacer, que no sea pesado, y que sea útil.

—Vaya, la jefa aún no ha entrado al rancho y esta ya mandando.

—Sí, soy una mandona, pero aún está el abuelo al mando.

Y yo no sé dirigir un rancho.

—Te enseñaré todo.

—Me preocupa el abuelo ahora. Eso es lo principal, luego ya veremos.

—También le hemos metido un enfermero, para que lo cuide y no se quede solo en la casa, aunque ahora estás tú y dentro de una semana yo también, pero necesitaba un enfermero. Se llama Nick.

—Eso está bien. ¿Está muy enfermo?

—Sí, lo está.

—¡Qué pena que lo conozca tan tarde!

—Es una pena, sí.

—Pero tuve que cuidar a mi tía. No me quedó más remedio. Además él nunca me llamó para que viniera. Ni supe de su existencia hasta que mi tía estuvo muy enferma y lo llamó. Ni siquiera sabía que le mandaba dinero para mi educación. Pero no me arrepiento en haberlo usado para su enfermedad. Se dedicó toda la vida a trabajar y a cuidar de nosotros y no tuvo una vida propia, ni hijos ni marido.

—Ya vamos a entrar al rancho —dijo Darek, y entraron por un camino de grava y condujo en la oscuridad de la noche unos diez minutos hasta llegar a la explanada donde estaba la gran casa y más allá, divisó una casita preciosa y unos barracones. El resto le quedaba lejano.

—Ya está en casa, Señorita Susana —dijo irónicamente.

—Déjate de ironías bobo. Esto es precioso. ¡Qué casa tan grande y tan hermosa!

—Te ayudo con las maletas arriba, anda. Mañana cuando te despiertes, verás tus propiedades. Y te encantarán.

—Muy gracioso. Yo llevo la pequeña —dijo cogiendo la maleta.

—Yo te llevaré las grandes.

Subieron las maletas arriba y se las dejó en la habitación principal, que era maravillosa. Ella dejó la maleta y echó un vistazo.

—Mira, Darek, tiene dos baños y dos vestidores —dijo susurrando para el abuelo no se despertara—. La habitación es enorme ¡Y mira la cama! ¡Que grande! Bueno no la mires. ¿Qué lado prefieres?

—Arriba.

Ella tardó un segundo en saber que quería decir.

—¡Pero qué bobo que eres! Me refiero al lado, para meter la ropa en un vestidor u otro

—Ah, qué pena, creía que me invitabas...

Ella negó con la cabeza.

—No. No era una invitación. Hasta que nos casemos tendrás que aguantarte.

—¿Ni un beso?

—Bueno —ella vaciló—, eso ya se verá. Tienes que irte.

—Baja conmigo y cierra la puerta por dentro.

—Vale, bajo.

Bajó las escaleras con él y Darek de pronto se volvió.

La tomó por la cintura pillándola desprevenida y la levantó a su altura. Bajó su boca a la de ella y pegó su sexo al suyo. Susana sintió por primera vez la excitación de un hombre que la hizo sentir húmeda y acalorada.

Darek la besó dándole pequeños toques con los labios, para después meter la lengua en su boca. Le recorrió los contornos de su lengua y de su boca con sabor a chocolate.

Susana cerró los ojos y le acarició el cabello abrazándolo por el cuello y pegando sus pechos erguidos sobre el pecho duro de Darek y el tiempo se hizo deseo y a él le encantó besarla y Susana, se quedó adorando a ese hombre que le hacía todo con un solo beso.

La bajó despacio y la besó en los labios de nuevo.

—Cierra la puerta bien, preciosa. Buenas noches.

—Buenas noches.

Y cerró tal y como él le había dicho.

Se quedó de espaldas a la puerta. Era el viaje más maravilloso y emocionante que había hecho en su vida hasta ahora.

Ese hombre iba a ser suyo. ¡Qué suerte! Le encantaba, lo adoraba. Era todo lo que una mujer quería en un hombre, aparte del físico, era simpático y si era trabajador y besaba como besaba... seguro que tendría que serle fiel o lo mataría con sus propias manos. No iba a besar así a nadie. Le encantaba el novio que su abuelo le había preparado.

Fue a la cocina y sacó una botella de agua pequeña del frigorífico y subió los escalones a su dormitorio. Se duchó y se acostó en esa gran cama que pronto compartiría con él. Quería y tenía

miedo. Un beso era una cosa y hacer el amor y dormir con alguien era otra.

¿Y si no sentía nada con él?... eso era imposible. Y con esos pensamientos se quedó dormida.

Mientras, Darek iba camino de su casa, más feliz de lo que esperaba. Besarla había sido especial. Le había encantado el beso y cogerla y pegarla a su cuerpo excitado. Estaba contento de la novia que el jefe le había elegido. Le encantaba.

Cuando entró en su casa, sus padres estaban sentados en el comedor a pesar de lo tarde que era. Lo estaban esperando preocupados...

—¿Qué tal hijo, cómo es? —le preguntó su padre impaciente.

—Preciosa y me encanta, dijo con una sonrisa en los labios. Es la mujer con la que voy a casarme. Me voy a la cama, estoy muerto de conducir diez horas. Buenas noches papá, mamá...

—¿Tú has visto eso? —dijo su madre.

—Nunca. Debe ser un flechazo.

—Gracias a Dios que le gusta.

—Sí, vamos a dormir. Tantas horas de espera y míralo, Está feliz y eso es lo importante. Todo se soluciona mujer, y nosotros preocupados por él y míralo. Debe haberle gustado mucho. Mañana la veremos.

CAPÍTULO 7

Cuando Susana se despertó al día siguiente, eran las doce de la mañana. Había dormido doce horas seguidas.

—¡Por Dios!

Se dio una ducha, se puso unos vaqueros, una camiseta y unas zapatillas. Buscó en las habitaciones ¿dónde estaba la del abuelo?

La casa tenía arriba cinco dormitorios enormes, y el abuelo estaba en uno de los últimos del pasillo. Estaba abierto y saludó al enfermero. Lo llamó al pasillo.

—Hola, ¿eres Nick, el enfermero de mi abuelo?

—Sí, ¿eres su nieta?

Ella asintió.

—Sí, Susana, encantada. ¿Cómo lo ves? —Se preocupó por la salud de su abuelo.

—Hoy está deseando conocerte. Pero cada día peor.

—¿Qué dice el médico?

—Está en cuidados paliativos, le queda apenas un mes, pero quiere verte casada.

—Ya lo sé y me verá. ¿Me dejas con él a solas? Baja a la cocina a tomar algo si quieres.

—Vale, señorita.

—Nada de señorita, Susana.

El enfermero asintió.

—Vengo en veinte minutos, Susana.

—Tarda lo que debas. Voy a hablar con él.

Susana entró en la habitación del abuelo. Tenía las cortinas abiertas y le habían colocado la cama cerca de la ventana, para que al incorporarse pudiera ver el exterior.

—¡Hola abuelo!

—Susana...

—Sí, soy yo.

Se acercó a la cama y lo besó. Pudo ver la emoción en los ojos del anciano que al poco soltó un par de lágrimas que Susana se apresuró a limpiar.

—Vamos abuelo, no llores. Siento que nos conozcamos tarde, pero ya estoy aquí y aquí me quedaré como tú quieres.

—¡Qué guapa eres!

—Gracias abuelo, normal, creo —y el abuelo sonrió.

—Eso no importa hija, pero eres como tu abuela de bonita. Más que en las fotos que tengo, siéntate aquí al lado —y ella se sentó.

—¿Ya has visto a Darek?

—Sí, claro, me trajo ayer del aeropuerto.

—¿Qué te parece?

—Me parece un hombre muy guapo, encantador y si es trabajador... me gusta abuelo. No voy a mentirte.

—Ya sabía yo que te iba a gustar —dijo él muy satisfecho —. Luego tengo que hablar con él. La boda está preparada. Solo falta tu vestido.

—Me lo he traído de Sevilla. Vi uno que me encantó y con el dinero que me diste me lo compré, entre otras cosas, ropa y discos sobre todo. Tengo que darte la tarjeta.

—Nada de eso, al contrario, quiero que gestiones las casas, la comida y Darek te dará otra tarjeta y meterás lo que te ha sobrado y no escatimes en comprarte lo que quieras cuando quieras.

—Lo que necesite solo, abuelo. No podría gastar en cosas que no son imprescindibles.

—Eres igual que tu abuela, hasta esos ojos verdes... — Susana le cogió las manos.

—¿Y cómo te encuentras, has comido?

—Hace poco desayuné. Como duermo tanto con las pastillas, tengo las comidas descontroladas.

—No importa, come cuando te apetezca y duerme cuando quieras.

El abuelo parecía muy interesado en que le contara cosas de su vida.

—¿Cómo se portó tu tía Macarena?

—Fue una buena persona. Nunca se casó y siempre miró por mi padre y por mí. Fue una pena que muriera de esa manera. Tantos años enferma... No se lo merecía.

—Ya lo sé hija. —Se apenó el anciano—. Yo solo espero que seas feliz aquí, Darek tiene encomendada esa misión. Ahora no te queda familia ninguna. Pero ellos serán tu familia.

—Se ve buena gente.

—Lo es. Es un hombre muy trabajador y quiere el rancho como si fuese suyo. Jamás lo echaría, pero tuve que ponerlo en la disyuntiva de que se casara contigo.

—Hay que ver abuelo cómo eres...

—Solo quiero que te guste de momento.

—Me gusta abuelo. Es muy guapo y simpático.

—Que te sea fiel y te respete es lo más importante.

—Tienes razón. Haré cuanto sea necesario para que nuestro matrimonio funcione. Ahora descansa. No te canses. Voy a desayunar y luego vengo de nuevo otro ratito, no quiero cansarte.

—Vale cariño. ¿Dónde está Nick? —el abuelo preguntó por el enfermero.

—Está en la puerta, te dejo con él y luego vuelvo.

—Voy a dormir un rato antes de comer.

Y besó a su abuelo y bajó a la parte de abajo, a desayunar.

Minutos después en la cocina encontró a Marie, la madre de Darek.

—¡Buenos días!

—¡Buenos días señorita Susana!, ¿cómo ha dormido?

—Nada de señorita, Susana, usted va a ser mi suegra y no puede llamarme señorita, no lo permitiría, Marie.

—Bueno... como quiera.

—Deme un beso —y le dio dos besos y un abrazo y Marie se sorprendió y sonreía—, encantada de conocerla.

—Eres muy guapa, hija.

—Y muy bajita para su hijo.

—Eso no importa. Yo también soy baja y el padre de Darek es tan alto como él.

—Bueno, de cualquier manera, me gusta su hijo, a pesar de que esta situación es así de rara.

—Es que mi hijo es muy guapo. ¡Qué voy a decir yo!... — mientras iba de un lado a otro de la cocina

—Sí, estoy celosa de las novias que ha tenido— bromeando, se sentó en uno de los taburetes de la cocina.

—No le he visto ninguna.

—Bueno Marie. Fuera de bromas. He visto a mi abuelo. ¿Está mal verdad?

—Sí, Susana, el pobre está ya en su última etapa.

—¡Qué pena que no me haya podido venir antes!, pero tuve que cuidar a una tía mía que me educó hasta que murió hace una semana. Llevo una racha...

—No te preocupes, ahora estamos aquí y te cuidaremos. Eres muy jovencita.

—Tengo veinticuatro años y espero gustarle para su hijo.

—Seguro que sí, Lo importante es que os gustéis los dos.

—También es verdad.

—¿Qué vas a desayunar?

—Lo que me pongas estará bien. ¿Hoy es sábado? —Con los vuelos, Susana ya dudaba de todo.

—Sí, es sábado.

—Estoy desorientada.

—Eso es normal cuando vienes del otro lado del charco.

Susana pensó que echaba de menos ver a alguien.

—¿Dónde está Darek hoy?

—Ahora mismo en el despacho —le dijo Marie— Los sábados casi pasa todo el día en el despacho. Aunque ya ha ido a ver el ganado y a los chicos que se quedan en el rancho este fin de semana de guardia.

—Me han dicho que debo gestionar la casa, pero me tendrás que enseñar, así te descargarás de trabajo, pero tendrás que dejarme las listas de la compra hechas. Iré yo misma al pueblo a comprar. Pero todo eso lo dejaremos para después de la boda, mientras, te encargas tú como hasta ahora.

—Como quieras hija.

—Ya le he dicho a Darek que a su marido le busque un trabajo que le guste, sin que le suponga molestias. Alguna vez me lo llevaré para que me ayude con las compras. Quiero que se sienta útil cuando el abuelo no esté.

—Se lo agradezco. Está preocupado por eso.

—Le quitaremos esa preocupación y seguirá teniendo su sueldo.

—Muchas gracias. Eres muy buena.

—Bueno, eso ya... ¡qué buena está la comida! —dijo comiendo lo que Marie le había puesto en la encimera de la cocina.

Ella se había sentado en uno de los taburetes de la barra y allí comió: un café, huevos revueltos con tostadas.

—Esto es mucha comida por la mañana.

—Es lo que suele comerse aquí.

—Pues me pondré como una vaca —se rio ella.

—No, te das unos cuantos paseos y verás.

Cuando acabó la comida, subió a lavarse los dientes y pasó de nuevo por la cocina mientras Marie preparaba la comida y recogía.

—Voy a ver a Darek y luego desharé el equipaje.

—Si necesitas que te planche algo, o te ayude...

—No es necesario Marie. Yo lo haré.

—Nada de eso. Es mi trabajo.

—Está bien. Así charlamos.

Susana se dirigió al despacho.

Darek, estaba sentado en la gran mesa de despacho al lado de un gran ventanal que daba a la calle y tecleaba en el ordenador.

—¡Buenos días preciosa! —dijo cuando la vio entrar— ¿Has dormido bien?

—He dormido demasiado. Y he comido demasiado. He conocido a tu madre.

—¡Ven aquí! —y ella se acercó.

Darek la cogió por la cintura, retiró el sillón de la mesa, y la sentó en sus piernas.

—¡Estás muy guapa esta mañana!

—Tú también.

—¿No hay un beso para tu prometido?

Ella se sonrojó un poco.

—Me da vergüenza.

—No seas boba, y le retiró el pelo hacía atrás y arrimó su boca y la besó como la noche anterior y ella lo abrazó por el cuello y la besó apasionadamente. Desde la noche anterior no dejaba de pensar en besarla a todas horas, y no quería tocarle un pelo más hasta el viernes siguiente en que se casaría, pero no era por falta de ganas.

—¡Qué bien sabes! ¡Me encanta besarte!

—Y a mí que me beses —respondió algo avergonzada— No tengo mucha experiencia.

—Yo te enseñaré lo que no sepas.

Ella rio e intentó empujarle.

—¡Creído!

—Bueno, no soy un gran experto, pero aprenderemos a hacer lo que nos guste a los dos.

—Besas muy bien.

—Lo sé.

—Pero qué bobo —iba a levantarse y él la sujetó abrazándola de nuevo.

—¿Te ríes de mí?

—No, tontita, me gusta jugar contigo y tomarte el pelo.

—Bonita forma de divertirme.

Él le sonrió.

—Te gusta, reconócelo.

—Lo reconozco. Me gusta que me bese un hombre guapo.

—¿Te parezco guapo?

—Sí, me pareces guapísimo, pero eso ya lo sabes tú, no te hagas de rogar.

—Pues nunca me he fijado en eso, la verdad.

—Pues necesitas gafas de culo de vaso entonces.

—Entonces no veré un pimiento.

Y ella lo abrazó de nuevo por el cuello mirando sus ojos azules.

—¿Qué vas a hacer ahora?

—Tengo que terminar unos documentos y ¿tú?

—Voy a deshacer las maletas con tu madre. Se ha empeñado.

—Déjala, es su trabajo. No se lo quites.

—Lo haré. Me gusta tu madre.

—Eso me gusta más. Cuando acabes comemos algo y damos una vuelta por el rancho y hablamos de algunas cosas.

—Me apetecería.

—Pues te espero a que acabes, pequeña. Pero dame otro besito antes.

—Lo tuyo no son besitos.

—No, no lo son. —La besó de nuevo hasta que se le endurecieron los pezones y se sintió húmeda.

—Tengo ganas de casarme y ver ese cuerpo tuyo temblando bajo el mío.

—No me digas eso, que me sofoco.

—Te vas a sofocar más guapa.

—Hasta luego bobo.

—Hasta luego encanto.

Dicho esto, se fue a deshacer el equipaje y en cuanto Marie terminó de hacer la comida, subió a ayudarlo.

Marie le colocaba la ropa que no era de plancha en el vestidor de la derecha. Se quedó con el lado derecho de la cama que daba a la ventana. Y la ropa que veía arrugada, la dejaba a un lado para plancharla. Cuando estaba lista, bajó a por la plancha y la tabla de planchar y mientras le planchaba la ropa, ella sacaba la ropa interior interminable y la colocaba en la gran cómoda.

Se cogió los tres cajones de arriba para la ropa interior y a Darek le dejó los tres de abajo y algunas cosas personales y documentos los dejó en los cajones de la mesita de noche.

Sacó los zapatos y colocó las dos maletas en un altillo que tenía el vestidor, y dejó un espacio para la maleta más importante.

Y llamó a Marie, cuando dejó todos los accesorios en uno de los estantes y sacó lo principal. El vestido y el velo. Y subió la otra maleta.

—¡Marie! ¡Venga!

—Madre mía hija, ¡qué preciosidad de vestido! y ese velo es precioso y raro.

—No es un velo, es una mantilla sevillana.

—Pues es lo más bonito que he visto en mi vida. Y el vestido es precioso.

—¿Le gusta de verdad?

—¡Me encanta!

—¿Lo ve arrugado?

—No, espera, lo estiramos y lo colgamos allí, en el colgador de vestidos largos. Le voy a poner una sábana encima para que no le entre polvo. No quiero ver la cara de mi hijo cuando te vea.

—Necesitaré ayuda.

—No te preocupes. Me visto antes y vengo a ayudarte. Faltaría más.

—Gracias Marie.

—Voy a terminar la plancha.

—Y yo, voy a colocar los discos que me he traído. Esta habitación tiene de todo.

—Sí, tenéis música y televisión y dos sillones. Y mira la terraza, podéis sacar los sillones por la noche.

—Es verdad. Ahora me falta ver el resto de la casa y Darek cuando acabemos de comer me invitará a ver el rancho.

—Ya verás qué vistas.

Mientras Marie, le terminaba de planchar y colocar la ropa, ella miró todos los dormitorios de arriba, preciosos, todos con su cuarto de baño y vestidores.

La casa era enorme y estaba decorada con buen gusto. Preciosa para ella que había vivido en

un piso de alquiler con cuatro cosas.

Bajó abajo y al otro lado del despacho en la entrada, había un pequeño saloncito, con sofás y televisión, una librería y una mecedora, música y una televisión.

Le encantó esa salita recogida. Luego estaba la cocina abierta al comedor y a un gran salón con un fuego y sofás alrededor y dos puertas francesas que daban al jardín y al patio, un cuarto de lavado y un aseo completo. Todos tenían toallas maravillosas y de todo lo necesario para el aseo.

El patio. Todo rodeado de unas vallas blancas, con flores, y setos, y un juego de sillones y mesa, y otra baja como sofás y dos sillones y una mesita de centro.

Una barbacoa grande y al fondo una piscina con césped, que aún estaba cerrada. Tenía unas hamacas alrededor. Y separaba el patio de baldosas de piedra del césped.

Y en la entrada había dos mecedoras con una mesa en el porche.

Todo era maravilloso y desde la entrada, se veía la casita del capataz, donde dormía Darek y al fondo unos barracones para los chicos, que visitaría y se presentaría para conocerlos y comería un día con ellos.

A lo lejos se veían los caballos libres y un paisaje maravilloso con las montañas a lo lejos. No tenía fin. Iría a verlo a la parte alta, en la lejanía y vería el rancho con Darek desde allí.

Volvió a ver al abuelo otro rato. Marie, ya había terminado y todo estaba colocado en su habitación y le dijo a Marie, que ella le llevaría la comida al abuelo.

Y se la llevó. Dejó que Marie, se fuera a hacer la comida a los chicos, ella recogería y comería con Darek, ya que Nick, había bajado a comer mientras ella le daba al abuelo.

No quiso comer mucho, no tenía ganas. Un poco de caldo y una tortilla. Ya no tenía apetito.

Se quedó hasta que Nick subió de comer y le dio las pastillas y se quedó de nuevo dormido, pero estaba contento con su nieta y se alegró de que ella le diera de comer y eso haría mientras su abuelo viviera. Estar el máximo tiempo posible con él. Ya se encargaría del rancho después.

Y así se lo dijo a Darek comiendo.

—De momento pienso pasar el mayor tiempo con el abuelo, cuando falte, entonces llevaré lo que sea necesario. Mientras todo seguirá como hasta ahora.

—Lo que quieras. Eres muy buena. ¿Lo sabes?

—No, pero ya que no he disfrutado de él, pienso hacerlo hasta el fin. Quiero preguntarte una cosa, por el sistema de salud aquí.

—No te preocupes, tengo un seguro, todo el mundo lo tiene y te meteré en el mío el lunes y tendrás todos los médicos que quieras. Hay una gran clínica en el pueblo.

—Gracias.

—Toma, esta es tu tarjeta del banco. Tu abuelo quiere que la tengas. Yo tengo otra para los pagos.

—Pero después.

—No, esto es antes.

—No me dejas ni comer.

—Perdona. Ya hablaremos cuando nos casemos cómo quieres que llevemos el control del dinero.

—Vale, cuando nos casemos

—¿Quieres ir de viaje de novios? —le preguntó él.

—No, con el abuelo, no quiero irme. ¿Cuándo hay menos trabajo en el rancho?

—En agosto.

—Pues podemos esperar e ir algunos días a algún sitio y tus padres que se encarguen del rancho.

—¿Y la noche de bodas? Quieres ir a algún hotel o algo...

—En nuestra habitación. No nos vamos a ir a ningún lado. Tenemos una habitación estupenda. Mejor que cualquier hotel. Es una tontería gastar dinero en eso.

—De acuerdo preciosa. Eres mi jefa. Tengo que obedecerte.

—Bobo, anda come que tu madre cocina de maravilla. Después voy a conocer a tu padre. Y otro día a los chicos cuando estén todos.

—Como quieras. Te los presentaré.

Cuando acabaron de comer, ella recogió la cocina. Él no quería, pero ella le dijo que de ninguna manera, era solo meter los platos en el lavavajillas. Y mientras los metía él la cogió por detrás y la abrazó —¿Me vas a salir cabezota?

—Puede ser...

—Sé cómo tratar una potra cabezota.

—No me compares. Que te doy.

Y le dio la vuelta y la besó pegándola a su cuerpo. Luego, cuando se cansó de besarla y antes de excitarse más fueron a su casa a tomar café con sus padres y conoció al padre de Darek y charlaron un rato y le cayó fenomenal. Fue mutuo.

Le encantó esa mujer para su hijo. Era sencilla como ellos, graciosa y bromista y se dio cuenta de que su hijo la miraba embobado. Y tenía la sensación de que iba a ser muy feliz con ella.

Salieron a dar un paseo por el rancho y estuvieron andando una hora, mientras él le enseñaba todo, hasta que llegaron a un arroyo que atravesaba el rancho y le dijo dónde terminaba y ella no veía el fin. Se sentó en una piedra del arroyo. No podía más.

—¿Estás cansada preciosa?

—Estoy muerta. Me vas a matar. Pero esto es maravilloso, no tiene fin.

—Es un gran rancho. Eres una ricachona, ¿quieres saber el dinero que tienes?

—No sé si me dará algo y me tiraré al arroyo.

—No lo harás —dijo riéndose de la ocurrencia—. Tienes el rancho pagado, todo al día y diez millones de dólares. Claro que el treinta por ciento es mío.

—Dios Santo Darek, no lo dirás en serio...

—Muy en serio, tengo que enseñarte los números.

—Me fio de ti. ¿Todo está en la misma cuenta?

—Todo.

—Deberíamos tener una para ahorrar y otra para el rancho.

—En eso estoy de acuerdo.

—Además no vamos a separar treinta ni setenta, juntamos todo el dinero.

—No puedo hacer eso Susana.

—Puedes y lo harás. Serás mi marido. Si nos separamos entonces hacemos esas cuentas.

—Yo tengo dinero aparte de mi trabajo, lo pondré también.

—No, ese no vas a ponerlo. Yo no tengo nada, así que ese lo dejarás aparte, por si tus padres algún día lo necesitan. Vamos a partir de cero ambos.

Él estaba sentado tras ella y la abrazó y Susana se recostó en su pecho y se dio cuenta de lo generosa que era. Y cada momento que pasaba sabía que era ella la elegida y que no se equivocaba y que iba a hacer que se sintiera orgulloso de él.

—¡Esto es felicidad! —dijo ella respirando el aire puro del campo.

—Sí, lo es. Seremos muy felices.

—Tenemos que intentarlo. Hay dinero, una casa preciosa y un rancho que amas y que a mí me encanta también. Me ha enamorado.

—Eres preciosa, ¿sabes?

—Y tú eres genial.

—Que me lo voy a creer mujer.

—En cuanto al dinero vamos a abrir otra cuenta y meteremos ocho millones del dinero allí para ahorro. ¿Te parece bien o es mucho?

—Me parece perfecto. Como tú digas. Con el resto tenemos para los gastos de la casa y el rancho y podemos meter al final de año para ahorro la mitad de los beneficios de ahorro y la otra mitad para el año.

—E iremos ahorrando cada año lo que se pueda. El resto lo dejaremos para el rancho.

—Me parece perfecto no tenerlo todo junto.

—Pues tenemos que sacar otras tarjetas de ahorro y no tocarlo a no ser imprescindible.

—Lo que tú digas preciosa. Mañana me pongo a hacerlo en el ordenador y el lunes solicito otra cuenta y hago la transferencia y te meto en mi seguro de salud.

—Que pagaremos con el dinero del rancho. No gastes un céntimo de tu dinero.

—Lo dejaré para nuestros hijos.

—O para tus padres. Prométeme que no lo tocarás.

—Te lo prometo. A partir del lunes empezaremos de cero.

—Gracias guapo.

—Dame tu mano, la izquierda.

—Y se la dio y le colocó en el dedo un anillo precioso de compromiso con un diamante pequeño en blanco. Le quedaba perfecto.

—¡Qué bonito Darek! Me encanta y me queda perfecto. ¡Eres un romántico!

—Menos mal. No tendré que cambiarlo. ¿Te casarás conmigo? —le preguntó mirando sus ojos.

—Claro que me casaré contigo.

Y mientras el sol caía sus últimos rayos sobre el rancho, ellos se besaban apasionadamente.

—Bajemos o tendremos que andar a oscuras.

—Vamos. ¿Cenamos juntos?

—Claro que sí.

—Vamos a estrenar el porche —dijo Susana.

—Y dices que soy un romántico...

CAPÍTULO 8

El domingo, transcurrió igual que el sábado.

Ella le dio de comer al abuelo y tuvo pequeñas conversaciones con él, de cómo había transcurrido su vida en Sevilla y de cómo había cambiado la ciudad desde que él estuvo.

Cuando se cansaba, lo dejaba dormir e iba al despacho con Darek.

Se colocaba detrás de él y ponía sus manos sobre su cuello. Sin poder resistirse lo besaba con pequeños besos.

—Nena, no me hagas eso —suplicaba él— Que nos quedan pocos días y no voy a poder aguantarme. Ya me cuesta...

—¡Qué exagerado! Solo son unos besitos —volvió a besarle en el cuello.

—Eres una provocadora, ¿lo sabes?

—No, de verdad.

Darek también jugaba con ella. La cogía y la sentaba en sus piernas y la abrazaba y besaba en el cuello y en la boca...

—Dime que me deseas como yo a ti pequeña —dijo mirando sus grandes ojos.

—Te deseo, es cierto.

—Pero...

—Tenemos que esperar un poco.

—Lo sé, pero no debería cambiar nada.

—Eres un hombre tremendo. Hace apenas días que nos conocemos. No queríamos casarnos ninguno.

—Y ahora estamos deseando, así es la vida pequeña. Y por mi parte nada tiene que ver con el rancho, sino con cómo eres.

—¿En serio te gusto?

—Y tan en serio, desde que te vi con esa faldita en el aeropuerto. Y esas piernas que te marcas.

—Si llevo vaqueros todo el día...

—Bueno, me las imagino.

—Tienes mucha imaginación tú.

Después de besarla de nuevo le dijo:

—Oye preciosa el martes vamos a ir al pueblo, Desayunamos y hacemos la gestión del banco y ponemos las cuentas a nombre de los dos, ¿quieres?

—Sí, me encantaría.

—Si quieres comprarte algo, podemos dar una vuelta, comemos y nos venimos.

—Estupendo. Quiero comprarme unas cosas.

—Porque por la tarde tengo trabajo. No puedo estar todo el día y el jueves viene la organizadora de la boda y acabarás con ella los detalles. Tengo unos días fuertes de trabajo ahora. Pero el viernes seré todo tuyo desde por la mañana, hasta el lunes. Me los tomaré para nosotros, aunque no vayamos a ningún lado de viaje de novios.

—Me encanta la idea.

—Podemos pasear por el rancho o a alguna ciudad cerca, ir a pasar el día. Pero volvemos a dormir al rancho.

—Muy bien, y ahora déjame que tengo que terminar esto, loquita. Luego comemos juntos.

—Vale. Voy a ver a tu padre y que me enseñe las cuadras y el barracón y eso.

—Muy bien, a ver si te gusta lo que ves. Hasta luego cielo.

—Adiós guapo —Darek le sonrió para quedarse muerta.

Para Susana era tan guapo que no se cansaba de estar en sus brazos, no quería pensar lo que le esperaba la noche de bodas.

Tenía un poco de miedo, pero su vecina Rocío ya le había dicho que lo dejara en manos de él. Y eso haría.

No quería pensar porque ella, no había tenido oportunidades de tener a ningún chico, que la besara o la tocara y estaba en el séptimo cielo.

Tan solo el primer año de instituto un chico le dio unos cuantos besos, pero nada más y eso es lo que había hecho Darek, pero sabía que era por respeto, que no por ganas. Y ella tampoco.

Lo deseaba, tenía siempre con él un dolor mojado y húmedo que no había tenido nunca.

Susana se acercó a la casa del capataz a ver si veía al padre de Darek, justo en el momento en que éste salía.

—¡Buenos días Masón!

—¡Hola buenos días Susana hija!, ¿quieres algo?

—¿Dónde iba?

—A las cuadras, tenía que mirar unas cosas.

—¿No le importa que lo acompañe y me las enseña?

—Pues claro que no, pero con esas zapatillas te vas a poner perdida.

—No importa. El martes voy a ir al pueblo con Darek y me compraré un par de botas y un sombrero vaquero.

—Así serás la jefa de verdad.

—Me encantan los sombreros. ¿En serio tiene tiempo de enseñarme las cuadras?

—Pues claro, las cuadras y lo que quieras.

—Pues vamos a ello. Ayer fui hasta el arroyo con Darek. El rancho es impresionante.

—Sí que lo es. El padre de tu abuelo, lo compró y lo hizo próspero y no es por nada, no he sido un mal capataz. Pero mi hijo sabe más que yo. Tu abuelo le pagó la Universidad.

—¿En serio? —preguntó mientras caminaban hacia las cuadras.

—Sí, quería tener una persona de confianza que le llevara las cuentas. Así que estudió Derecho y Finanzas.

—¡No me lo puedo creer!

—Sí. Y sin repetir. Y desde entonces, ha invertido y llevado el rancho muy bien. Estoy orgulloso de él.

—Me gusta su hijo. Me gusta mucho, se lo digo en serio.

—Yo, creo que eres la mujer que lo hará feliz.

—¿Eso cree? —le dijo toda ilusionada.

—Sí, desde el primer día que vino contigo del aeropuerto es otro.

—Eso me gusta.

—Debería gustarte. No ha traído a nadie al rancho, digo chicas.

—¿Ni siquiera a esa chica?

—¿A qué chica?

—Una que su padre tiene una inmobiliaria.

—No, tampoco, eso fue un tonto más bien, pero tu abuelo, le hizo romper con Isobel.

—Así se llama, Isobel.

—Sí, su padre se llama Martín Casper y es un tipo estirado y según tu abuelo tiene todo hipotecado. Creían que mi hijo iba a heredar todo el rancho. No sabían ni saben que existes y se ve que querían que su hija se casara con Darek para que le pagara sus deudas.

—Ya lo entiendo. Menuda cara tiene la gente.

—Sí, ese es un mal tipejo.

—Mientras a Darek no le guste Isobel...

—No creo. Si a mi hijo le hubiese gustado no creo que habría accedido a casarse contigo. Le costó más, que lo obligase a casarse contigo, pero porque no te conocía. Ahora creo que es la primera vez que veo a mi hijo feliz por casarse.

—Lo mismo me pasa a mí. Cuando el abogado de Sevilla me lo dijo, me quedé muerta, pero es que nunca he trabajado. Solo sé que tenía que aprender inglés perfectamente. Pero con mi tía, fueron casi siete años de enfermera. Ella me cuidó a mí y no teníamos para una enfermera ni nada.

—Has trabajado mucho, hija, así que ahora esto es tuyo y tienes que disfrutarlo.

—Y de su hijo. Cuando me case con él, será tanto suyo como mío. No habrá partes.

—Eres una buena chica y nos gustas.

—Y a mí ustedes. Y le dio un abrazo.

—Bueno entremos —estas son tus cuadras, nuera...

—Voy a verlas.

Y entre charla y charla de todo, de cosas que le contaba del rancho, de su hijo y de cómo conoció a su mujer, le enseñó esas cuadras inmensas.

Había siete del mismo tamaño, un pequeño rodeo y almacenes donde se metía la maquinaria y el grano.

Aquello era una inmensidad, pero todo estaba en orden y limpio y le gustó. Estaba algo alejado de la casa, y los caballos se veían a lo lejos. Saludó a algunos chicos que le presentó Masón como la nueva jefa. Y ella se reía.

Al día siguiente pensaba ir a ver a todos los chicos, parte de ellos estaban de fin de semana y pensaba cenar con ellos. Así se lo diría a Marie, para que le preparara allí la cena.

Ese era su rancho y tenía que espabilar. Era echada para adelante y creía que debería conocer a los trabajadores y si estaban contentos o si tenían alguna queja.

Quería y suponía que estaban bien, conociendo a Darek, pero, ella quería saberlo por sí misma también.

Cuando terminó la ruta, se despidió del padre de Darek, que era un hombre excepcional y que le caía muy bien y suponía que era mutuo. Sabía bromear y eso a ella le encantaba.

Sus suegros eran muy trabajadores y sencillos como ella. Darek, era algo más fino, debido a que había ido a la Universidad y se expresaba muy bien.

Era inteligente e irónico y le gustaba el rancho. Se preguntó por qué después de estudiar un doble grado en la Universidad quería estar allí en vez de en la ciudad, en una gran empresa, vistiendo trajes de diseño.

Pero por lo que se ve, había elegido el campo, claro que no tenía punto de comparación, tenía más de veinte personas a su cargo.

Era un rancho inmenso que se perdía en el horizonte. A lo lejos las montañas preciosas y los arroyos que atravesaban el rancho.

Todo era nuevo y parecía un pequeño pueblo y Darek parecía gestionarlo muy bien, llevaba

los pagos al día, según le contó en el arroyo y se encargaba de todo cuanto entraba y salía para el ganado, las ventas, las compras, y hasta las nóminas.

Trabajaba demasiado, claro que tenía el sueldo más alto de todos. Ella, ya tenía unas cuantas cosas para cambiar en mente, por ejemplo, su suegra llevaba mucha carga de trabajo y eso iba a cambiar.

Ella ya tenía ideas de ocuparse de algunas cosas. Ayudaría en lo que pudiera y gestionaría la casa.

Echó un último vistazo a las cuadras y a los barracones nuevos y la casita del capataz y su gran casa, preciosa, rodeada de flores, con huerto, piscina y balancines en el porche para las noches como esa.

Su abuelo nunca pensó que esa era la casa de sus sueños, aunque tenía demasiadas habitaciones arriba y era grande, pero era maravillosa, e iba a compartirla con el hombre más sexy que había conocido.

Y tuvo miedo a la intimidad, porque una cosa eran un par de besos y otra verlo desnudo y tener relaciones con él, pero como le dijo su amiga, lo dejaría que él hiciera. Ella aprendería.

Y se fue directa a la casa. Iba a darse una ducha antes de comer.

CAPÍTULO 9

Como Susana tardaba en venir, Darek fue a ver al jefe. El día anterior cuando fue a hablar con él, lo encontró dormido.

—¿Puedo pasar Daniel?

—Pasa hijo —le contestó desde la cama—, que no hemos tenido ocasión de hablar.

—¿Cómo se encuentra?

—Bueno, ya sabes, espero estar bien el día de la boda, al menos ese momento. El resto ya no me importa.

Darek asintió como si le comprendiera.

—Venga, no se deprima. Estará perfectamente.

—Bueno qué, qué opinas de mi nieta, eso es lo que más me importa.

—¿La verdad?

—Claro. No me voy a andar con tonterías a estas alturas de mi vida.

—Me encanta su nieta. Es guapísima, graciosa, buena y me gusta mucho.

—Ya sabía yo que os ibais a gustar.

—Es usted un casamentero de cuidado.

—Vas a cuidarla muchacho.

—Con mi vida si es necesario.

—¿Ha sido un flechazo?

—Por supuesto, cuando la vi en el aeropuerto.

—Me pasó eso con su abuela. Pero yo no tuve tanta suerte. Tú la tendrás. Es hermosa y ha sido una chica buena con su tía. Se ha sacrificado los mejores años de su adolescencia y juventud.

—La haré feliz, de eso me ocupo yo.

—¿Es mandona?

—Un poco.

—Me encanta.

—A mí también.

Y el abuelo le cogió las manos.

—Ella te dará hijos, ya verás. Y nunca te dirá que el rancho es más suyo que tuyo. Es generosa.

—Lo sé, quiere que vayamos a poner el dinero y dividirlo en dos, uno para ahorrar dice.

—Esa es mi nieta —sonriendo— Es sencilla. Ya me lo decía su tía. Seréis felices aquí. A ella le encanta esto y sé que es para ti, es tu vida.

—La haré feliz.

—Gracias hijo. Estoy cansado. Voy a dormir un rato.

—Ya vuelvo otro día.

—Adiós, hijo.

Y salió de la habitación y en el pasillo se encontró a Susana.

—Hola preciosa, hueles a cuadra. ¿Y esas zapatillas?

Susana llevaba las zapatillas en la mano, llenas de paja y barro.

—Muy gracioso. He estado en las cuadras con tu padre y viendo todo. Tengo que comprarme unas botas el martes cuando vayamos al pueblo. Voy a darme una ducha y ahora bajo a comer.

—¿Te froto la espalda? Soy bueno limpiando potras.

—Te voy a dar con la zapatilla.

—Ay no... que estoy limpio.

—Anda. Ahora bajo tontorrón.

—Te espero abajo y comemos, preciosa.

El lunes por la mañana, bajó a desayunar una vez que estuvo un rato con su abuelo, como había hecho desde que llegó, así bajaba Patrick abajo un rato y descansaba o tomaba algo.

Las charlas con su abuelo, no eran demasiado largas, pues el pobre no tenía mucha fuerza y ella era la que hablaba más que nada.

Luego, bajó a desayunar y habló un rato con Marie. Le preguntó por Darek y le dijo que estaba en el campo con los chicos y los caballos, que vendría por la tarde para la cena.

Se habían llevado comida para almorzar, así que tendría que almorzar sola.

Bueno, eso era lo que le tocaba. Le dijo que iba a cenar con los chicos en el barracón y Marie se sorprendió. Le preguntó a qué hora les ponía la comida y le dijo que a las siete.

—Pues pon un plato más, iré a conocerlos.

—Muy bien jefa.

—Vaya suegra que tengo. Es como su hijo. Voy al despacho, tengo que hacer una lista de cosas que tengo que comprar mañana cuando vayamos al pueblo.

Fue al despacho cuando acabó de desayunar y cogió un papel y un bolígrafo e hizo una lista de lo que iba a comprarse en el pueblo al día siguiente y lo que tenían que hacer para que no se les olvidara nada. Estaba haciendo la lista cuando Marie entró...

—Hay visita.

—¿Visita?

—Sí, Martin Casper y su hija Isobel —Marie lo dijo con cierto recelo—, quieren ver a tu abuelo.

—Sé quiénes son —dijo tranquila—. Yo los recibiré. Pásalos a la salita pequeña y haz café y pastas en un platito. ¿Cuántos son?

—Los dos solos.

—Vale te tomarás un café con nosotros.

—Yo no...

—Sí, te lo tomarás con nosotros. No vas a dejarme sola con esos buitres.

—Está bien, voy a pasarlos.

—Diles que ahora les atiendo. En cuanto termine. Que esperen un poco. Que se sienten.

Marie salió de la habitación toda nerviosa. ¿Cómo se había enterado Susana, su nuera de quiénes eran? Madre mía, qué querría esa gente. Molestar nada más. Ahora que estaban tan tranquilos...

Los pasó a la salita y les dijo que esperasen. El padre miraba todo y estaba encantado con la decoración. Cuando entró al rancho y vio que habían renovado esa casa y era maravillosa, ya se vio viviendo en ella.

—Aquí podemos vivir todos, hija, esta casa es maravillosa y grande y tu madre volverá a tener criadas.

Eso último lo escuchó Susana desde la puerta y sonrió. Iban listos...

—¡Buenos días! —saludo Susana... a ambos que se levantaron—. Pueden sentarse, Marie nos traerá un café. ¿Les apetece?

—Sí, muchas gracias. Usted es... —dijo Martin

—Soy la que lleva el rancho. Don Daniel está enfermo y yo me ocupo.

—¡Ah!

—Así que todo cuanto tengan que tratar, lo tratarán conmigo —y miró lo guapa y elegante que era Isobel y tuvo celos. Era toda una señorita de postín con ese pelo rubio precioso y esos ojos azules...

—Bien, no hay problema —dijo el padre de Isobel, mientras ésta permanecía en silencio.

—En esos momentos entró Marie con el café y lo sirvió.

—Siéntese Marie y tómese un café con nosotros —dijo Susana.

—¿Deja que su criada tome el café con usted? —dijo el padre.

—Perdone, Marie no es mi criada, es mi familia. Siéntate Marie —y dirigiéndose al padre—. Usted dirá, cuénteme que necesita de este rancho.

—Voy a ir al grano.

—Muy bien. Me parece perfecto. Así nos evitamos tiempo innecesario.

—Mi hija está embarazada —Susana permaneció tranquila, porque sabía que lo más probable es que no fuese verdad.

—¿Y qué tiene este rancho que ver con eso? —dijo con toda la calma que pudo. Marie estaba blanca.

—Pues está embarazada del capataz y tiene que responderle. Tiene que casarse con ella.

—Muy bien —respondió Susana con toda la calma que le fue posible—. Yo hablaré con mi capataz, ahora que se case o no con ella, será problema de mi capataz, y tenemos dos problemas, señor...

—Casper. Martin Casper.

—Como, le decía, señor Casper tenemos dos problemas. Si es verdad que mi capataz ha dejado embarazada a su hija, será despedido de este rancho de inmediato.

—¿Despedido?

—Sí, despedido.

—Pero, pero... ¿No va a heredar el rancho?

—Este rancho es mío. Señor Casper y no admito que mis trabajadores vayan dejando a señoritas tan guapas y tan finas embarazadas por ahí. Será despedido inmediatamente y no le daré referencias para volver a trabajar en ningún otro rancho.

—¿Este rancho es suyo?

—Por supuesto. Soy la nieta del señor Hunter, Susana Hunter. Si esperaba que el capataz heredara algo, no va a ser posible en esta vida.

—Entonces...

—Quizá sea una falsa alarma y su hija no esté embarazada y quiera encontrar otra persona con más dinero para su hija, que esté a su altura. Pero si sigue pensando igual, pasamos al siguiente problema.

—Qué problema.

—Tengo que comprobar que está verdaderamente embarazada. No quisiera equivocarme con mi capataz. Soy una persona justa. Le propongo esperar y uno de mis hombres irá al pueblo a por un test de embarazo y lo comprobaremos. Por su puesto, si tarda podrán comer en casa. Hay comida de sobra. No quisiera que si su hija embarazada, no sea atendida correctamente.

—Papá vámonos ahora mismo. No estoy embarazada —dijo de inmediato Isobel.

—¿Se van? —Susana se fingió muy sorprendida—. Entonces... ¿era una falsa alarma?

—Sí, nos vamos, quizá tenga razón. Será una falsa alarma. Nos hemos equivocado, lo siento.

—Bien, en ese caso, los acompaño a la puerta.

Y tal como vinieron con el coche, se fueron, pero mucho más rápido.

—Hija... —dijo Marie porque no sabía muy bien que decir.

—No has probado las pastas, suegra.

—No me entran. Eres de lo que no hay... ¡Madre de Dios! ¡Qué nuera tengo!

—Me ha entrado hambre.

—Anda ven y te preparo algo en la cocina.

—Sí, después me voy a echar una siestecita en el sofá.

—Esto es la monda. Ni tu abuelo hubiera resuelto esto. Hasta me creí que estaba embarazada.

—No, suegra, si alguien estará alguna vez embarazada de su hijo, esa seré yo —dijo tajante.

—¿A quién nos ha mandado el abuelo aquí?

—¿Es que no te gusto, suegra?

—Al contrario, eres tremenda. Y me gustas mucho —dijo con cariño—. ¡Y qué carácter defendiendo a mi hijo!

Con una sonrisa en los labios, se comió todo lo que Marie le preparó y cuando esta se fue, se echó en el sofá y se quedó dormida hasta casi las cinco de la tarde. Luego fue con el abuelo hasta la hora de la cena, para que Patrick descansara.

Cuando llegó la hora de la comida, Darek aún no había vuelto, y no tenía móvil para saber dónde estaba.

El Martes se compraría uno, así que, se recompuso la ropa que llevaba, unos vaqueros y una camisa estrecha verde y negra, con los botones desabrochados, como siempre los llevaba, se peinó y se dio un poco de maquillaje, pero poco y se echó perfume.

Cogió las llaves, se dirigió al barracón donde iba a comer con los chicos. Ya Marie que estaba sirviéndoles, les había avisado. Iba a echarles de comer cuando, su marido le dijo que lo haría él.

—Bueno, voy a casa y ahora vuelvo.

—Vale, no te preocupes. Yo voy sirviendo —y en ese momento entró Susana.

—¿Dónde va suegra?

—A casa, ahora vengo. Masón está sirviendo los platos.

—Vale, si ve a Darek, dígale que estoy aquí que se venga a cenar con nosotros. Aún no tengo móvil y no he podido avisarle.

—Se lo diré hija.

Cuando todos los trabajadores, estaban en esa gran mesa, Masón, fue presentándoselos uno a uno y ella le fue estrechando la mano.

Todos le hicieron hueco para que se sentara y al final se sentó justo en frente de todos. La mesa era alargada y grande y ella tomó confianza y Masón sirvió a todos y se sentó a comer también.

Susana lo invitó. Y ella hizo miles de preguntas y todos le contaban los caballos que había, las yeguas que estaban por parir, y ella como buena jefa, les preguntó si estaba contentos con sus sueldos y con el capataz.

—Sí, es mi novio y estáis todos invitados el viernes a la boda, pero quiero saber si estáis a gusto en este rancho.

—Estamos muy bien. Y su novio es el mejor capataz que hay, jefa.

—Eso me alegra y me deja tranquila. Cuando necesitéis algo, nos lo decís, a Darek o a mí, lo que sea.

Y la conversación discurrió ya entre bromas y ella se reía y fue uno más de la familia de ese rancho.

Mientras, Darek, llegó a su casa y al terminar de ducharse, entró su madre.

—Mamá, ¿no estás dando de comer a los muchachos?

—Está tu padre sirviendo, ahora voy. Necesito hacer algo. No sabía si me había dejado el fuego puesto. Me he puesto nerviosa.

—Estaba apagado, no te preocupes.

—Gracias a Dios. Allí está Susana.

—¿Dónde?

—Con los chicos cenando en el barracón.

—Qué dices...

—Sí, allí está tu padre comiendo también.

—Esta mujer es...

—No sabes lo que ha pasado esta mañana. Luego te lo cuento, ¿vale? porque si no, no vas a comer. Pero es fuerte. Si ella no te lo cuenta, te lo contaré por la noche.

—Vale mamá. Vámonos ya.

Y cuando Darek y su madre llegaron al barracón, ella estaba tan pancha, su novia allí sentada entre todos esos hombres, riéndose con ellos, algunos bastantes jóvenes, casi todos, y ella con esa camisa que dejaba asomar parte de sus senos.

Y se sintió muy celoso. Esa pequeña iba a matarlo. Y estaba como si nada. Todos babeando por su novia. Lo veía. Se los había ganado a todos y la trataban de jefa. Lo que faltaba.

Cuando ella lo vio tan guapo...

—Hola Darek, ven y siéntate, hoy comemos aquí con los chicos.

Y él, se acercó y tomó una silla a su lado.

—Hola preciosa —le dijo en un susurro y ella se puso un tanto colorada.

—Marie, coja un plato para usted también. No va a comer sola en su casa.

Allí estuvieron todos comiendo, tomando café y un trozo de tarta, hasta bien entrada la tarde y a las nueve más o menos, decidieron irse.

Él la acompañó a la casa, mientras sus padres recogían los platos.

—¿Qué pasa preciosa? —la cogió de la mano y la acercó a su cuerpo en la oscuridad. Estoy muy celoso.

—¿Por qué pequeño?

—Porque enseñas todo el pecho.

—Qué dices, no seas tonto. No se me ve nada.

—El sujetador ese de encaje que me está matando a mí y te pones delante de los hombres así.

—¿No te gusta el sujetador?

—No me provoques.

—Es de encaje, negro —dijo mientras se empinó y le echó las manos al cuello arrimando su boca mimosa.

—Susana...

—Nadie se ha dado cuenta, salvo tú, bobo.

—Me tienes loco, ¿lo sabes?

—No, no lo sé.

Y la cogió y la besó apasionadamente y la apretó a su pecho y sintió sus pezones duros y él estaba duro. Y aún le quedaban unas noches y esa mujer lo traía loco. Tendría que hacer algo. Poseerla lo dejaría para el viernes, pero no podía más.

Cuando llevaba un rato besándola, le dio las buenas noches y se fue a casa y ella subió a

dormir.

Al día siguiente iban al pueblo.

Cuando Darek llegó a su casa, se sentó un rato en el sofá y puso la televisión. Esperaba a eso tan importante que su madre tenía que contarle y se acostaría. Estaba cansado, pero su madre había insistido tanto...

Cuando llegaron sus padres, se sentaron cerca de él.

—Qué ha pasado hoy mamá tan importante. Tengo sueño.

—No te lo vas a creer. Ha venido Martin Casper e Isobel al rancho.

—¿Cómo? —se incorporó Darek de un salto en el sofá.

—Que han venido los dos. Los ha atendido Susana y el tipo ese estirado me ha dicho criada y ella, le ha dicho que no tiene criados que soy su familia y tuve que sentarme con ellos en la salita a tomar café.

—Esa nuera mía es un caso —dijo el padre.

—Eso no es lo peor —seguía la madre.

—¿Qué querían? —dijo Darek.

—Ahí voy, ella se presentó como la jefa que llevaba el rancho y el señor Martin, le dijo que su hija estaba embarazada.

—¿Cómo? —dijo Darek— eso no puede ser verdad.

Se le vino el mundo encima al ver lo que había tenido que escuchar Susana, sin embargo esta no le había dicho nada.

No sé cómo se enteró de quienes eran.

—Yo se lo comenté ayer —dijo el padre— por casualidad, estábamos hablando —dijo mirando a su hijo.

—Papa... por Dios. Yo también le había comentado algo cuando fui al aeropuerto a recogerla.

—Bueno —dijo la madre—, el caso es que ella le dijo que si eso era verdad despediría a su capataz y no le daría referencias para trabajar en otro rancho. También aseguró que no permitía gente así en su rancho que dejara embarazadas a señoritas finas. Esto creo que lo dijo con guasa.

—Esta historia me va gustando —dijo el padre, mientras Darek permanecía serio.

—Y el señor Martin, se quedó de piedra, cuando se vio con un capataz sin trabajo y sin rancho. Ella le dijo que era la dueña de todo el rancho y que era la nieta del jefe y se quedó blanco. Luego, le dijo que había otro problema. Que tenía confianza en su capataz y que no pensaba despedirlo sin saber si era cierto que estaba embarazada su hija. Los invitó a comer mientras uno de sus hombres iba al pueblo a comprar un test de embarazo y si era cierto, lo echaría, pero si no...

—Madre de Dios.... —Decía el padre divertido— ¡Qué imaginación!

Y se fueron, dijeron que era una falsa alarma, que no estaba embarazada.

—Esa chica tiene un aguante.

—Parecía una gran jefa, solucionando problemas, con una paciencia que ya quisieran muchos. Es única. Sí que demostró ser una jefa.

—¿Qué te pasa hijo?

—No me ha gustado nada que Susana viera eso.

—Pero si ella no les ha hecho caso. No te preocupes.

—Pero no me lo ha contado.

—Porque no tiene importancia y si ella no se la da... Me dijo que si alguna vez dejabas embarazada a una mujer sería a ella, a ninguna más.

—Dios, pero seguro que ha sufrido. La conozco.

—Que no hijo, que se lo ha tomado con humor. Que nos estuvimos riendo después.

—Mañana hablaré con ella. Voy a dormir. Tengo una novia...

—Mejor que ninguna —le dijo el padre mientras Darek subía las escaleras.

A Darek no le gustó que fueran al rancho, ni que Susana hubiese visto a Isobel ni verse metida en un tema semejante. No quería que sufriera por sus problemas.

Él sabía perfectamente que era muy difícil que Isobel, se hubiese quedado embarazada, porque él se protegía siempre. Hablaría con ella y le pediría disculpas, era su problema.

CAPÍTULO 10

El martes por la mañana, Darek, se duchó y se vistió con unos vaqueros y una camiseta negra, se echó colonia y fue en busca de Susana.

Iban a pasar la mañana en el pueblo comprando y haciendo unas gestiones. Cuando llegó a la casa, ella ya lo estaba esperando en la cocina charlando con su madre.

—¡Buenos días!

—¡Buenos días hijo!

—¡Hola Darek! —dijo Susana mirando lo guapo que estaba.

—¿Entonces no vais a desayunar?

—No mamá, desayunamos en el pueblo, así salimos algo y Susana ve el pueblo. Voy a coger unos documentos al despacho.

—Muy bien, te espero.

Susana tomó su bolso. Él la miró de arriba abajo cuando salieron de la casa.

—¿Qué, cómo estoy?

—La falda demasiado corta y con vuelo, las sandalias altas, son bonitas, la blusa... para qué voy a quejarme. Te vestes como te da la gana...

—¿Pero estoy guapa?

—Preciosa, como siempre. Cuando nos casemos iras en chándal siempre— le dijo bromeando.

—Sí hombre —riéndose.

—Anda sube al coche. ¿Quieres conducirlo tú? Es tuyo.

—No, a la vuelta quizá. Tengo que acostumbrarme a este tipo de coche sin marchas.

Cuando llevaba casi diez minutos conduciendo y antes de salir a la carretera, él paró a un lado. Había un gran árbol a la entrada del rancho y se bajó. Ella se lo quedó mirando y se bajó también, detrás de él, al lado del gran árbol.

—¿Qué pasa Darek?

—¿No tienes nada que contarme?

—¿Contarte qué?

—Ayer tuviste una visita.

—Bueno, sí, es muy guapa, alta, rubia con ojos azules. Una muñeca.

—¿Y qué? No me gusta. Y estoy prometido.

—Sí, bueno, pues entonces si estás prometido y no has dejado embarazada a nadie no hay problema.

—Sí, lo hay, te pido perdón por el mal rato que debiste pasar.

—No pasé ningún mal rato. Estaba advertida y me divertí mucho, la verdad. No te preocupes nene. No quería decirte nada porque no tiene importancia. Ahora estamos nosotros y nadie nos va a quitar nuestro rancho.

—Eres...

—¿Cómo? —Se acercó demasiado a él y se atrevió a sacarle la camiseta y meter sus pequeñas manos y tocarle el pecho y abrazarlo.

—Pequeña... no vamos a hacer nada hasta el viernes.

—Lo sé pero... puedo tocarte. Tenía ganas de tocarte.

—Y él puso las manos en sus muslos y fue subiendo sus manos acariciando sus nalgas y llegó a su trasero desnudo y la miró.

—¿No llevas nada?

—Sí, llevo, un tanga. Y si me sigues tocando así... —dijo empezando a gemir.

—Nena, eres preciosa —dijo dándole pequeños besos-pero eso no es tanga ni nada, es un cordón.

—Sí. —Llevó sus manos delante y ella se estremeció y se aferró a su cuerpo y eso le dio alas a Darek y metió su mano entre sus muslos y tocó su sexo —Depilado, ummm... Estaré muerto antes de los treinta.

—Dios, Darek —Él tocó su sexo húmedo. Y lo movió y ella gemía y con la otra mano tocaba sus pechos y metió la mano y tocó sus pezones.

—Te prometo que sólo te tocaré, no miraré nada.

—Darek, oh Dios, oh Dios Darek...

—¿Qué pasa pequeña? ¿No te gusta?

—Sí, es que... Ohhhh —Ella se derramó en su mano mientras él excitado, se sentía satisfecho.

Y le colocó la falda mientras ella se apoyaba en su pecho y recobraba la respiración.

Era lo más maravilloso que había sentido nunca, porque nunca nadie la había tocado así.

Él la besó y la miró.

—¿Estás bien, pequeña?

—Mejor que bien —Tocó sus pantalones y su sexo. Nunca había sido tan atrevida, pero se sintió con la necesidad de devolverle el favor.

—¿Qué haces loca? —le preguntó sorprendido.

—Lo mismo que me has hecho tú.

—No puedes hacerlo...

—Claro que sí, no miraré, pero no voy a dejar que te quedes sin nada.

Y le bajó la cremallera y un poco los slips y lo tocó.

Darek contuvo el aliento.

—¡Eres grande!

—¿Te lo parece?

—Creo que sí.

—Pues no toques mucho o...

Darek gimió con los ojos cerrados.

—¿O qué?

Le sacó el pene por los pantalones, tieso como un arco y lo movió. No tenía mucha experiencia pero tonta no era.

—Dios nena, más espacio.

—Date la vuelta y no mirare tampoco y él se puso mirando al árbol y ella desde atrás lo movía como el viento hacía la costa, y lo tocaba y con la otra mano tocaba sus nubes y su pecho y Darek se estremeció como un adolescente en su primera cita.

—¡Estás loca! —recobrando la respiración.

—Sí, tienes razón. Es que tu cuerpo...

Cuando él se recompuso y se limpió, se abrochó los pantalones, se metió la camiseta de nuevo, se dio la vuelta y la besó de nuevo y se abrazaron.

—¡Eres preciosa!

—Y tú... ha sido maravilloso.

—Parecemos dos adolescentes. Y en un árbol. Eso no lo he hecho yo nunca.

—Ya era hora pequeño.

—¡Estás loca! Y me encantas —Tú también me encantas, guapo.

—Anda vamos a comer algo.

Y se montaron en el coche.

—Sí, tengo hambre y pegó un bocadito en el hombro. —¡Ay! Loca.

—Ha sido erótico ¿verdad?

—Sí, ha sido demasiado erótico para mí, pero me gusta acabar bien el trabajo.

Y ella lo miró con adoración.

La mañana transcurrió entre desayunar, sacarse un seguro de salud junto con el de Darek, abrir una cuenta con tarjetas conjuntas.

Y poner la otra a nombre de los dos, separar el dinero.

Y luego fue a una tienda de ropa y como tenía aún dinero en la tarjeta que tenía de España, se compraron ropa. Ella le dijo que había que gastar ese dinero, para empezar de cero y él accedió.

—No vamos a tener siete tarjetas. ¡No seas cabezota!

—¡Está bien!

—Pues venga. Me voy a comprar botas, unas de vaquera y otras para entrar en las cuerdas, dos pares de cada. Y un sombrero y un par de chalecos de flecos. Se compró algunas camisetas más y camisetitas y vaqueros y a él también aunque éste no quiso, pero ella compró hasta ropa interior para él, unas botas nuevas y otro sombrero.

—No te vuelvas loca.

—No, esto es lo último. Aunque me queda un ordenador portátil y un móvil.

Y cuando le configuraron ambas cosas, decidieron tomar algo y dar un paseo por el pueblo. No era demasiado grande, pero era bonito. Le gustó.

—Algún día vendremos a cenar o a bailar.

—¿De verdad?

—Claro, no vamos a estar siempre encerrados en el rancho.

—Cuando pase lo del abuelo...

—Sí, antes no, sólo la boda.

Y luego se fueron al rancho y al entrar, paró de nuevo al lado del árbol.

—¿Otra vez?

—No pequeña, esta vez solo vamos a besarnos. Este es nuestro árbol.

—Deberíamos ponerles las iniciales.

—Algún día. —Pensó que se las pondría.

Cuando llegaron al rancho, Darek le dio un beso y se fue. Tenía trabajo.

—Te veo mañana cielo.

—¿No vienes a cenar?

—No, vendré tarde, quiero ir con un par de chicos a la parte este y cuando acabemos será tarde.

—Bueno, ten cuidado—Hasta luego preciosa.— le dio un beso en los labios y le susurró al oído— me ha encantado tu orgasmo.

—Bobo...

La casa estaba silenciosa, así que subió a ver al abuelo, estaba durmiendo. Entró en su dormitorio y colocó toda la ropa, hasta la que a él le había comprado, que no fue poca.

Tenía que decirle a Marie que tenía que traer la ropa de su hijo el jueves. Y la colocarían. Se

echó en la cama y se quedó dormida hasta tarde.

Después se fue el rato que todos los días iba con el abuelo y le contó lo que había comprado.

Que Darek le había metido todos los números de móvil de la gente del rancho y de lo más importante. Y que se había comprado unas botas y un sombrero.

Y el abuelo se reía con ella. Le recordaba tanto a su mujer de joven...

Cuando le dio de cenar, vino Patrick y le dio los medicamentos y entonces ella bajó a cenar algo y se sentó en el porche un rato al frescor de la primavera.

Se había puesto un chal encima, pero contemplaba las estrellas y miraba noticias en su móvil y miró la hora en España para llamar a su vecina Rocío.

Al día siguiente por la mañana se iría a andar por el rancho y haría fotos, para mandárselas.

La llamó y estuvieron hablando como una hora. Le contó todo, todo sin excepción.

—¡Chica ya has probado algo!

—¿No crees que ha sido muy pronto?

—La química existe. Si te gusta y va a ser tu marido, no seas tiquismiquis.

—No lo soy, lo toqué.

-¿Y?

—¡Es enorme!

—Joder Susana ¡qué suerte tienes hija! Tienes un pack completo. Pero te lo mereces

—Cuando pase la boda, me llamas de nuevo y me cuentas todo con pelos y señales.

—¡Qué mala eres!

—No es que quiero saber que mi vecina tiene orgasmos maravillosos con su vaquero.

—Creo que no tendré problema en eso, en cuanto me mira me derrito, si me toca como hoy... fue explosivo. Es un experto.

—¡Qué envidia

—Bueno y ¿cómo va la peluquería?

—Va bien mujer. La niña, no me deja dormir, es lo único.

—Pues que Javi te eche una mano.

—Si el pobre me la echa, pero lleva unos días,... tengo ganas de que crezca ya.

—Bueno, te dejo. Te llamaré después de la boda, unos días después.

—Un beso vecina. Te quiero. —Y yo a ti también.

Los siguientes días pasaron, ella con el abuelo y haciendo un recorrido por el rancho, se ponía por la mañana un chándal y unas zapatillas y se iba a andar una hora por lo menos después de desayunar y hacía fotos y se llevaba algunos folios y escribía impresiones y sentimientos y pensó en pedirle un bloc a Darek.

En cuanto empezara a trabajar después de la boda iría ella sola al pueblo, tomaría las riendas de la gestión de la casa, y se compraría blocs.

Le gustaba escribir. Abriría la piscina y tendría el día completo en hacer cosas

Por la tarde después de estar con el abuelo, regaba las flores, del porche y alrededor de la casa y el jardín.

Le encantaba y se adjudicó ese trabajo también. Y los fines de semana, miraría las cuentas con Darek hasta que aprendiera cómo lo hacía él, por si alguna vez tenía mucho trabajo y ella podía ayudarle y tener más tiempo para ellos.

Tenía un montón de cosas por hacer y ganas.

Por las tardes, el miércoles y el jueves, cogió el monovolumen y lo llevaba a la entrada del

rancho y luego volvía. Le resultó facilísimo manejarlo. Sin marchas eso era coser y cantar. Se leyó todo el libro de instrucciones del coche.

El jueves, por la mañana Marie y ella cambiaron la ropa de su hijo al vestidor y las cosas de aseo, que él se compró en el pueblo nuevas para estrenarlas en su baño.

Dejó algo para el viernes, pero cambiaron todo.

Y el viernes por la mañana había un revuelo en el rancho con la organizadora de la boda. Estaba nerviosa con tanto ajeteo, pero lo que hizo, fue meterse en la habitación del abuelo y dejar que prepararan todo como quisieran.

Se casaba a las seis de la tarde y Patrick y un par de chicos, vestirían al abuelo y lo sentarían en la silla de ruedas, durante el tiempo de la ceremonia. Y lo que aguantará el pobre.

A las cuatro empezó a bañarse y a pintarse. Se dejaría el pelo con un moño que su vecina le enseñó a hacerse para la mantilla y que era muy fácil. Se vistió a conciencia y cuando le quedaba el vestido, vino su suegra a ayudarla.

—¡Estás guapísima hija!

—Y usted también. Ese vestido es muy bonito.

—Se casa mi único hijo. Estoy más nerviosa que tú.

—Cuando se vistió con ayuda de su suegra, estaba maravillosa y cuando bajó las escaleras del rancho allí estaba el abuelo, sentado en la silla de ruedas, empujado por Patrick. La iba a llevar al altar que habían preparado a modo de arco de flores blancas y rojas.

El abuelo se emocionó al verla.

—Vamos abuelo, no vayas a llorar.

—¡Estás tan guapa...!

—Mi abuelo está también muy elegante.

—Venga, vamos, el novio nos espera.

CAPÍTULO 11

Cuando Darek la vio caminando hacia él, nunca había visto nada más hermoso. El vestido era maravilloso en un blanco roto y ese velo parecía que era una virgen. Estaba preciosa, e iba a ser suya.

Estaban los dos nerviosos, pero la ceremonia fue emotiva y muy bonita. Algunos de los chicos del rancho leyeron unas lecturas preciosas y cuando la ceremonia acabó, el fotógrafo les hizo fotos en muchos rincones del rancho, mientras los invitados empezaban a tomar unas copas.

Ellos se unieron después y todos los felicitaron. Luego la comida y la barbacoa, y al final una tarta grande que cortaron los novios.

El pobre abuelo aguantó bien hasta la tarta, después los besó, y lo subieron a acostarlo. Estaba muy cansado.

Y ellos, se quedaron los últimos hasta despedir a los invitados. Eran las dos de la mañana.

La organizadora, dijo que vendrían temprano por la mañana a retirar todo. Y Darek, entró al despacho y les dio un cheque.

Entraron en su casa y cerraron la puerta.

El la cogió en brazos y la subió por las escaleras a su dormitorio y cerró con llave.

—¡Estás loco...!

—Sí, pequeña, por ti. Ahora ya eres mía y puedo verte.

—Tendrás que ayudarme a quitarme el vestido.

—Es mi especialidad.

—Tonto...

—Y le quitó el vestido con suavidad y se quedó con la ropa interior y los tacones. Él recogió al vestido y lo metió en el vestidor, mientras ella, se sentó en la cama sin saber qué hacer.

Darek echó las sábanas y el edredón hacía atrás y se desvistió. Se quedó desnudo del todo y ella lo vio en todo su esplendor. Sí que era un hombre grande en todos los sentidos y estaba más que excitado.

—Vamos pequeña ¿qué te pasa?

—Estoy nerviosa.

—Ven aquí —y ella empezó a temblar.

—¡Eres muy guapa! —y empezaba a besarla— preciosa— y besaba su cuello y bajaba a sus pechos y mordisqueó sus pezones por encima del sujetador y ella gimió y eso lo excitó más, y ella tocó su piel de terciopelo —No tengas prisa, si esta noche me tocas..., le quitó el sujetador y el tanga y ella quedó expuesta y él besó su cuerpo y bajó a su sexo y lo besó y ella como un pájaro herido, no había conocido más sexo que el que había tenido con Darek.

Darek abrió sus pliegues con la boca y al rato le arrancó un orgasmo que ella desconocía de esa manera.

—Me encanta verte cuando tienes un orgasmo.

Y él fue a ponerse un preservativo y entrar en ella.

—No necesitamos eso.

—¿No?

—Tomo pastillas anticonceptivas.

—Dios, cielo. Esto es demasiado...

Y entró en ella despacio mientras la miraba, le encantaba mirarla y ella sintió por primera vez abrir sus ámbitos para el único hombre que la excitaba y cuando Darek encontró una barrera que le costó pasar, supo que era el primero en su vida y en su sexo y la miró.

—Preciosa, ¿te hago daño? ¿Quieres que pare?

—No, quiero que entres.

—Y él empujó y traspasó esa barrera y se llevó su secreto dentro de su cuerpo y ella gimió un momento, pero cuando su pene se acomodó a su sexo, ella se movió y él amainó el ritmo y ambos gemían con deseo y él le decía cosas hermosas que ella oía en la lejanía y su cuerpo tembló por el orgasmo que tuvieron juntos.

Él apagó su grito con un beso. No podían gritar lo que querían, más allá estaba el abuelo y el enfermero.

—Y él tuvo que contenerse.

—Dios Darek, Oh Dios, niño...

—Y se abrazó a él y Darek la abrazó fuerte contra su pecho.

Cuando recobraron las respiraciones.

—Pequeña...

—Dime.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—Quería que fuera una sorpresa y además me daba vergüenza no tener experiencia.

—¿Por qué?, a mí me ha encantado que seas virgen, así eres enteramente mía.

—Eres un machista ¿lo sabes?

—Sí, lo sé, pero ser el primero y no ponerme nada... Ha sido lo máximo en mi vida sexual.

—Ha sido maravilloso, ¿verdad?

—Sí, cielo ha sido maravilloso. Tú eres maravillosa y ahora me tendrás con esos tangas y sin ponerme nada detrás de ti, como un loco adolescente.

—Vaquero exagerado.

—Sí, exagerado, pero así va a ser. ¿Cómo no has tenido relaciones sexuales antes?

—Nadie me ha tocado salvo tú, solo algunos besos sin comparación y en el instituto. Pero es que ten en cuenta que siempre estuve cuidando a mi tía. Salía muy muy poco y así es difícil conocer a chicos.

—¿Nadie te ha tocado nunca?

—No, tú eres el primero.

—Mujer, ¡pero tienes veinticuatro años!

—Sí, por eso me dabas miedo. Has estado con mujeres preciosas, conozco a una y que tienes más experiencia y cuando la vi, sentí celos.

—¡Qué tontita! No tengas celos, aquí el celoso soy yo. Nadie puede compararse contigo.

—¿De verdad?

—De verdad y te lo voy a demostrar de nuevo.

—Darek,...

—Y le volvió a hacer el amor de forma más apasionada.

Después de una noche intensa de sexo, durmieron hasta tarde. Cuando despertaron, Darek, la abrazó fuertemente tocando sus pechos.

—Buenos días pequeña. ¡Ummm! qué bien hueles...

—Buenos días guapo. Creo que necesito una ducha.

—Te acompaño.

—¿No piensas dejarme libre?

—Ni un segundo, mira, tócame y verás cómo estoy...

—Eres un loco, pero si apenas hace unas horas que lo hicimos.

—Eso no importa. Mira cómo me pones— cogiendo su mano y llevándola a su sexo duro.

—Eso hay que remediarlo, sí, en el baño.

—Déjame bobita.

—Te dejo.

Y saltando de la cama, la cogió en brazos y se fueron a la ducha. Mientras la enjabonaba, la tocaba.

—Eso es...

—Eso es lo mejor encanto, tocarte es sublime.

Y cuando ella lo enjabonaba y él echaba agua clara entre ellos, ella se agachó y se puso de rodillas.

—¿Qué haces loquita?

—Algo que te va a encantar.

Y cogió su pene alto y duro y su boca lo cubrió de espuma y lo movió sus manos de viento y él gemía entre sus cuerpos.

—Nena, si sigues así, no puedo, ahhhgg.

—Y ella, siguió hasta que él se liberó en un suspiro hondo, dejando su cuerpo temblar.

—Dios pequeña, no serás experta pero lo que me haces me va a dejar si fuerzas hoy. La levantó y la besó largamente.

—Y ahora vamos a por un buen desayuno.

—¿Quieres que vayamos al pueblo, desayunamos y luego vamos a la ciudad más cerca y pasamos allí el día?

—Me encantaría.

—Pues venga, nos vestimos, vemos al abuelo, llamo a mi padre que se haga cargo de todo y pasamos el sábado fuera. Así mañana podemos descansar más en el rancho.

Y mientras ella se secaba el pelo, Darek, llamó a su padre. Dejaron la habitación recogida. Luego ella cogió el bolso y algunas pertenencias y fueron a ver al abuelo. Le dijeron que iban a pasar el día fuera y este les dijo que lo pasaran bien.

El abuelo sabía, que estaban hechos el uno para el otro en cuanto vio sus caras entrar por la puerta.

Tomaron el monovolumen y fueron a desayunar al pueblo y luego siguieron unos cien kilómetros hasta llegar a Casper.

Era una gran ciudad, atravesada por uno de los ríos afluente del Misisipi. Dieron un paseo por el centro de la ciudad, comieron en uno de los restaurantes del centro. Y fueron a una de las cafeterías cerca del río a tomar un café y un trozo de tarta.

Iban de la mano como dos enamorados y él la besaba de vez en cuando. Fue un día maravilloso. Ella no estaba acostumbrada a salir y ese día supuso para ella un soplo de aire fresco.

Estuvieron en un parque y allí pasaron la tarde, contándose su vida de cuando eran pequeños hasta ahora. Y antes de volver cenaron en una cafetería preciosa.

Estaba anocheciendo cuando volvieron al rancho.

—¿Qué día más bonito! ¿Verdad? Hace mucho que no me tomo un día y como todo el día fuera.

Me duelen los pies. Pero me ha encantado.

—No creas que yo salgo mucho. Voy al pueblo un día a la semana, el fin de semana a tomar unas cervezas o a bailar.

—Sí, pero ya no irás solo. Te ataré en corto. No te dejaré que vayas a ligar con chicas.

—No se me ocurriría, teniéndote a ti, nena...

—Es broma.

—Ya lo sé.

—Me gusta ese vestido, ¿pero no crees que tiene demasiado escote?

—¿Qué te pasa con los escotes?

—Que enseñas mucho.

—Y qué, solo tú lo tocas.

—Tienes unos pechos muy bonitos y si te miran, me pongo celoso.

—¡Qué tontorrón! Tendrás que acostumbrarte.

—Si no hay más remedio, tendré que sufrir.

—Bobo, y tocó su sexo que se puso duro.

—Susana, deja que voy conduciendo.

—Tengo ganas de llegar.

—No más que yo. Esta noche voy a matarte.

—Mi marido, el vaquero exagerado. Pensar que la semana pasada estaba en Sevilla y ahora estoy aquí, en un pueblo de Wyoming casada con un desconocido.

—No tan desconocido cielo. Me has tocado todo el cuerpo.

—Y tú a mí, pero ya sabes a qué me refiero.

—Sí, es cierto, pero para eso tenemos toda la vida.

—Sabes, hablando de otro tema, después de ver el rancho tengo planes para cuando falte el abuelo —él la miró sorprendido.

—No, no te preocupes, tu trabajo y las casas no las tocaré, solo la gestión de las casas. He pensado que tu madre lleva mucha carga. La pobre lleva tres casas, tres comidas y tres limpiezas. Es una barbaridad, y más para una casa tan grande como la nuestra.

—No lo había pensado, pero tienes razón.

—Debe tener su descanso. No puede trabajar como una muía. Su asignación seguirá siendo la misma, pero le preguntaré si quiere cocinar o hacer limpieza, aunque yo, la veo más como cocinera ¿Tú qué opinas?

—Creo que le encanta la cocina.

—Pues le dejamos las cocinas y contrataré a una chica para las limpiezas del barracón y de la casa nuestra. Que venga del pueblo unas horas al día. Y una vez al mes o cada dos meses, según vea el primer mes que venga un equipo y limpie a fondo. Me pondré en contacto con una empresa a ver que nos cobran por ello. Y cuando limpien a fondo que limpien la casa de tu madre también. Espero que no se enfade.

—Si la jefa manda, no creo.

—Es para que descansa más, cielo.

—Ya lo sé, eres muy buena.

—Y para los chicos limpieza solo. Ellos se hacen su colada.

—Sí, en eso no hay que contratar. Tienen una sala con lavadora y secadora y plancha. Ellos se hacen su colada.

—Pues que le limpien nada más.

—Está bien.

—Y me queda tu padre. Quiero que haga algo importante, pero no sé qué...

—De él me ocupo yo. Le mandaré hacer cosas o recados con los chicos y si tú lo necesitas, también. Generalmente hay mucho que ordenar en las cuadras y él se ocupa. Y del huerto.

—Vale, ya estoy más tranquila. Puede venir semanalmente conmigo a hacer las compras de comida.

—También.

—¡Qué bien! Quedo yo.

—¿Tú qué?

—Lo que voy a hacer.

—Ahora mismo, servir a tu marido, cabeza pensante, ya llegamos. Mañana lo piensas.

—Loco. Vamos a ver cómo ha estado el abuelo y nos acostamos. Es tarde ya.

Cuando llegaron, el abuelo, estaba dormido y descansando, así que se fueron a su habitación.

—Voy a darme una ducha —dijo ella

—Te acompaño.

—No me fío de ti.

—Haces bien en no fiarte pequeña. Ven aquí que voy a darte un masajito.

La besó apasionadamente en la boca y se desvistieron y se fueron a la ducha. Cuando estaban enjabonados, él la cogió a horcajadas y la levantó junto a la pared de la ducha y se introdujo en ella con prisas y la embestía, mientras mordía sus pezones, hasta que ella dejó de gemir cuando un orgasmo potente atravesó su cuerpo.

Darek la había acompañado y ella recostó la cabeza en su hombro tratando de llevar aire a sus pulmones.

Había sido una forma erótica y distinta, fuerte y apasionada. Y ella no pudo contenerse al cuerpo de Darek.

—Lo siento preciosa, creo que he sido un bruto—Nada de eso... casi me muero, Dios.

—Exagerada.

—Eres bueno. Lo que ya veré es si puedo bajarme y andar.

—Podrás, guapa.

—Me han cambiado a mi marido.

—Tú marido hace el amor de formas distintas, según estés y me tenías... loco por esos huesos tuyos y esas caderas que me matan, preciosa.

Esa noche, no terminó ahí, al día siguiente no tenían que madrugar. Darek, se lo tomó de descanso.

Era domingo y su padre estaba al mando de todo y lo dejaría, así que aprovecharon para conocer sus cuerpos y amarse hasta caer rendidos.

El domingo, se levantaron tarde y desayunaron y fueron a ver al abuelo. El abuelo no abrió los ojos, el enfermero Nick, le dijo que ya desde el día anterior estaba así, y como tenía dolores, le inyectaban más dosis de morfina.

Ella se preocupó porque su tía Macarena cuando ya dejó de abrir los ojos, tardó menos de una semana en morir.

Y tras estar un rato con él cogiéndole las manos, fueron a dar una vuelta por el rancho. A ella no le apeteció ir a caballo, aparte de tener miedo de montarse en uno, aunque fuese con él en el mismo caballo, estaba preocupada por el abuelo.

Él no dejaba de acariciarla y le tocaba el pelo y la consolaba.

Así que fueron a otra aparte del rancho donde no habían ido y se sentaron tras andar casi una hora y él le señalaba otra parte de la propiedad.

—Cuando lleves unas semanas te habré llevado a recorrer todo el rancho, te asignaré una yegua mansa que tengo para ti, vas a ser una vaquera y aprenderás a montar.

—No creo que lo logre, Darek, para eso soy muy torpe.

—Ya verás que no pequeña. No vas a pasar toda la vida en el rancho y no vas a montar a caballo, mujer.

—Bueno, pero tendrás cuidado cuando me monte.

—Confía en mí.

—Confío en ti ahora mismo más que en nadie en el mundo. Y soy feliz. Solo estoy un poco triste por el abuelo.

—Cielo, eso ya lo esperábamos. Él hizo lo que le dio la gana hasta el final. ¡Míranos! Hasta nos arregló la vida.

—Sí, pero yo no me he arrepentido en esta semana del hombre que mi abuelo eligió para mí.

—Yo tampoco. Si me lo cuentan, hubiese apostado mi mano derecha a que no haría tal cosa.

—A mí, si me dicen que iba a encontrar un hombre como tú y tener la confianza que tengo contigo, incluso a nivel sexual, tampoco.

—Dime que serás mía, ocurra lo que ocurra.

—Ocurra lo que ocurra, siempre seré tuya. Nunca te abandonaré. Jamás. Eres el hombre de mi vida.

—Yo te prometo no dejarte jamás, ocurra lo que ocurra. No habrá otra mujer para mí, y si tenemos hijos seremos una familia feliz. No me importa como lo lleven los demás, pero yo, te protegeré y siempre estaré contigo, no lo olvides pequeña. Y se besaron y ella se emocionó con las palabras de Darek.

Cuando estuvieron un rato allí, dieron un rodeo y bajaron de nuevo a la casa después de comer y tomar café, descansaron en el salón y luego se quedaron con el abuelo, mientras Nick, descansaba.

Esa noche, cuando estaban desnudos, después de hacer el amor, y abrazados, ella se quejó de que terminaba su pequeña luna de miel.

—Cariño, estaremos todas las noches juntos y los fines de semana vas a aprender la contabilidad del rancho y aprenderás a montar a caballo y cogerás el coche y serás la mejor vaquera de este rancho aparte de la jefa.

—El coche ya lo he cogido y lo domino— él se la quedó mirando—En serio, sí, lo he cogido hasta la salida del rancho y de vuelta y esta semana iré al pueblo a comprar.

—Es muy fácil.

—Más que con marchas. Pero aprenderé la contabilidad y te descargaré trabajo, así solo tendrás que repararla y pasaremos juntos más tiempo los fines de semana. Pero tengo muchas cosas que hacer. Mañana me pongo manos a la obra. Quizá hable con tu madre y vaya al pueblo a la agencia a contratar a las chicas.

—Bien, me parece estupendo. Pero ten cuidado con el coche.

—Darek, el pueblo está a veinte minutos, cielo.

—Bueno, pero ten cuidado de verdad preciosa.

—Lo tendré... Darek, ¿otra vez?

—Es que me estás tocando, mala...

—No me había dado cuenta.

- No es un juguete, si me tocas me pongo duro.
—Me encanta que te pongas duro —y se montó encima de él...

El lunes, cuando despertó, Darek, ya se había ido y ella se levantó, como siempre, y fue a ver al abuelo, que seguía igual o peor. Bajó a desayunar y habló con la madre de Darek.

- Marie, tenemos que hablar.
—Dime hija.
—No quiero que lleves tanto peso en la casa. Sabes que llevas tres casas y tres cocinas. No puedo consentir que trabajes tanto. Sólo tienes un sueldo y un cuerpo.
—A mí, no me importa. Lo llevo bien.
—Lo sé, pero quiero que elijas comida o limpieza. El sueldo sigue siendo el mismo pero no dejaré que trabajes como una burra.
—¡Me encanta la cocina!
—A ver qué te parece lo que he pensado. De tu casa, te ocupas tú, como siempre, pero cuando falte el abuelo, solo te ocuparás de la cocina. Esa es tuya, entera y la cocina de los chicos, solo eso, nos haces el desayuno y algo para media mañana y nos dejas la cena preparada. A los chicos también, a ellos sí que tienes que servirles, a nosotros no. Yo me ocupo de calentar la cena. Así que las cocinas son tuyas. Voy a contratar una agencia que se ocupe de limpiar, la ropa y la plancha, tanto para el barracón como para la casa. Unas tres o cuatro horas diarias y cada dos meses limpieza general a fondo de las tres casas. Así en la tuya, tú solo harás lo imprescindible a diario.
—Pero, voy a trabajar muy poco.
—¿Poco?, con más de veinte chicos que tenemos y nosotros y tu casa... No, suegra. Lo he pensado y voy a descargar ese trabajo. Podemos permitirnoslo y tú no estarás tan estresada ni tan cansada.
—Sí es lo que quieres...
—No quiero que te enfades. Lo hago por ti. Venga, dame un abrazo. Voy a ir al pueblo. De paso me traigo la comida que anotemos. Vamos a hacer las listas. ¿Estás contenta?
—Sí, lo estoy.
—Puedes estar más tiempo con tu marido. Ahora lo voy a llamar para que venga al pueblo y me diga donde compramos los productos.
—Creo que está en las cuadras arreglando cosas.
—Pues lo llamo y que venga en media hora. Me dará tiempo de desayunar y hacer las listas.
Y a las diez de la mañana iba con su suegro en el monovolumen, camino del pueblo. Y le preguntaba a su suegro si conducía bien y éste le dijo que sí. Que él iba tranquilo. Le contó lo que iba a hacer con Marie y que esperaba que no se enfadara, pero que no podía trabajar tanto. Ella no lo permitiría y menos ahora que eran familia. Y el padre de Darek, le dio las gracias.
—Trabaja demasiado suegro. No quiero que trabaje tanto, no es mayor, pero quiero que se cuide un poco.
—Gracias hija, espero que lo entienda ella. Ha estado acostumbrada siempre.
—Pero ya es hora de que le descargue trabajo. Darek. está de acuerdo.
Y cuando llegaron al pueblo, dejaron la lista de productos en el supermercado, para que se la prepararan.

Llevaban tres listas independientes y mientras se la preparaban, su suegro se quedó en el supermercado y ella fue a la agencia de limpieza e hizo un contrato con ellos.

Les mandarían dos chicas diarias cuatro horas cada una, excepto sábados y domingos, para todo, excepto cocina, y un servicio a fondo cada dos meses.

No le pareció excesivamente caro para todo lo que ella les pidió. Así que al día siguiente, estarían allí. Hizo el contrato, les dio el número de cuenta y se lo cargarían mensualmente.

Y se fue de nuevo al supermercado. Ya estaban las tres cajas preparadas y su suegro pagó la de su casa y ella las otras dos.

Cuando llegaron al rancho, ayudaron los tres a colocarlo todo y después se tomó un zumo y unos bocadillos que había preparado su suegra. Darek, había pasado ya por allí, así que no lo vería hasta la noche.

Su suegra les había dejado la cena y se fue. Y ella se quedó un rato leyendo en la salita y escuchando música bajita. Y se quedó dormida, hasta casi las seis.

Su marido tenía demasiada vitalidad y la había dejado rendida todo el fin de semana. Y ella tenía su olor dentro y cuando pensaba en él, no podía ser más feliz.

Si seguía así, se enamoraría de ese hombre, si no lo estaba ya. Ella nunca había estado enamorada, pero reconocía que tenía un sentimiento diferente por él.

Era atento y cariñoso y era muy apasionado y sensual, era erótico y le había hecho el amor de tantas formas distintas y todas le gustaban y le respondía.

Nunca pensó que el sexo fuese un vicio, pero para ella el sexo con Darek, se estaba convirtiendo en un vicio. Lo deseaba a todas horas.

En ello, estaba pensando cuando Nick, la llamó desde el final de la escalera y ella, fue a su encuentro. Cuando lo miró, lo supo. Su abuelo había muerto.

Y subió con él y entre los dos, lo vistieron y lo prepararon y cuando el cuarto estuvo recogido, y todos los medicamentos retirados, ella llamó a Darek y a su padres y llamó al cura y al médico y cuando vino Darek, se ducho y llamó al seguro que el abuelo tenía para todos los preparativos de su muerte.

CAPÍTULO 12

El abuelo fue enterrado al día siguiente por la tarde, con todos los trabajadores y el cura, en una parte del rancho donde estaban sus padres. Una especie de cementerio en la parte alta, con unas vistas espectaculares y que Darek y su padre, habían cercado con unas vallas blancas a modo de pequeño cementerio.

Sólo estaban los padres de su abuelo, con sus cruces y sus nombres en lápidas en mármol gris y así se eligió para el abuelo.

Los siguientes días ella se sintió triste, pero cuando llevaba un mes en el rancho, recobró el ánimo y a los dos meses todo era pura felicidad para ella.

Su suegra se descargó del trabajo. La habitación del abuelo, la dejaron tal cual, la pintaron y limpiaron, le cambiaron toda la ropa de cama, las cortinas y la cerraron.

Solo estaba la de ellos abierta. El equipo de limpieza, la limpiaban cada dos meses el resto de las habitaciones de la parte alta.

La madre de Darek, se ocupaba de las cocinas, de su casa y no quería que le limpiaran a fondo la suya, pero ella insistió en que no quería verla montada en una escalera limpiando.

Cuando el equipo de limpieza venía cada dos meses, también limpiaban a fondo las cocinas. Al final, se acostumbró a hacer menos tareas y le decía a su nuera, que parecía ahora una señora.

—Con lo que trabaja, mujer, va a ser una señora...

—No hago casi nada...

—La comida ya es bastante y recoger.

—Pero si tengo lavavajillas.

—Mejor para ti, luego te tumbas.

—¡Qué nuera más mandona tengo!

—Soy la jefa. Te quiero mucho, suegra.

—¡Zalamera!

Y ella la cogía por detrás y la besaba. Una vez la pilló Darek haciéndole eso a su madre y se sintió el hombre más feliz del mundo. Su mujer era maravillosa. Y hasta se emocionó.

Susana iba al pueblo semanalmente a comprar. A veces iba el padre de Darek y otras iba sola.

Los fines de semana aprendió la contabilidad con Darek. Se levantaba todos los fines de semana con él y se ponían manos a la obra con las finanzas y la contabilidad y en tres meses aprendió lo que Darek hacía.

También se encargaba de imprimir y archivar en carpetas todo cuanto debía saber de la gerencia del rancho, lo aprendió en los seis meses siguientes.

En los seis meses siguientes, aprendió también a montar a caballo, e iban los domingos por la mañana a ver el rancho y al final, se conocía el rancho de pe a pa.

Le encantaba aprenderlo todo. Quería ser una ranchera. Y las noches eran de su marido.

Darek, quería hacer el amor todos los días y a veces cuando venía a media mañana cerraba la puerta y la ponía encima de la encimera o en cualquier sitio. Era incansable y ella estaba loca por él, al igual que Darek por ella.

A veces se sentaba a esperarlo en la mecedora del porche, contemplando la puesta de sol o leyendo algún libro. Se había comprado algunos por Amazon, de gestión de empresas, nóminas y

contabilidad.

Y Darek se reía porque decía que a ese paso iba a saber más que él con la carrera. Pero ella le daba algunas pautas que había leído en esos libros y él decía:

—Lo que la jefa diga.

—Tontorrón. La jefa quiere comerse a su marido.

—Me dejo.

—Cómo no...

Y la cogía en brazos, la metía en la casa y se la llevaba al baño y allí empezaban antes de cenar.

No podía ser más feliz. Todos los días iba al huerto y regaba las flores. Se compró también libros de huertos y su suegro decía que era demasiado trabajadora.

Ella cumplió los veinticinco años y Darek los treinta y cuando llevaban un año de casados, él le dijo que por qué no dejaba las pastillas y tenían un hijo.

—¿En serio quieres ser padre?

—Sí, en serio cielo. Quiero ser un padre joven. No quiero ser padre con cuarenta años. Podemos tener dos casi seguidos. No quiero que se lleven tanto tiempo. Y no quiero uno solo.

—¿Quieres cinco?

—Tontita, no, con dos o tres, tenemos.

—Dos, ni uno más —dijo ella.

—Bueno, pues dos.

—Vale, pues esta noche no me tomo la pastilla. Fuera pastillas. A por la familia.

—Ven aquí, ¿eso hay que comprar un libro para aprender?

—No te rías de mí y de los libros que me compro, que te doy. Para eso no necesitas tú libros. Sólo se necesita un curso intensivo.

—Un curso intensivo, ¿eh? Pues venga, que tengo prisa...

—Tonto.

—Guapa.

Y empezaron un cursillo intensivo para tener hijos. Todos los ratos libres que tenían y por las noches, sobre todo por las noches.

Darek por su parte, nunca creyó ser más feliz en su vida que con Susana. Pensar que el abuelo le había proporcionado todo cuanto necesitaba para ser feliz... le daba gracias a Dios todas las mañanas.

Cuando se levantaba por la mañana, la veía dormir, y le parecía preciosa. A caballo veía el amanecer en el rancho de sus sueños. Ella jamás le decía que el rancho era suyo.

Así que él tenía libertad en su trabajo. Había soñado tanto tiempo con tener uno, que estaba orgulloso y no sin vanidad en tener el mejor rancho del condado. Tenía buenos trabajadores y él mismo trabajaba de sol a sol.

Y en cuanto a ella... No tenía pensado casarse, pero no se había arrepentido ni un segundo de tener a esa pequeña y graciosa mujer todas las noches en sus brazos. Era trabajadora. Había aprendido a amar el rancho como él. Miraba por sus padres, y su madre estaba mucho mejor sin tanto trabajo y tanto su madre como su padre, la querían.

Nunca trataba a nadie con superioridad y para él, ella era la felicidad. Se moría por su cuerpo, se reía con ella, lo deseaba tanto como el la deseaba a ella. Tenían una vida maravillosa.

Ahora no concebía la vida sin ella. Estaba totalmente enamorado de ella. Y se lo diría. Nunca lo había estado, pero Susana le provocaba toda clase de sensaciones y todas buenas.

A veces iban a pueblo a bailar los fines de semana y él se ponía celoso porque iba con minifalda y escote y los vaqueros la miraban con deseo, pero luego la hacía suya al volver, y ella se sentía maravillosamente bien.

No era una mujer que fingía, era todo lo que deseaba en una mujer. Y era suya, sólo suya desde que él la hizo su mujer. Y la amaba.

CAPÍTULO 13

Un mes y medio más tarde, cuando llevaban casados casi un año, ella tuvo una falta y estaba segura que con tanto cursillo, se había quedado embarazada.

Esperaría a tener dos faltas para decírselo a Darek. Si tenía otra falta, cuando fuese al pueblo, iría al pequeño hospital que tenía.

El pueblo no era demasiado grande. Tenía unos diez mil habitantes y estaba rodeado de ranchos. Disponía de un pequeño hospital, pero equipado con todo. Allí habían solicitado el enfermero para el abuelo. Y allí iría a pedir cita con el ginecólogo, tenía seguro de salud y estaba contenta, y excitada y sabía que Darek se iba a poner muy contento cuando supiera que iba a tener un hijo.

Ese día tendría que decirle que la amaba y que la quería, porque lo necesitaba. Ella lo amaba con locura, pero él aún no se lo había dicho y Susana necesitaba que se lo dijera, y en cuanto supiera que iba a ser la madre de su hijo, estaba segura que sería el día más feliz de su vida. Y los abuelos ni qué decir.

Eran las doce de la mañana. Era lunes. Estaban a primeros de Abril ya había llegado la primavera al rancho. Ya habían quitado fuego, que era eléctrico, porque cuando se reformó la casa, se puso fuego eléctrico que era más limpio, en casi todos los dormitorios, el salón, la cocina, y las salas.

Darek, tardaba en venir a comer y eso que le había dicho que en un cuarto de hora estaría, pero había pasado casi una hora y no venía.

Estaba dentro de la casa y no se había enterado de nada, cuando la llamaron del hospital para que fuera.

La llamó uno de los chicos del rancho. Darek estaba en el hospital. Un caballo le había dado una coz en la cabeza.

Y ella tomó su abrigo, las llaves y el bolso y salió con el coche para el hospital. No les diría nada a sus padres hasta ver qué tenía. Quizá solo fuese una patada y nada más. Sin importancia. Le estarían haciendo pruebas.

Tardó menos de lo debido en llegar y cuando preguntó por él, le indicaron una sala de espera, y allí estaba su suegro y dos chicos del rancho y ella se abrazó a su suegro y preguntó, qué pasaba.

—Le están haciendo pruebas. Un caballo le dio una coz y le ha dado en la cabeza. Venía sin conocimiento hija. Espero que no sea nada grave. Le están haciendo un escáner.

—¡Dios mío! —empezó a llorar—. Que no sea grave, que no sea grave.

—No te preocupes, Susana, mi hijo es un hombre fuerte y joven y no le pasará nada.

—¿Y Marie lo sabe?

—Sí, en cuanto deje las cenas hechas, la van a traer. Ya la he llamado y le he dicho que no es nada importante.

Cuatro largas horas estuvieron esperando a que el médico con todas las pruebas e informes, los llamara. Ella había mandado a los chicos al rancho y solo estaban los tres, sus padres y ella.

Entraron al despacho y el médico, tras dejar los informes en la mesa...

—Quiero que sepan, que hemos hecho todo lo posible, primero al llegar a urgencias y luego, le hemos hecho todos los análisis y pruebas posibles, pero quiero que sean conscientes de que su

hijo y su marido —dijo dirigiéndose a ella, está en un coma inducido ahora mismo.

—¿Cómo?

—Sí, lo siento mucho. El golpe en la cabeza, ha sido fuerte y ha sido un mal golpe. Si quieren puedo explicárselo con palabras técnicas pero quiero que sepan, que lo más probable y tras todas las pruebas, no creo que despierte del coma.

—Pero, ¿hay alguna posibilidad? —preguntó ella.

—Mínima. Es muy poco probable.

—Pero la hay y mientras haya una mínima probabilidad lucharemos juntos.

—La hay, pero no podemos hacer más por ahora.

—Y ahora ¿qué hacemos?

—En el hospital puede estar un año si no despierta del coma, que ya les digo que es lo más probable, es lo que le permite su seguro. Después, ustedes tienen que decidir si lo desconectamos. O lo desconectamos antes o esperamos un año y si no despierta se lo tienen que llevar. Son las dos únicas opciones que hay.

—No dejaré que desconecten a mi marido si hay una mínima posibilidad.

Sus padres no dejaban de llorar ni ella tampoco, pero Susana se rebelaba a la posibilidad de que Darek no despertara.

No podía pensar que la dejara sola toda la vida después de conocerlo y amarlo. Era imposible y no lo permitiría.

Jamás lo desconectaría mientras ella viviese... así tuviera que vender el rancho.

—Las cuarenta y ocho horas siguientes son muy importantes, si no, ya sabremos a qué atenernos. Si quieren llevarlo a otro hospital más grande, pero desde ya les digo que le harán lo que le hemos hecho aquí y le dirán lo mismo.

—¿Y operación?— preguntó el padre ingenuamente.

—Ninguna, no tiene derrames, es un golpe seco. No cabe operación.

—Se quedará aquí, aunque sea un año. Si no despierta, me lo llevaré —dijo Susana con decisión.

—Es una decisión que tendrá que pensar muy bien.

—No tengo nada que pensar y dentro de un año seguiré pensando igual.

—Muy bien. Están haciendo todas las gestiones para pasarlo a una habitación con todo lo necesario. Tendrá un fisioterapeuta una hora diaria, para que los músculos se sigan fortaleciendo y no se atrofien. Nos iremos viendo una vez al mes, para ir viendo los avances. O si hay alguna novedad, les llamaré enseguida.

—Gracias doctor. ¿Podemos verlo?

—En una hora más o menos.

—Gracias.

—Aquí tiene una copia de los informes, por si quiere consultar otras probabilidades y otros doctores.

—Y ella los cogió. Y claro que iba a pedir otras opiniones. Las que fueran necesarias.

Cuando por fin pudieron verlo eran las ocho de la noche. Sólo podían quedarse una hora y se quedaron los tres esa hora.

Cuando ella lo vio allí con el pijama del hospital, dormido, sin moverse, entubado, a ella se le vino el mundo encima, pero la rabia interior le salió en forma de fortaleza.

Ella había cuidado siete años a su tía, y si tenía que cuidar a su marido otros siete, lo haría, pero no lo dejaría marchar tan fácilmente. Además ahora, tenía ayuda y dinero para cuidar a todos

y estar al tanto de todo. Debía ser fuerte y positiva.

Su madre lo abrazaba llorando y su padre se emocionó viendo a su hijo así tan grande y paralizado como un niño.

—No lo hemos perdido, ni lo perderemos. No lo permitiré —dijo Susana y ellos, la miraron.

Era más fuerte que ellos y ella lo sabía y ahora tendría que pensar y trabajar, no podía rendirse.

Lloraría lo que tuviera que llorar, pero por Dios que un día despertaría y volvería a sus brazos. Y lo vería montar de nuevo a caballo y llevar su rancho.

Cuando volvieron a casa, ella se quedó sola y lloró toda la noche. Eso se iba a permitir, llorar hasta que no le quedaran lágrimas, pero una vez que había llorado, tenía que luchar, por el hijo que sabía que llevaba dentro, por Darek, y por su rancho y para ello tendría que ser fuerte y tomar medidas, no ponerse en un rincón a llorar.

Al día siguiente, salió temprano para el hospital y se quedó allí con él mientras le hacían los ejercicios y miró las máquinas a las que estaba conectado.

Cuando el fisioterapeuta se fue, ella se quedó allí con él, hablándole, lloró un poco, pero no quería.

—¡Hola mi amor! Te amo. No te lo he dicho antes, pero te lo diré todos los días de mi vida. Te quiero tanto... me haces mucha falta. Tu cuerpo, su olor en la cama. Creo que estoy embarazada. Voy a hacerme una prueba. Espérame. Ahora vengo. Voy a pedir una cita y tendremos el hijo que siempre has querido y tendrás que levantarte de ahí para que lo cuidemos.

Y se fue a pedir cita con un ginecólogo y se la dieron para dentro de tres días. El viernes. Y volvió de nuevo a la habitación.

—El viernes nos enteraremos de si somos papas, pequeño. No me ha bajado la regla y quiero decírtelo cielo, quiero que lo sepas. Tienes que despertar. Somos la familia que querías y vamos a tener un hijo. Tienes que educarlo y ayudarme con todo. Intentaré hacerlo todo sola, soy fuerte, pero te necesito. Despierta cielo. Vente a tu rancho, ese que tú amas, que es tuyo. No puedo estar si ti.

Cuando llegaron sus padres, ella se fue al rancho a descansar. Tenía que pensar muchas cosas.

Si en un año Darek no despertaba, se lo llevaría al rancho. Le compraría las máquinas que tuviese que comprarle y contrataría a un enfermero que supiera fisioterapia.

Lo pondría en la habitación del abuelo. Tenía una buena vista del rancho y una cama para el enfermero y contrataría otro para los fines de semana. No dejaría ni un día de hacer los ejercicios.

Y a su hijo lo metería en la habitación frente la de ella y contrataría una chica. Ella tenía que hacerse cargo del rancho. El padre de Darek le ayudaría con las compras y ella llevaría la contabilidad.

Y como capataz, elegiría a uno de los chicos que más tiempo llevara y le recomendará el padre de Darek.

El llanto dio paso a la tristeza y esta, a la fortaleza. Iba todas las mañanas a ver a su marido y sus padres iban por la tarde y ella les servía a los chicos la cena que dejaba su suegra preparada y recogía la cocina.

Cenaba con ellos para no sentirse sola. No se le caían los anillos. Y ellos le preguntaban por Darek.

El viernes tenía cita con el ginecólogo y no les había dicho nada a sus suegros y cuando entró a la cita, le dijo al ginecólogo que había tenido dos faltas. Le hizo una ecografía y efectivamente.

—Está de diez semanas. Dos meses y medio y prepárese porque vienen gemelos.

—¿Qué me está diciendo?

—Mire ahí la pantalla. ¿Los ve?

—Sí —dijo toda emocionada llorando.

—Pues va a tener gemelos. ¿Tiene alguno en la familia?

—No, ninguno que yo sepa y mi marido tampoco.

—Tienen distinta placenta. Serán mellizos. A los cuatro meses sabremos el sexo. Vamos a ver esos corazones y Susana se emocionó y lloró como una niña.

Susana le contó todo cuanto le había acontecido y que su marido estaba en el hospital en coma.

—Pues tiene que cuidarse. Tenga en cuenta que va a tener dos. Tiene que ser positiva y fuerte. Voy a hacerle un análisis y el lunes pase a verme a las diez y le daré el resultado.

—Está bien doctor.

—Y cuídese de momento. Aquí tiene la primera foto de sus bebés. Y ¡anímesese! Ya verá como todo tiene remedio.

Con la foto, se fue a ver a su marido y se la enseñó.

—Mira cielo, tienes que despertarte, vamos a tener dos hijos a la vez, como tú querías, dos, y no puedes abandonarme. Me lo prometiste. Me dijiste que nunca me abandonarías. Te amo tanto...

—dijo mientras se abrazaba a su cuerpo lánguido y dormido.

El tiempo pasó.

Se turnaban para ir a verlo al hospital. Ella iba a diario, pero iba más tarde, una vez que dejaba el despacho listo.

Se había hecho con la gestión del rancho. Su suegro, cuidaba el huerto y el jardín, ordenaba como siempre las cuadras y estaba al tanto de los almacenes y de los chicos y del nuevo capataz, Connor.

Connor, era el más antiguo de los trabajadores del rancho. Tenía 39 años y había trabajado con Darek codo con codo. Ella le asignó un plus por ser capataz y se reunía con ella los viernes en el despacho para darle el parte semanal.

Dedicaban una hora u hora y media por las mañanas y la verdad es que estaba encantada con él. Era de con fianza y formal. Y se compenetraban muy bien llevando los dos el rancho.

Pero ella echaba de menos a Darek en ese sentido también, la vida no había querido que ella fuese del todo feliz. Lo que le había dado, se lo había quitado repentinamente.

El rancho iba dando beneficios y habían pasado ya seis meses desde el accidente de Darek. Ya llevaba la mitad del tiempo que le permitían estar en el hospital y ella tenía mensualmente cita con el doctor.

No hubo novedades hasta el mes siguiente. Un pequeño avance, que para ella fue muy grande, ya que le quitaron los tubos y respiraba por sí solo.

Para Susana fue un gran avance y estaba muy contenta. Podía darle besos al amor de su vida en los labios.

Le cogía la mano lánguida y la posaba sobre su vientre para que él tocara a sus hijos.

Ya sabía que iba a tener, un niño y una niña.

El día que se lo dijo el ginecólogo, no pudo sentirse más feliz, ni los padres de Darek que querían cuidarla más y le decían que tuviese más cuidado y no trabajase tanto, pero ella tenía una fuerza interior, que la hacía seguir hacía adelante.

Cuando llegaba a ver a Darek, iba con un libro. Le leía, lo besaba, le hablaba a diario, de cómo iba el rancho, que este año iba a dar más beneficios y lo llevaba ella, y se reía, pero nunca obtenía respuesta y eso a ella no le importaba.

Lo único que echaba de menos era tenerlo por las noches. Le llegaba tan lejano... las veces

que hicieron el amor. Sus caricias, sus dedos en su piel... y le hacía daño.

Le parecía que había sido un sueño, pero no quería llorar por sus hijos.

Una noche en que estaba con sus suegros, ella, les hablo de los nombres que iba a poner a su hijo. Al niño le pondría Darek, como su padre y ellos se emocionaron y terminaron todos llorando por todo lo que estaba ocurriendo, pero ella era la más fuerte y tenía que darle ánimos a todos. A la niña le pondría Macarena, como su tía que tanto los cuidó a su padre y a ella.

Habían arrimado la cama a la pared del cuarto frente al suyo y habían comprado todo lo necesario para los bebés.

Allí estarían en un principio y la chica dormiría en la cama. Las habitaciones eran enormes y con baño, así que ella aprovecho el vestidor y las cómodas y mesitas para los pequeños.

Compró sólo lo imprescindible, carros y cunas y un baño. El resto lo tenía. El vestidor lo dividió en dos partes y colocaron la ropita que compraron para los bebés, cada una en su lugar. Cuando tuvieran un par de años, le prepararía una habitación a cada uno.

La casa tenía cinco dormitorios. Y a Darek, si no despertaba, lo metería en la del abuelo.

Ella rezaba para que despertase antes de traérselo, pero cada mes que tenía cita con el doctor, este le decía que aparte del avance de quitarle el tubo de respiración asistida, nada más.

Uno de los días que estaba con Darek, a primeros de Junio, se puso de parto. La suerte es que estaba en el hospital, pero tuvo que llamar a su suegra para que llevara los bolsos que tenía preparados.

Tenía miedo. Era madre primeriza y con todo cuanto había sufrido, no quería que le hicieran cesárea.

Tuvo que entrar al paritorio sola, sin su marido y sus suegros aún no habían llegado.

Y sola parió a su hijos, primero el pequeño Darek y su hermana Macarena, llegó la segunda.

El ginecólogo, que conocía toda su historia y la llevaba todos los meses, le dijo que se había portado muy bien. Tenía veinticinco años, casi veintiséis. Había pasado el invierno más duro de su vida.

No habían celebrado ni Acción de Gracias ni la Navidad y no la celebrarían hasta tener a sus hijos. Porque si no los tuviese, no iba a celebrarlo hasta que Darek abriese los ojos, pero no podía hacerles eso a sus pequeños, ni Darek se lo permitiría. Lo sabía con certeza.

La pasaron a la habitación y allí estaba su suegra y su suegro.

—¡Has sido muy valiente hija!

—Gracias. ¿Los han visto? Son preciosos. Son como Darek. Tienen el cabello claro y los ojos azules.

—No los hemos visto, nos han dicho que te los van a traer ahora.

Y cuando se lo llevaron, ella sí que lloró porque su marido no los podía ver y esta vez fueron sus suegros los que la consolaron.

Cada uno cogió a un niño en brazos y estaban encantados. Eran preciosos y eran como su padre.

Cuando le dieron el alta a los cuatro días, pasaron a enseñárselos a Darek. Ella lo trataba y hablaba como si él la oyera y sus suegros la miraban con cara de lástima, porque sabían que su hijo no iba a volver nunca.

Y veían como su nuera luchaba incansable por él. Les puso a sus hijos encima y le arrimó la carita a la suya para que los sintiera.

Cuando llegó a casa con sus hijos, la esperaba Anna, la chica que había contratado para ayudarla con los bebés. Tenía treinta años y experiencia en niños.

La había contratado en una agencia y en los días posteriores, supo que había contratado a una profesional. Era cariñosa y hacía todo sin que Susana tuviese que hacer nada más que estar con ellos cuando quería.

Los niños crecían a pasos agigantados, Ella se incorporó a su trabajo en el despacho poco a poco hasta estar perfectamente bien.

Recuperó su figura y cuando sus hijos tenían seis meses, ella se trajo a casa a su marido.

No había despertado y ya no podía quedarse más en el hospital. Por suerte llamó a Nick, el enfermero que había cuidado al abuelo y éste aceptó de nuevo el trabajo. Debía hacerle ejercicios y estar pendiente de sus bolsas de comida y suero.

Ella compró las maquinas necesarias y cada semana iba al hospital y compraba lo necesario para él.

Le compró un colchón especial y todos los utensilios necesarios que le recomendó Nick. No escatimó en gastos y sus suegros la veían hacer todo lo posible con tanta fuerza interna que a ellos les faltaba cuando veían a su hijo, que se emocionaban.

rué un respiro tenerlo allí. Un año de viajes continuos al hospital era cansado. Ella estaba más delgada,

Ahora, al menos, lo tenía allí todo el día y podía visitarlo tanto ella como sus padres, siempre que quisieran.

Eso sí, ahora tenía más gastos, con los pequeños y Darek, pero ahorraría en otras cosas. No necesitaba ropa, ni lujos ni viajes, ni nada.

Sólo necesitaba a su marido de vuelta.

A veces veía a sus hijos y se emocionaba porque Darek no podía verlos crecer como ella.

—Si su hijo pudiera verlos ahora... —le decía a su suegra

—Susana, no sé si mi hijo volverá cariño.

—Sí que volverá, no diga eso, suegra. Sé que volverá, por mí y por sus hijos. No puede irse sin verlos. No aceptaré eso, aunque pasen años, no lo dejaré ir.

—Hija... no quiero que sufras ni que gastes el dineral que cuesta mantenerlo así todos los meses.

—No me importa lo que cueste. El rancho va muy bien y si no ahorro más, ahorro menos pero esto es importante para Darek. Si tengo que gastar todos los beneficios que da el rancho, lo haré.

—Cariño, soy su madre, pero deberías dejarlo ir, buscar un buen hombre en qué apoyarte y llevar este rancho que es tuyo.

—De ninguna de las maneras. Darek es mi amor, ¿no lo entiende? No habrá otro hombre en mí en mi vida, ni ningún padre para mis hijos salvo él.

—Como tú quieras cariño.

Y los niños fueron creciendo, los años pasando. Los pequeños, aprendieron a andar y a hablar, a ir a la habitación de su padre por las noches antes de ir a dormir y allí se sentaban todos en familia y Susana les leía un cuento con su padre. Después Nick los subía a la cama a que le dieran un beso a su padre y Arma se los llevaba a dormir.

Era un ritual.

El médico y el cura venían a verlos una vez al mes.

Y el tiempo pasaba y todo continuaba igual, un año tuvieron menos ingresos en el rancho, pero el siguiente lo compensaron. Las cosas eran así.

Era un gran rancho y todos trabajaban mucho para sacar el rancho adelante y ella se lo agradecía y les daba una gratificación por Navidad.

Comía a veces con ellos y les daba las gracias. La llamaban jefa y ella salía a caballo por el rancho con los chicos. Y el capataz a veces, cuando hacía falta algo nuevo, ella lo comprobaba y daba el visto bueno.

Siempre confiaba en su capataz, Connor y nunca tuvieron un problema. Llevaban el rancho como Darek. Y los chicos iban a veces a verlo.

A veces, cuando todos dormían, sobre todo en primavera y verano, ella se sentaba en el porche media hora y soñaba con él y veía las estrellas y se sentía en paz y se preguntaba si estaba haciendo con Darek lo correcto.

Pero no quería darse por vencida. Sus constantes eran buenas. Estaba más delgado, pero ella aún soñaba con su hombre y sus caricias.

Ni se le ocurría pensar en otro hombre como decía a su suegra. Jamás. Él vendría a ella, estaba segura.

Recordó la noche, meses atrás, cuando sus suegros se quedaron a cenar con ella y le dijeron que querían hablar con ella.

—¿Qué pasa, pasa algo suegro?

—Sí que pasa cariño. Sabes que te queremos, mucho y queremos a nuestro hijo más que a nadie en el mundo y a nuestros nietos, pero no puedes seguir así.

—¿Así cómo?— se sorprendió ella.

—Cómo estás...

—Estoy bien.

—Nada de eso. El médico dijo que había muy pocas probabilidades de que despierte y no queremos para ti, ni para los pequeños ese sufrimiento. Ni para nosotros también.

—¿Qué pretenden decir?

—Queremos que lo desconectes hija. Que lo dejes ir en paz.

—No me pidan eso, porque no lo haré, nunca, no al menos de momento. Sólo lleva así dos años y medio y no podría soportarlo dejar ir. Este es su rancho. Es su vida. Yo lo necesito. No me importa que esté así. Hasta los niños se han acostumbrado a verlo y darle besos.

—Hija, lo hacemos por ti. Tienes que seguir con tu vida, ser feliz, olvidarte de nuestro hijo. No gastar esa cantidad de dinero tan grande al mes para él.

—No me importa el dinero, si tuviera que embargar el rancho lo haría por mi marido —decía llorando— son sus padres, por favor. No me pidan eso, porque no lo haré.

—Pero mujer, eres joven, tienes niños y necesitas un hombre a tu lado. Eres joven, guapa. Te estás descuidando por él

—No me importa. Estuve siete años con una tía, cómo no voy a estar lo que haga falta con el padre de mis hijos. De verdad, que no lo haré, jamás. Sé que lo hacen con buena intención, pero jamás lo dejaré ir. Para eso tendré que irme yo antes y entonces ustedes harán lo que sea necesario o mis hijos, pero yo jamás.

—No seas testaruda, nosotros ya sabemos que lo amas mucho, pero hay más hombres que pueden ayudarte. No decimos que lo ames como a nuestro hijo, pero hay muchos hombres buenos. Mira a Connor, por ejemplo.

—¿Connor?

—Sí, Connor.

—Connor es solo el capataz provisional de este rancho y lo sabe.

—Es un buen hombre.

—Que se enamorará y se casará algún día, pero es solo un amigo y un trabajador para mí. El

amor de mi vida es su hijo y está ahí arriba y si despierta y no me quiere, eso, será otra cuestión, pero no es el caso.

—¡Hija por dios!

—Lo siento. Les comprendo, pero no voy a dar mi brazo a torcer, de momento. Sé que despertará y nos querrá de nuevo.

—Como tú quieras. No te vamos a insistir más

—Yo los quiero. Sé que lo hacen por mi bien, pero mi bien es su hijo, esté como esté y le prometí en la boda, en lo bueno y en lo malo y ahora estamos en lo malo, pero sé que estaremos en lo bueno algún día. No me quiten la ilusión.

Y la abrazaron llorando todos al final.

Y ya desde entonces no habían vuelto a tocar el tema y Susana lo prefería así.

CAPÍTULO 14

Cinco Años Después del accidente...

Llegaba el verano al rancho. El campo estaba precioso. Sus hijos eran maravillosos y a los abuelos los tenían locos.

Iban a ver a su padre y lo besaban y les contaban cuentos, como ella había hecho. Habían entrado al colegio ese año y estaban locos.

Anna, la chica que los cuidaba desde que nacieron, los llevaba al colegio, volvía y les recogía sus cosas, sus habitaciones, con sus camas que su madre les compró un año antes. Un pintor les pintó las habitaciones y ella se las decoró y estaban encantados, cada uno con su habitación.

La salita de abajo, frente al despacho, se la puso como cuarto de juegos, con una mesita grande para hacer deberes y quedó preciosa.

Por la tarde Anna los recogía del colegio, los bañaba y se iba a su casa, ya no dormía allí.

Susana cenaba con ellos en la cocina y luego iban a ver a su papá y ella los arropaba por las noches. Tan solo se quedaba Nick en la casa con Darek.

La semana anterior habían cumplido cuatro años y habían hecho una fiesta infantil para ellos. Y ella los miraba y eran un calco de su padre.

Los dos se parecían mucho. Macarena era una niña muy guapa y extrovertida y su hermano era igual que ella, la imitaba en todo.

Ella había cumplido ya treinta años y Darek, treinta y cinco, y sabía que sus padres sufrían por su cabezonería, pero no iba a pararse a pensar en nada. Lo tenía claro el tema.

Verlo a diario y besarlo, era para ella suficiente. El dinero no le importaba en absoluto. Tenían una buena vida.

Esa noche estaba sentada en el porche con una tila en la mano, mirando las estrellas y pensando en su amor, cuando apareció Nick. Le dijo que subiera al dormitorio.

—¿Qué pasa Nick? —dejando la tila en la pequeña mesa del porche.

—Quiero que usted lo vea.

Y cuando subió, Darek había abierto los ojos y ella lloró como nunca. Soltó todo cuanto había contenido esos años y se abrazó a Nick y hasta éste se emocionó.

Se acercó a la cama para ver si la oía o era un reflejo.

—Darek, cielo, ¿me oyes?

—Mamá...

—No cariño, soy Susana.

—Susana —dijo adormilado y desorientado.

—Sí, ¿cómo te encuentras?

—¡Estoy muerto!

—No ya no —decía riendo y entre lágrimas. Ahora estás vivo. ¡Gracias a Dios! —dijo mientras lo abrazaba y no dejaba de besarlo.

—Susana, ¿quién es Susana?

—Soy tu mujer, ¿no me recuerdas?

—No sé, ahora...

—No te canses, pero no cierres los ojos de nuevo, me da miedo de que no despiertes.

—Estoy cansado. Tengo sed.

Y Nick bajó a por un vaso fresco de agua. Y ella lo besó en los labios y él se sorprendió como si no la conociera de nada.

—¿Por qué me besas?

—Porque eres mi amor y te amo.

Darek, miró alrededor y le preguntó:

—¿Dónde estoy?

—En casa cariño. Con nosotros.

—Mi madre...

—Está en su casa con tu padre. Ya es muy tarde. Mañana la llamamos.

—Estoy cansado, quiero dormir.

—Te dejaremos dormir —dijo Susana.

Le dieron unas cucharaditas de agua del vaso y cerró los ojos.

—Ya es tarde Nick, mañana llamamos al médico y que venga a darnos instrucciones y también se lo diré a mis suegros. Tengo miedo de que no vuelva a despertar de nuevo —Ahora está durmiendo, Susana, lo dejaremos y si despierta yo estoy aquí, váyase a descansar

—Está bien. Dios mío, es un milagro. No voy a poder dormir. Cinco largos años y no me lo creo.

Casi no pudo dormir en toda la noche, se la pasó rezando y dando gracias a Dios y deseando que amaneciera.

Y se quedó dormida a las tres de la mañana, más rendida que otra cosa, pero a las seis estaba en pie. Paso por la habitación y todo estaba como siempre.

Darek dormía y ella pensó que había sido un sueño. Nick, estaba también durmiendo y los dejó.

Salió de la casa como un rayo y llamó a casa de sus suegros que aún estaban durmiendo y se levantaron en pijama, porque la madre de Darek, se levantaba a las seis y media para hacerles el desayuno a los trabajadores y luego iba a su casa. Pero ella no esperó más.

—¿Qué pasa cariño? ¿Ha pasado algo?

—Sí, ha despertado.

—¿Qué?

—Que Darek ha despertado. Y habla.

—Dios mío —y sus padres se abrazaron y ella de abrazó a ellos y lloraron.

—Tenías razón hija, tú eras la única que confiaba en que mi hijo despertara.

—Sí, lo sabía, sabía que vendría con sus hijos y con nosotros.

—Ahora mismo vamos.

—Yo me adelanto que están los niños solos. Ellos aún duermen. Pero a las nueve tengo que llamar al médico. No se lo va a creer. 11a preguntado por usted, suegra. Pero no me ha reconocido

—No, tuvimos que meterte en esta que es más grande con el enfermero. No cabían las máquinas— le dijo su padre —¿Por qué?

—Porque un caballo te dio una patada en la cabeza y perdiste el conocimiento.

No quisieron decirles más hasta que el médico lo reconociera. Por si acaso.

—Tengo hambre.

—Tú siempre tenías... tienes hambre, pero debemos esperar al médico a ver qué dice. Has tenido suero puesto y no te vamos a dar un par de huevos fritos con beicon.

—¿Cómo te encuentras esta mañana, mi amor? —le preguntó Susana y él miró a sus padres con un interrogante.

—Es Susana, cariño, tu mujer y los niños son mellizos, son vuestros

—Pero no tengo hijos.

—Bueno, no te canses.

—Susana, se sintió triste. Era la segunda vez que no la reconocía y salió al pasillo. Su suegro la siguió.

—No te preocupes, hija, a lo mejor tiene que recuperar un poco la memoria. Dale tiempo, es muy pronto. Vamos a ver qué dice el doctor.

—Sí, esperemos.

El médico cómo no, después de cinco años, se acercó al rancho a primera hora de la mañana dejando todo lo demás. Solo permitió dentro de la habitación al enfermero. Ellos esperaron en el salón, desesperados.

Al cabo de una hora el médico bajó y la madre de Darek le ofreció un café.

—Bueno. Ha despertado. Gracias a su tesón, señora Porter. Es un milagro y lo digo yo que soy médico. He llamado a una ambulancia. Le he hecho unas primeras pruebas, pero debemos repetir todas las pruebas desde el principio. Una vez tenga los resultados, quizá sobre las cuatro, empezaremos por quitarle la sonda, y lo demás, el suero, y la comida. Vamos a ir poco a poco para que su cuerpo empiece de nuevo a funcionar. En principio va a tomar sopas, caldos, purés, agua, zumos y leche sin café, tisanas, así estaremos veinte días y luego empezaremos a meterle comida blanda, otros veinte, y ya empezaremos introduciendo comida normal. Los primeros veinte días, tomará poca comida, cuatro o cinco cucharadas cada dos horas de cualquier cosa. Lo que le apetezca. Su estómago tiene que empezar a funcionar sin que vomite. Si vomita al principio, es normal, no se preocupen. Ya Nick, está al tanto. Él le seguirá haciendo los ejercicios y lo intentará levantar poco a poco. Le he dejado una tabla de ejercicios para empezar. Sería conveniente, ir comprando un andador grande y dos muletas y una cuña si no tienen, hasta que sea capaz de ir al baño por sí solo. Espero que en un mes y medio logre andar con el andador y en dos meses con muletas. Y que a los cuatro meses, pueda andar aunque sea lentamente. Creo que de seis a ocho meses podrá volver a cabalgar y estar totalmente recuperado.

—¿En serio? —dijo Susana, que para ella seis meses era nada comparado con todo el tiempo que había pasado.

—Sí, es fuerte y creo que tendremos al Darek de siempre dentro de seis meses.

—Doctor, no me ha reconocido, ni a sus hijos.

—Eso es otra de las cosas que debemos hablar. A ese punto iba. Por eso quiero hacerle las pruebas. Hay una laguna de unos meses, los meses en que estaba soltero a estar casado y ustedes deben ayudarle a recuperar ese tiempo. Cree estar soltero. He hablado con él, pero sólo le he comentado los años que ha pasado en coma. Como es normal en estos casos, se ha puesto nervioso y enfadado y son las reacciones normales. Ahora bien, el tema familiar, han de contárselo ustedes. Estoy seguro de que con el tiempo, recordará todo. Por eso voy a ver hasta qué punto le ha afectado esa parte de la memoria.

—¿Pero entonces cree que la recuperará?

—Nadie mejor que usted para ello, señora Porter. Usted lo puede todo.

—No se crea.

—Lo creo, así que tendrá a su marido de vuelta a casa como siempre ha querido. Bueno, creo que hablaremos después.

—Yo voy al hospital. Les sigo con el coche —dijo Susana—. Nick que vaya en la ambulancia, y ustedes —se refería a los padres de Nick—, quédense a cuidar esto, solo son unas pruebas y

estaremos de vuelta por la tarde. Alguien ha de cuidar del rancho.

—Vale hija, como quieras, esperaremos las noticias.

—Que la chica, le cambie la sábanas a la cama y limpie bien la habitación.

—No te preocupes por nada. Vete tranquila.

Mientras le hacían las pruebas en el hospital a Darek, ella salió y compró un andador, una cuña y unas muletas. Las mejores, para Darek. Siempre era todo lo mejor para él, sin escatimar en gastos.

Y ya vendría al pueblo a comprar ropa de nuevo. Eso era algo que debía hacer y que hacía tiempo que no compraba ni para ella ni para él y la ropa estaba anticuada ya.

Pero ella llenaría los vestidores y se compraría ropa interior sexy y se cuidaría como cuando llegó al rancho, por su hombre. Si no la reconocía, lo conquistaría de nuevo. Como todo lo que había conseguido.

A las dos bajaron a comer a la cafetería Nick y ella. Se tomaron también un café

—¿Está preocupada, Susana?

—Sí, lo estoy Nick, y tengo miedo. A ti te lo puedo contar que has estado cinco años en casa con él. Tengo miedo que no me reconozca y sobre todo, que no le guste ni me quiera, como yo a él.

—Lo entiendo, pero es usted guapa y joven, a cualquier hombre le gusta, y él no es distinto.

—Me he despreocupado mucho de mi aspecto en estos años y me he dedicado al rancho, a él y a mis hijos. A todo.

—Pero eso con una buena sesión de peluquería y ropa se arregla.

—Gracias Nick, sé que intentas darme ánimos.

—Ahora no puede rendirse después de todo el trabajo. No lo dejó ir antes y ahora tampoco puede hacerlo

—Y no lo haré y desde luego, esta semana paso por la peluquería y hago una compra. Voy a tomarme un día libre para mí.

—Así se hace. Lo merece.

—Te voy a echar de menos cuando tengas que irte.

—Yo también, me he acostumbrado, pero ahora sí que empieza de verdad mi trabajo.

—Te daré un buen finiquito y las mejores referencias.

—Gracias, es usted muy amable. Me ha pagado muy bien y no me hace falta finiquito. No me corresponde.

—Sí, te lo daré. A ti y a Kevin que habéis hecho un trabajo estupendo y tengo que agradeceróslo. Pero tú, estuviste también con mi abuelo y eres ya como parte de la familia.

—Bueno, gracias a eso he conocido a Anne.

—Sí, cuando encuentres otro trabajo, ya no te quedes interno. Os merecéis estar en casa juntos por la noche.

—Eso seguro, pero yo no quise dejar a Darek ni a usted.

—Y te lo agradezco mucho. Anne es una buena chica y mis hijos están contentos con ella y sois una pareja fabulosa y os quiero. Estoy encantada de que os casarais hace dos años ya, ¿verdad?

—Sí, dos años. Es una mujer maravillosa.

—Y abrazó a Nick y lloró.

—Vamos, no llore. Ya verá. No puede hacerse siempre la fuerte. Ha llevado unas cuantas mochilas a sus espaldas durante demasiado tiempo, y ahora cuando Darek empieza a trabajar, tiene que soltar lastre.

—Sí, necesito unas vacaciones, nunca he tenido.

-¿No?

—No, nunca, primero cuidé siete años a mi tía, y luego a Darek, los niños y el rancho y menos mal que tengo ayuda. No hubiera podido hacer todo esto yo sola.

—Bueno, ya tendrá unas vacaciones.

Subieron a la sala de espera y al cabo de media hora la llamó el doctor. Y entraron a su despacho.

—Todo está perfectamente. El análisis, el escáner, radiografías, es fuerte. La pérdida de memoria es menor. Unos meses como me dijeron, pero nada que no pueda resolverse. Así que la ambulancia lo llevará de vuelta al rancho y sigan las instrucciones que les dije y que tengo aquí anotadas. Esta de comida y esta de fisioterapia.

—Vale, gracias.

—En veinte días me paso. Nick, si hay alguna novedad me avisan.

—Gracias Doctor.

—Bueno, la ambulancia está preparada.

—Hasta pronto.

Y Nick, tal como vino, fue en la Ambulancia con Darek y ella fue en su coche, siguiendo a la ambulancia.

Lo dejaron arriba en la cama los enfermeros y ella sacó el andador y las muletas y las subió arriba. Su suegra la ayudó.

—¿Qué tal hija? ¿Qué le ha dicho el médico?

—Nada. Todo está perfectamente. Todas las pruebas y análisis. Las instrucciones que el doctor le dio. En cuanto a la memoria, no recuerda nada antes de la reunión con el abuelo.

—Yo se lo contaré todo mañana. No te preocupes.

—Hágalo mañana u otro día, hoy estará cansado. Le han quitado todo lo que llevaba puesto. Así que puede prepárele un caldito y zumos, pero ya sabe poquito, cucharadas. Nick, va a bañarlo antes. Y en cinco días le damos a probar purés.

Se callaron al entrar en la habitación. Les dio las gracias a los enfermeros de la ambulancia y colocaron el andador y las muletas en un rincón de la habitación.

—¿Cómo estás hijo?

—Cansado mama. Tantas pruebas... ¿En serio, he estado cinco años en coma?

—Sí cariño, ahora tienes 35 años.

—¡Dios mío! y empezó a llorar.

Y su madre lo abrazó y ella se puso a su lado y le cogió la mano, pero él se la soltó y Susana, salió de la habitación llorando.

Nick se había dado cuenta y sintió pena por Susana, pero él haría también un buen trabajo hablándole a Darek de ella.

Ahora, te voy a subir un poquito de agua y un dedito de zumo de naranja. Tienes que tomar poco a poco comida.

—Vale, mamá, estoy cansado ¿y papá?

—Está con el capataz en el rancho, ya sabes, ordenando y...

—Yo soy el capataz.

—Serás el capataz en cuanto te recuperes del todo. Ahora lleva Connor el trabajo.

—Connor...

—Sí, Susana lo puso al cargo cuando te pasó lo del caballo.

—Y ella ¿Quién es?

—La jefa, la dueña del rancho. La nieta de Daniel. Pero eso ya te lo contaré mañana, cariño. Ahora debes descansar. Te traigo algo y duermes. Mañana ya hablaremos.

Cuando su madre se fue a su casa por la tarde, su padre lo había visitado e intercambió algunas palabras sobre el rancho, pero el padre, dijo que otro día que estaba cansado que descansara. Y cerró los ojos y se quedó dormido.

Los niños estaban durmiendo esa noche y ella le dijo a Nick que bajara a hablar con Anna, su esposa. Se habían conocido allí y se enamoraron. Llevaban dos años casados y a Susana le dolía un poco que no pudieran dormir juntos en su casa del pueblo durante la semana, pero afortunadamente podrían hacerlo dentro de poco.

Ella le dijo a Nick que iba a estar un rato en la habitación con Darek, que podían tomarse algo en el porche antes de irse Anna a casa.

Y se quedó allí con él, sentada en el sillón, mirándolo. Estaba dolida. No había tenido mucha suerte en su vida, y la tenía, tenía dos hijos maravillosos a los que quería con locura y a su hombre que había despertado pero que no la reconocía y eso era duro, porque lo amaba tanto... Había luchado tanto para que despertara y ahora no la reconocía.

Si no la quería en un año, tendría que irse del rancho. Tenía un contrato y se lo haría cumplir. Ella había hecho todo cuanto estaba en su mano y lo seguiría haciendo, pero tenía una vida y treinta años. Era una mujer joven.

Y se merecía un hombre que la amara, y echaba eso de menos y si él no era, sería otro.

Siempre había sido fuerte. Y lucharía con uñas y dientes por el único hombre al que amaba, pero sus pensamientos discurrían entre la rabia y el amor y no podían detenerse. Permanecía con los ojos cerrados pensando y cuando los abrió, Darek, la miraba.

—Hola cielo —le dijo ella

—No...

—No me recuerdas, lo sé, pero ya hablaremos.

—Quiero saber por qué me casé contigo. No eres...

—Tu tipo, lo sé. Tu tipo de mujeres eran rubias y altas, como unas modelos de pasarela, pero no te quedó más remedio que casarte conmigo, que soy pequeña y fea.

—No eres fea... no quería decir eso.

—¡Ah!, gracias, menos mal. Sé qué querías decir. ¿Recuerdas a mi abuelo?

—¿Tenía una nieta?

—Sí, en España, en Sevilla, al sur de España. Estaba muy enfermo y me dejó un 70% del rancho a mí y a ti un 30%, pero con una condición.

—¿Cuál?

—Adivina... que nos casáramos. Yo, estaba sola, sin dinero, sin casa y sin trabajo y había cuidado a una tía mía enferma siete años y me vine. Me arriesgue. Y nos casamos.

—¿Me gustabas?

—Sí, mucho y tú a mí también. Fuimos muy felices durante casi un año y quisiste tener hijos. Yo dejé las pastillas anticonceptivas y cuando estaba casi de dos meses e iba a decírtelo, te pasó lo del caballo, así que nunca quise desconectarte y te traje al rancho tras un año en el hospital y contraté a Nick, que estuvo con el abuelo el último mes cuidándolo y su mujer nos cuida a los chicos. Se enamoraron aquí. Kevin es otro enfermero que viene los sábados y domingos. No quise dejarte sin tus ejercicios ni un solo día.

—Gracias.

—Connor. ¿Lo recuerdas?

—Sí, claro.

—Me ha ayudado a llevar el rancho. Yo llevo las cuentas y gestiono todo cuanto puedo. Tu padre me ayuda más de lo que debiera y tu madre lleva las cocinas y una agencia de limpieza, la limpieza del rancho.

—¿Cómo están las cuentas?

—A pesar de todos los gastos, estamos como al principio, hubo un mal año, pero al siguiente nos recuperamos y el beneficio de cada año, ha ido casi a tu enfermedad. Hemos tenido muchos gastos, pero no me importa. Estamos muy bien.

—¿Cuántos hombres has tenido?

—¿Qué? Solo tú. Era virgen cuando vine aquí y no he tenido tiempo de conocer a nadie.

—¿En cinco años? No lo creo.

—¿Cómo?

—No creo que no hayas tenido otra relación en cinco años. O algún escarceo.

—Darek, no merezco eso. Puedes creerlo o no, pero no hay nadie más que tú ni lo ha habido nunca. Siempre has sido el amor de mi vida desde que vine aquí. Incluso me enamoré de ti, nada más verte en el aeropuerto de Cheyenne cuando viniste a por mí.

—¿Cómo se llaman los niños? —cambiando de tema.

—El chico Darek, como tú y la Niña, Macarena como mi tía.

—Son preciosos.

—Se parecen a ti los dos. Son iguales.

—Estoy cansado, voy a dormir.

—Vale en cuanto venga Nick, me voy, puedes dormirte.

—No recuerdo que fueses mi mujer. No siento... Nada —dijo mientras cerraba los ojos y a ella, se le cayeron las

lágrimas. Estaba agotada emocionalmente.

El día siguiente transcurrió igual, los niños se subían a la cama cuando iban al colegio y venían y él los abrazaba.

Y cuando volvían y se bañaban, ponían el pijama, se quedaba con el padre y leían un cuento y este los abrazaba con emoción.

Eran sus hijos, sin embargo, no sentía lo mismo por Susana. Era una desconocida en la nunca se hubiese fijado por la calle. No era su tipo.

Tenía el pelo descuidado, no iba maquillada. No era su tipo, pero era la madre de sus hijos y la dueña del rancho. Le preguntaría a su madre al día siguiente.

Su madre se encargaba de subirle los zumos y caldos y Susana también. Cuando los chicos se fueron al colegio, su madre hizo la comida y la cena y se fue a hablar con su hijo antes de irse con los trabajadores a prepararles la comida.

Ella se metió en el despacho y pidió cita con el ginecólogo. Iba a volver a tomar pastillas. Si volvían a tener relaciones, las necesitarían. No quería más hijos. Estaba demasiado optimista a ese respecto.

El jueves, le dio la cita. Ella, la pidió a primera hora, porque pensaba ir a la peluquería, darse un buen corte y comprarse de nuevo maquillaje, perfume, para él también el que llevaba siempre. Compraría productos buenos para sus baños, para los dos, y ropa, y sobre todo ropa interior. Tiraría toda esa antigüalla que tenía en los armarios y renovaría todo.

Lo único de ropa que había comprado era siempre para sus hijos y sus libros y juguetes, sin

pasarse. No los había educado con caprichos.

Ella disfrutaba pintando con ellos los fines de semana, que los tenía para ella sola, iban a ver los caballos a pasear por el rancho.

Se llevaba bocadillos y una manta y se sentaban en lo alto de la colina, desde donde se veían las casas y les ponía su ropa de vaqueros, sus pequeños sombreros y disfrutaban de las mañanas.

Otras veces, los llevaba al pueblo, al parque y comían una hamburguesa después de montarse en todos los toboganes. O a ver una película de Disney por la tarde y les hacía palomitas.

Luego iba a ver a su padre y ella les contaba historias a veces inventadas de su papá, que si lo querían mucho algún día despertaría y ellos la escuchaban encantados.

Durante la semana había trabajado mucho y venían cansados del colé. Eran pequeñitos aún.

Había sido triste celebrar las Navidades, o el cuatro de Julio o El día de Acción de Gracias y sus cumpleaños sin su padre, pero sus abuelos siempre habían sido abuelos y padres para ellos.

Y ahora su padre había vuelto y ella volvería a ser la misma que volvió de España, con sus escotes.

Su madre, le contó a Darek. todo lo que aconteció desde que el abuelo se puso enfermo y la clausula que había firmado de fidelidad y todo lo que había acontecido en el rancho y que ella era una luchadora, la querían como a una hija, era una madraza con sus hijos, con ellos como si fueran sus padres, se había hecho cargo del rancho y había luchado por él.

—¿No ha tenido otros hombres?

—Hijo, por Dios, ella te ama con locura. Eres el amor de su vida, me lo dijo un día en que te veía ahí y le dije que te desconectara y ella no quiso jamás. Pongo la mano en el fuego a que no ha tenido otro hombre, no tiene ni tiempo. Y se ha gastado en ti, lo que no está en los escritos. Todo siempre de lo mejor para ti. Apenas se ha comprado ropa ni sale salvo con los niños.

—¿Y con Connor?

—Hijo por Dios, ¿cómo piensas eso? Connor es un hombre fiel y recto. Que le guste ella, no sé, pero es que es tan especial que ¿a qué hombre no le gustaría? Pero no se compra ropa, no se arregla. No sé hijo. No pienses eso.

—¿Pero no ha ido al pueblo a tomar algo?

—No nunca. No te compones como un hombre celoso. Ella te ha sido fiel y no tiene ninguna clausula y si se hubiera acostado con algún hombre, no debería importarte.

—No la conozco mamá. Si hoy me obligasen a casarme con ella, no lo haría.

—Sí lo harías. Lo hiciste porque si no, tendríamos que salir los tres del rancho y este rancho es tu vida. Y tienes que volver a llevarlo. Y además te gustaba. Era encantadora.

—Quiero ver mañana a Connor.

—Hijo...

—¡Quiero verlo!

—Vale, le diré que venga, pero no se te ocurra hablar de nada de Susana. No vayas a ofender al hombre que ha luchado por tu rancho todos estos años.

—No lo haré.

—Pórtate bien hijo. No encontrarás una mujer mejor.

—Voy a descansar un rato. Estoy cansado.

—Te quiero hijo. Estamos tan contentos de que hayas vuelto... Quiero que hagas con tesón los ejercicios para estar pronto montado en tu caballo.

—Eso quiero mamá —y su madre lo abrazó y lo besó, pero lo dejó descansar. Tenía trabajo que hacer.

CAPÍTULO 15

El miércoles por la tarde, vació todo el dormitorio de ropa, cajones y cómodas.

En la habitación de Darek, solo tenía pijamas. Y le compraría una docena nuevos y ropa deportiva. Tiró todo a la basura, excepto lo que iba a ponerse al día siguiente para ir al pueblo y también lo tiraría al volver.

—Hija ¿qué haces?

—Tirando toda la ropa y los zapatos. Voy a renovar los vestidos.

—¡Ya era hora!

—Y me voy a renovar para su hijo, como cuando vine. Haga cuenta cuando vuelva mañana, que vengo de Sevilla

—Seguro que lo conquistarás de nuevo. Ya era hora.

—Antes no me hizo falta y el dinero era más importante para él, aunque no le guste.

—Le gustarás, dale tiempo. Les gustas a todos los hombres.

—Sí, seguro... Se lo daré, suegra. Le daré el tiempo que necesite.

Por la noche, como siempre fue un rato a hablar con él.

—¿Te ha contado tu madre la historia?

—Sí, ya lo sé todo, mañana quiero hablar con Connor.

—Si no te cansas mucho...

—No lo haré, estoy acostado.

—Ya sabes a qué me refiero. ¿Han estado los chicos?

—Sí, son dos pájaros de cuidado.

—Sí, les he hablado mucho de ti. Espero que no te cansen demasiado —Le contó sus cumpleaños, sus fines de semana con ellos. Todo de sus hijos le tocó esa noche, anécdotas y consiguió que Darek se riera. Te quieren mucho. En cuanto estés mejor te enseñaré sus fotos desde pequeños.

—Lo sé, me lo han dicho. Me han dicho que me quieren. Veré las fotos con ellos algún día.

—Les he hablado mucho de ti. Todos los días, a todas horas. No quería que fueses un cuerpo dormido para ellos. Te leíamos cuentos todas las noches aquí, en vez de sus cuartos. Cuando puedas ya los verás. Se los dejé preciosos. Cada uno tiene uno.

—Los veré.

—Mañana voy al pueblo, ¿quieres algo especial revistas, periódicos, algún libro, o algo? Te traeré tu colonia favorita u otra distinta que huelga bien.

—Gracias. Lo que tú quieras.

—Vale intentaré comprarte algo. De todas formas, tienes la televisión si quieres.

—Hoy he podido levantarme un poco.

—¿En serio? Eso es magnífico Darek. Es un gran avance.

—Me canso mucho.

—También es normal, no tengas prisa, ya el médico lo ha dicho, solo tienes que hacerle caso a Nick. Hemos tenido suerte con los trabajadores. Estoy contenta con todos. Bueno, ya viene Nick, mañana me voy temprano, vendré a verte cuando vuelva por la tarde. Voy a pasar todo el día en el pueblo —¿Por qué?

—Tengo cosas que hacer, en el banco, al médico y voy a pasar por la peluquería, necesito un corte de pelo.

—¿Te vas a poner guapa?

—Sí, eso es.

—¿Te espera alguien en el pueblo?

—Sí, claro, el médico y la peluquera, el del banco y el de la tienda de ropa por la que voy a pasar. Te voy a comprar ropa también y un móvil nuevo para que entres en internet. El tuyo caducó y para que llames a quien quieras. Te meteré todos los teléfonos y te enseñaré cómo funciona.

—Gracias.

—Así que volveré tarde. Ya lo sabe tu madre. Anna acostará a los niños si vengo tarde, pero pasaré a verte.

Se levantó e hizo ademán de salir.

—Susana... ¿No me das besos hoy?

—No sabía que querías, no te gusto.

Pero no perdió la oportunidad. Era su marido y no la iba a desaprovechar y acercó su boca a la suya y posó sus labios temblorosos. Darek la agarró por la cabeza y la apretó más introduciendo su lengua en la boca y recorriendo todos sus rincones y ella se sintió húmeda después de tantos años y sintió cómo Darek se excitaba.

—Vaya— para no gustarte.

—Un beso es un beso.

—Buenas noches Darek.

Tenía la sensación de que intentaba lastimarla, hierirla o descargando su rabia en ella y eso no le gustaba. Ella no era culpable de lo que le había pasado.

No quería pensar. Prefería recordar ese beso que le había dado. Era un beso de prueba y ella lo sabía. Y sabía que Darek, se había excitado y eso era otro avance para ella siempre tan optimista con todo.

Al día siguiente, se levantó temprano y cuando los niños se fueron al colegio, ella se fue también. Pensaba desayunar en el pueblo y tomarse el día libre y a olvidarse de todo y de todos. Ya le dijo a su suegra Marie, que tardaría, pero que procuraría estar a la hora de acostar a los pequeños.

—Pero hija, ¿qué tienes que hacer todo el día?

—Varias gestiones suegra, y ponerme guapa.

En cuanto llegó al pueblo, se fue directa a su cita con el ginecólogo. Este volvió a mandarle pastillas anticonceptivas después de hacerle varias pruebas. Debería empezar en cuanto se le fuese la regla. Las compró en la farmacia junto con otros productos que necesitaba de allí.

Lo siguiente que hizo, fue desayunar. Se tomó su tiempo. Por un día tras tantos años, podía tomarse un día para ella y desayunó mientras veía a la gente pasar por la calle. Hacía algo de calor, pero los veranos no eran demasiado calurosos, menos mal porque en Sevilla, ella no aguantaba ese calor insoportable del verano.

Era lo único que no le gustaba de Sevilla. Llevaba muy mal el calor.

Cuando acabó de desayunar, fue al banco a sacar dinero en metálico que necesitaba.

Y se fue al centro comercial del pueblo. Compró dos móviles. El suyo también estaba algo anticuado y compró dos iguales con fundas distintas. Se los configuraron y al de Darek, le metieron todos sus números de teléfono, tanto de trabajadores, proveedores, empresas a las que les compraban material, *etc.* Le configuraron todo lo más nuevo. Hasta le abrió un email,

Facebook y WhatsApp.

Una vez hubo salido de allí, se fue a las tiendas de ropa. Primero a la de él y luego a la de ella. Y por último a la de los chicos, que también les compró alguna ropa. Compró para llenar dos vestidores, con ropa vaquera incluida y botas nuevas para ambos, sombreros, ropa deportiva, *etc.*

Ella se compró faldas y vestidos cortos y camisetas y blusas con escotes. Como antes de llegar. No le importaba lo que iba a gastar. Lo que fuese necesario, moderno y ni barato ni caro de boutique o marcas.

Tuvo que bajar al parking tres veces para dejar la ropa y zapatos de ambos en el monovolumen. Luego subió de nuevo.

En una perfumería del centro comercial, compró todo para el baño, para los dos, se compró maquillaje. Todo lo que la dependienta le aconsejó y los perfumes para ambos, caros. Cremas... A Darek, le compró un perfume nuevo que a ella le encantó y seguro que a él también le iba a gustar. No en vano costaba una pasta y era de un diseñador famoso.

Le compro unas revistas, algunas de sociedad, el periódico, algunos libros best seller y cuanto vio interesante para él.

Estaba cansada y dejó todo en el maletero del monovolumen.

Cuando Darek estuviera bien, iba a comprarle un coche nuevo, un todoterreno que era lo que a él le gustaba. El otro lo habían utilizado los trabajadores para el rancho. Ya estaba más viejo y no iban a dejarlo parado. Pero esperaría unos meses y se lo regalaría. Para Navidad quizá.

Decidió comer una buena hamburguesa en el centro comercial y se tomó una coca cola.

Ahora, le quedaba ponerse guapa. Y en una de las peluquerías del centro comercial, le hicieron de todo, incluso se dio un masaje primero, luego le hicieron un a depilación integral con láser, y se acordó de su vecina, a la que llamaba todos los meses al menos una vez. Así que se compró los productos de depilación nuevos en la peluquería.

Tenía que llamarla para contarle las últimas novedades, se sentaría en el porche tranquila una noche y la llamaría.

Una vez terminada la depilación, pasó por la peluquería. Le dieron volumen y brillo a su cabello que hasta ella misma se lo había cortado durante esos años y lo llevaba siempre recogido.

Pidió que le hicieran un bonito flequillo, como cuando su amiga se lo hizo en Sevilla antes de ir al rancho, se lo dejaron por media espalda con capas y le quedó maravilloso. Se hizo la manicura y pedicura y se juró que la menos una vez al mes iría a su día libre.

La maquillaron y compró algunos productos más, cremas que le aconsejaron, pintura para las uñas y más maquillaje, peines y cepillos nuevos.

Bajó al coche a dejar las últimas cosas, pero quiso ir guapa al rancho, así que tomo una camiseta negra y blanca con escote, una falda corta negra ajustada, unas sandalias de tacón.

Y un conjunto de esa ropa interior sexy que se había comprado como si no hubiese un mañana. No le cabría en los cajones tantos conjuntos y prendas sueltas.

Se cambió en los baños y tiró la ropa que llevaba que era la única que no había tirado. Cuando acabó, eran las cinco de la tarde. Ya se estarían llegando los peques a casa y se bañarían para cenar.

Así que se dio un paseo y se tomó un café en una de las cafeterías de fuera del centro comercial, en una de las avenidas.

Un buen café y un trozo de tarta. Observó cómo algunos hombres le miraban el escote y las piernas y se le subió la autoestima.

Se sintió feliz. No era el tipo de su marido, pero gustaba a los hombres. Y ella era una mujer y

si su marido no la quería, en cuanto estuviese bien, no consentiría ninguneos, lo echaría del rancho y empezaría una nueva vida.

Le daría su parte anual o si podía le compraría su parte. Y sería libre. Había hecho todo cuanto estaba en su mano, pero ahora ya su marido estaba vivo. Lo ayudaría y eso sería definitivo, nada más le permitiría a nadie jamás.

Tenía treinta años y quería vivir la vida. Se sentía guapa y libre. Rica y con sus hijos y un rancho próspero. Y si alguien no la quería, había más hombres en el mundo y ella necesitaba uno, o sexo o sentirse bien.

Había hecho ya todo lo posible y no podía más ni física ni emocionalmente. Estaba agotada y había hecho todo lo posible. Y llorado todo lo imposible.

Y con estos pensamientos volvió al centro comercial y tomó su monovolumen y se fue directa al rancho.

En cuanto llegó, sus hijos empezaron a chillar, a tocarle el pelo y la ropa.

—Mama, ¡qué guapa!... Y ella los cogió y los besó, haciéndoles cosquillas y estos se morían de la risa.

Su suegra también sonrió, porque la vio rejuvenecida guapa y contenta.

—No sé lo que te han hecho pero pareces recién venida de Sevilla, hija. Estás guapísima.

—Gracias suegra. No quiero decir lo que he gastado hoy. Voy a meter toda la ropa, mientras estos pequeñajos se duchan y cuando se vaya Anna cenamos. Ya se puede ir si quiere con los trabajadores.

—Ya les tengo hecha la cena, no te preocupes. Como no sabía lo que ibas a tardar hice la comida pronto hoy. Así que hasta las siete no tengo que irme.

—Pues comemos juntos aquí hoy con los niños, llame al abuelo. Así no tiene nada que hacer en la casa luego. ¿Y

Darek?

—Está bien, ha ido comiendo y ha hecho los ejercicios, intenta levantarse. Ha preguntado dos veces si has venido.

—¡Ah, qué raro!

—No seas irónica mujer.

—Iré cuando se vaya Anna. Tengo cosas que darle. Le he comprado ropa, un móvil nuevo y revistas para que se entretenga.

Así que mientras los chicos se bañaban y se ponían el pijama, ella descargó todas las cosas y las dejó en su habitación. Luego despidió a Anna y les dio de comer a los pequeños. Y comieron juntos todos.

Le dejaron la cena a Nick, y subió con los niños a ver a Darek, cogieron sus cuentos y se montaron en la cama y él se reía con ellos.

Cuando la vio entrar, cambió su cara. La miró de arriba abajo y le llegó un perfume exquisito.

—Has tardado mucho.

—Sí tuve muchas cosas que hacer.

—Eso parece. Te has vestido demasiado... —pareció vacilar—. Demasiado escote...

Ella no le hizo caso a su mirada de reproche, porque estaba los niños y ellos no se enteraban. Cuando acabaron de leerle a su padre, los acostó en sus camas y les dio las buenas noches.

Bajó a decirle a Nick, que se tomara un rato libre. Podía pasear fuera o sentarse en el porche o en el salón y ver la tele. Había café si quería y tarta en la nevera.

—Ya sabes, come lo que quieras. Yo bajaré a avisarte. Tengo que hablar con Darek.

—Está bien Susana. Iré a dar un paseo y me sentaré fuera.

—Gracias Nick por todo.

—Estoy bien pagado.

—Eso no está bien pagado nunca. Lo sé por experiencia.

—Vengo como en una hora... Descansa un rato.

Subió a su habitación y cogió las revistas, libros y el móvil y miró que sus hijos estuviesen dormidos y les apagó las luces...

—¡Hola de nuevo!

—Llevas una falda muy corta.

—Gracias. ¿No te gusta?

—No.

—Muy bien, debes ser al único que no le gusta, así que te aguantas. ¿Estás enfadado?

—No tengo por qué.

—Muy bien.

Se sentó al lado de él en la cama y le enseñó, las revistas y los libros. Se los dejó en la mesita de noche.

—Y ahora, mira qué móvil. Yo me he comprado otro igual. Te voy a enseñar...

—Ya enseñas bastante, mirando su escote y el asomo de su ropa interior de encaje.

—No seas borde Darek —dijo molesta—, tengo mis límites.

—Cierra la puerta y acércate más.

—¿Por qué?

—Quiero decirte algo.

Ella cerró la puerta y se acercó a él para ver que quería. Darek metió las manos bajo su falda.

—Darek... —gimió sorprendida.

—Shhhh...

Y sus manos tocaron su sexo.

—Depilado.

—Sí, como cuando vine. Eso mismo me dijiste.

Soltó otro gemido.

—Y eso no son unas bragas.

—Es un tanga.

—No es nada. Es seda —y levantó la falda—, transparente. Se ve todo.

—Sí. —Seguía gimiendo ella

Darek acariciaba su sexo y lo movió mientras ella atrapaba sus manos. Hacía tanto tiempo, estaba húmeda y no tardó en explotar en sus manos, con la cara roja y gimiendo de placer, mientras Darek sonreía.

Cuando acabó, sacó su mano y ella se sentó a plomo en la cama junto a él mirándolo. —¿Por qué Darek?

—Me apetecía ver cómo mi mujer tiene un orgasmo. No eres mi tipo, pero estás preciosa hoy.

—¿Quieres que te enseñe a manejar el móvil?

—Sí. Quiero que me enseñes a manejar eso.

Y cuando acabó de enseñarle todo...

—Te dejo descansar. Buenas noches.

Y cuando salía por la puerta...

—¿Y mi beso?

Y volvió tras sus pasos y lo besó y él con una mano la agarró como el día anterior y la besó desesperadamente, con impotencia, mientras con la otra mano, la metía entre el escote y tocaba sus pezones que se endurecieron al instante.

—Mañana te toca a ti... —le dijo en un susurro.

Y ella salió de la habitación alterada. Todo era surrealista. Quería besarla y tocarla, pero se hacía inaccesible y lejano. Era una desconocida para él, pero la tocaba. Habría que darle tiempo, o se iba a volver loca de verdad. Era como si estuviera ligando con un tipo guapo de nuevo.

Le dijo a Nick que subiera. Y se sentó un rato en el porche, hasta que se calmó. No quiso pensar en nada. Solo cerrar los ojos y ver las estrellas.

No tenía sueño, así que colgó toda la ropa y dejó los pijamas y chándal de Darek para ponerlos en la otra habitación junto con alguna ropa interior para el día siguiente.

El resto lo colocó a conciencia hasta que estaba rendida. Se acostó y se quedó dormida.

Al mes siguiente, Darek, ya se sentaba en la cama y podía casi ponerse de pie. Su relación con sus hijos era perfecta.

Los fines de semana iban a su cuarto a pintar con él y pasaban muchos ratos juntos hasta que se cansaba.

Con ella, era distante a veces y otras veces, la llamaba y la tocaba o le pedía que lo tocara y se excitaba y tenía orgasmos cuando ella lo tocaba.

Luego, pasaban días en que no le pedía un beso. Sus miradas de reproche con su ropa. Un día él quiso que lo tocara y tuvo un orgasmo que lo dejó temblando.

Una vez que se acababa la sesión de sexo que tenían a veces tocándose, él se aislaba de ella. Cuando no se aislaba era cuando hablaban con sus hijos o estaban todos juntos en la habitación.

A veces se mostraba celoso, sobre todo cuando iba al pueblo, sola a comprar o a cualquier cosa. Y la llamaba al móvil con cualquier excusa para que le comprara alguna cosa.

Ella sabía que era una excusa. Eran celos, pensaba que estaba con alguien. Y tenía que tenerle una paciencia infinita. Si no estuviera así, a veces, le daban ganas de darle un buen puñetazo.

Todo seguía igual, salvo el avance de Darek, a los cinco meses, ya entraba el invierno y usaba el andador y la silla de ruedas que le habían comprado al abuelo. Su humor seguía siendo el mismo.

Cuando llegó el invierno ella fue de nuevo de compras como en verano y pasó de nuevo su día de peluquería y masaje y estuvo todo el día en el pueblo. Y fue maravilloso estar a solas. Y esta vez, también le compró ropa a sus hijos y algunos cuentos y juguetes.

En Acción de gracias lo llevaron con los chicos en la silla de ruedas a comer todos juntos como cuando él estaba bien.

Y fue maravilloso verlo reír y hablar con todos.

La Navidad la pasaron en familia y le dieron libre a los enfermeros.

Solo dos trabajadores se encargaron de subirlo y bajarlo al salón. Pero fue feliz con los regalos que ella compró en el pueblo a los chicos y que envolvió con Darek para ellos y para los abuelos.

Y cuando llegó el regalo de él, aparte de ropa, lo abrigó bien y lo sacó al porche con el andador y le enseñó el todoterreno último modelo que le había comprado para cuando se pusiera bien, porque el suyo estaba tan viejo... Y se había utilizado para el rancho.

Y en ese momento a solas, él, la cogió por los hombros con una mano, la otra en el andador y la

besó apasionadamente.

—Gracias, es precioso. Tardaré aún un poco en conducirlo.

—Lo meteremos en el garaje hasta entonces.

Cuando pasaron las Navidades, Darek ya iba con muletas y se defendía solo, podía bañarse solo con la supervisión de Nick y bajaba las escaleras y se vestía solo. Llevaba chandals que eran más cómodos para él mientras estaba así.

A primeros de marzo, ya no necesitaba muletas. Tuvieron que despedir a Nick y ella lloró ese día, pero le dio un buen cheque por su buena labor, que no quiso coger, pero que ella le obligó.

Ella mandó pintar la habitación que había frente a la suya, porque Darek nunca dijo de dormir con ella. Allí lo instaló.

—¿Por qué me voy a cambiar de habitación?

—Porque estás lejos y si te caes o me necesitas estoy en frente. A cada lado tenemos a los chicos y la habitación del fondo, donde has estado, voy pintarla y te voy a poner un gimnasio. El médico te ha recomendado un mes o dos de ejercicios. Y tienes que andar y después correr. Y porque parece ser que no te apetece dormir conmigo todavía.

Él obvió el comentario de ella.

—¿Es necesario gastar dinero en eso?

—Para ti siempre he gastado lo que fuese necesario.

Él, no dijo nada más y en unos días tenía toda su ropa y sus enseres de baño colocados en la habitación que había frente a ella.

Había pintado la habitación donde estuvo cinco años y tiró todos los muebles. Traían mala suerte dijo. Se fue al pueblo y compró las máquinas que el médico le había recomendado para ejercitar bien sus músculos y fortalecerse. Y eso hizo. Le llenó la habitación de máquinas y le dio un libro de instrucciones.

—Toma. Me lo ha aconsejado el médico. Esto lo tienes que hacer diariamente y media hora andar, en la máquina o por el rancho. Yo te aconsejo el rancho. Lo que tú quieras.

—Esto es desesperante.

—Ya estás en la última etapa, en un par de meses podrás hasta montar a caballo y ser de nuevo el capataz, si quieres. Cuando quieras, puedes echar un vistazo a los números, mientras y ver si lo he hecho bien. Podemos verlos juntos.

—Lo veré solo.

—Como quieras.

Como ya no tenía que entrar en su habitación para nada, no tenían más relación que la cordial. Dos personas viviendo juntas con dos hijos en común. Parecía que ella le molestaba.

La miraba y solo faltaba decirle que no quería verla. Y también que le molestaba cómo vestía. Sobre todo eso. Pero ella, en esos meses había pensado mucho y sabía qué rumbo iba a tomar su vida.

Una noche al entrar en su habitación se lo encontró allí, sentado en su cama.

—¿Qué haces?

—¿Esto qué es?

—Pastillas anticonceptivas. Sabes leer.

—¿No dejaste de tomarlas?

—Si no hubiese dejado de tomarlas no hubiésemos tenido hijos.

—¿Entonces para qué la necesitas?

—Para mi marido, fui al ginecólogo en mi revisión anual cuando despertaste y le pedí de nuevo

que me las mandara.

—De eso hace ya seis meses.

—Sí ¿y qué?

—No hemos tenido relaciones.

—Lo sé.

—¿Entonces para quien las tomas?

—No te pases Darek, no estoy dispuesta a permitirte insultos. Las tomo porque quiero y punto.

—¿Para cuándo vas al pueblo?

—Al pueblo voy una vez a la semana a comprar y si necesito más veces ir, voy, ¿qué pasa? Y si mi marido no me quiere, al menos no me des ideas. Puede que me lo piense.

La acorraló contra la cama y cuando la empujó cayó de espaldas sobre esta.

—¿Qué haces?, ¿estás tonto?

—Vamos a estrenar esas pastillas.

—Darek no quiero que sea así.

—Yo sí —le dijo sin tacto y se tumbó encima de ella.

Se bajó el chándal y le subió el camisón que llevaba puesto antes de arrancarle el tanga.

—Darek...

Él la tocó, y ella no pudo resistirse a sus manos.

—Por favor —pero se rendía a su caricias y no oponía resistencia ninguna y si voz se perdía entre el silencio.

—Tu cuerpo me dice que sí.

—Darek...

Y él sacó su pene y se introdujo en ella. Desesperadamente la embistió y sólo se oían los gemidos en el silencio de la noche.

Susana le apretaba su trasero para que él entrara más profundo en su cuerpo. Lo necesitaba. Lo había necesitado tanto tiempo...

El mordisqueaba sus pezones y la besaba y explotaron juntos en un orgasmo que no se esperaban después de tanto tiempo. Quizá él no lo recordaba pero Susana sí.

Cuando acabó, él se colocó el pantalón y salió fuera a su habitación, dejándola sola y vacía

No tuvo más que llorar, porque se sentía utilizada.

No tuvieron más relaciones en los dos meses siguientes. Sí que Darek iba los domingos y fines de semana en familia con ellos al parque con los niños. Con ella, se comunicaba lo necesario. Había cambiado desde aquella noche y ella no sabía por qué.

Ya se movía bien, andaba estupendamente. Y había tardado casi ocho meses en ponerse en forma.

Es más, tenía un cuerpo espectacular con los ejercicios en el gimnasio que ella le montó en el cuarto del abuelo y sus padres estaban contentos, pero ella no les había contado que dormían separados y que se sentía ninguneada por su hijo.

Montaba a caballo y conducía. Y ya estaba preparado para ser de nuevo el capataz.

No es por lo que ella hubiese hecho por él todo ese tiempo, no, pero no se merecía ser tratada así. Y no lo iba a consentir.

Estaba decidida. El tiempo de Darek, se había acabado. Estaba matando cualquier sentimiento que años atrás tuviese con él y lo iba a sentir mucho, pero siempre había sido una mujer fuerte.

Ella hubiese hecho cualquier cosa por Darek. De hecho había hecho más de la cuenta, más que cualquier persona.

Había dado cinco años de su vida, por el amor de su vida y no permitiría bajo ningún concepto ser tratada como él la trababa. No era un juguete roto. Era su mujer.

Y ante todo era una mujer que se había olvidado de serlo durante ese tiempo. Pero todo iba a cambiar.

Iba a darle un ultimátum si en un mes no cambiaba su actitud. Tenía un contrato firmado e iba a cumplirlo, salir de su casa y no precisamente con las manos vacías.

Entre Connor y ella habían luchado para mantener al menos el rancho en las mismas condiciones que antes.

Además ella había gastado un dineral mientras estuvo enfermo, que salió del rancho porque ella no quería tocar el dinero para el ahorro por si lo necesitaban sus hijos o había algo inesperado en el rancho Pero nunca habían tenido un revés. Unos años producía más el rancho y otros menos, pero al final, seguía siendo de los mejores ranchos del condado y cuando Darek dijera lo que tuviera que decir o volvería a ser el capataz o se iría de su rancho Nunca había querido ponerlo en esa disyuntiva porque sabía del amor de él por su rancho, pero ahora ella era antes que el rancho.

No le iba a permitir ni una más. Debía ponerse dura como una buena vaquera y no iba a permitirle que le hiciera más el amor y la dejara tirada como si fuera basura y un desahogo para él.

No era bueno para ella, con tanto como había sufrido. Ni se lo merecía ni lo iba a consentir.

Le encantaba verlo de nuevo como estaba antes, o mejor. Su cuerpo sexy de antes, su fuerza, su olor. Había hecho cuanto estaba en su mano y aún lo amaba tanto, que le dolía, pero ser tratada mal por quien más quería, no lo iba a consentir. A nadie.

Y lloró, lloró amargamente, soltando todas las mochilas del mundo que se había colgado a las espaldas.

CAPÍTULO 16

El sábado, Susana había acostado a los niños y se recostó un poco en el sofá. Ya era primavera de nuevo.

Esa estación le encantaba, pero refrescaba por las noches. Tenía su pijama puesto y una mantita por encima y veía un programa de televisión.

Oyó pasos en la escalera y vio a Darek, vestido, con unos vaqueros negros que ella le compró, una camisa negra, de manga larga, sus botas nuevas, y perfumado.

—¿Dónde vas? —le preguntó ella cuando se dirigía a la puerta.

—Al pueblo. Voy a salir a tomar unas copas.

—¿En serio?

—Sí, ¿por qué no?

—Se te olvida que estás casado.

—Por obligación —le dijo seco— Buenas noches.

—Un momento Darek —le dijo en la misma puerta.

—¿Qué pasa?

—Dame las llaves de mi casa. Si sales como un soltero, volverás como un soltero, pero no a esta casa —le dijo muy seria—. No te dejaré entrar jamás, y te daré un mes para salir de mi propiedad con tus padres. Te daré tu 30% de las cuentas y te compraré el otro 30% del rancho o en todo caso, te daré anualmente el 30% de los beneficios. Tienes un contrato firmado y vas a cumplirlo, o te irás. No te he sido fiel durante más de cinco años para verte ir con otras mujeres a divertirme. Si quieres chicas tendrás que abandonarme a mí y a tus hijos. Tú decides.

Él, le lanzó una mirada que la hubiese matado allí mismo. Se dio la vuelta y subió por las escaleras. Antes de llegar al rellano, ella desde abajo, le dijo: —Cuando quieras, vamos a tomarnos unas copas los dos juntos. Pero tendrás que avisarme con antelación para que los niños se queden a dormir con tus padres.

—¡Vete al cuerno! —le dijo.

—Como quieras. El lunes vuelves a ser el capataz. Mañana hablaré con Connor. Así que ponte las pilas.

Dio un portazo en la habitación. Y ella sonrió. Había ganado esa batalla.

Si su marido creía que iba a irse de rositas a ponerle los cuernos con chicas de su tipo, se equivocaba. Ella no había salido ni un día y él no lo haría y menos sin ella.

Si Darek no quería acostarse con ella, o intentar amarla, bien, eso era una cosa, pero irse solo, no lo consentiría sin divorciarse. De todas formas, tendrían una conversación seria al día siguiente. O esa misma noche.

Cerró bien la puerta y apagó las luces y subió agotada a su habitación. Darek, la agotaba más que todo el trabajo que había en el rancho.

Se quitó la ropa y entró en la ducha. Se puso uno de los camisones transparentes que se había comprado. Todos eran transparentes y cuando salió del baño, Darek, estaba desnudo en su cama. Había echado la ropa hacia atrás y se sobresaltó.

—¿Qué haces aquí?

—Lo he pensado mejor y creo que tienes razón, ¿para qué voy a buscar nada fuera teniendo a

mi mujercita?

—Déjate de tonterías y vete a tu cuarto.

—No. —dijo él muy serio— Pienso dormir contigo. Ya era hora. Es más, mañana voy a cambiar mi ropa a mi vestidor.

—Haz lo que quieras.

Si creía que Darek iba a retarla, estaba equivocado. Estaba agotada, física y emocionalmente y necesitaba salir fuera y tomarse unas vacaciones o iba a estallar o enfermarse.

No podía luchar. No podía más. Les diría a sus suegros que se quedasen a dormir en su casa y se iba a ir un par de semanas a España o a otro lugar, como Nueva York.

En cuanto Darek, se pusiera de nuevo a trabajar. Se lo merecía. El lunes se iba a la agencia de viajes.

Los niños estarían bien cuidados y su padre que se hiciera cargo de ellos por las tardes.

Ella se acostó en su lado y se puso de espaldas a él. Darek se acomodó a ella y la abrazó por detrás. Le echó el brazo por encima y tocó sus pechos y sus pezones y ella se sintió alertada.

No dijo nada. Gimió y Darek se sintió triunfal. La cogió a pulso y la levantó un poco penetrándola desde atrás, sin preámbulos y entró en ella fuerte y duro como un junco y supo que todo lo que sentía habían sido celos, celos que ella hubiese estado cinco años viviendo y él no.

Tenía rencor contra ella y quería lastimarla y hacerle el amor era arrojarle el rencor a la cara. Pero en ese rencor, la necesitaba como un naufrago, entrar en esa pequeña era un vicio y no quería, por eso se había apartado de ella, porque no quería necesitarla, no quería amarla, ni que le gustase.

Pero tampoco quería que le gustara a nadie. Se sentía celoso. Olía tan bien... le encantaba su pelo y sus pechos y su cuerpo pequeño y perfecto.

Y su sexo de lluvia y cuando supo que le arrancaba a ella un orgasmo de su cuerpo, se vació en ella, temblando como un niño.

Cuando se retiró. No se fue. Se quedó boca arriba recobrando el aire de sus pulmones.

Se puso las manos en la frente y se arrepintió de lo que le estaba haciendo. Y la oyó llorar.

—Susana, perdona, perdóname. No quiero hacerte daño, de verdad. No llores. No te lo mereces, lo siento. Lo siento tanto...

La abrazó y le dio la vuelta hacia él y la abrazaba y acariciaba. Y ella no podía dejar de llorar. La besaba tiernamente en los labios.

—No volveré a hacerlo. Lo juro. Haré lo posible para que nuestra familia funcione. Seré el marido que mereces. He estado celoso y he pagado contigo el tiempo que no he vivido y tú no tienes la culpa.

Le levantó la barbilla y la besaba tiernamente por toda la cara y en la boca, e introdujo su lengua enredando la de ella con la suya y ella sintió a ese hombre que ella conoció cuando vino y cuando hicieron el amor por segunda vez esa noche, supo que había recuperado al hombre que amaba. Aunque no se acordara de ella.

Pero supo que le sería fiel y sería el Darek que siempre había sido, aunque no con ella, la Susana que él conoció.

Aun así, se iría unos días de allí. Tendría que venir renovada total y emocionalmente.

El domingo, lo oyó temprano ir y venir de un cuarto a otro, estaba cambiando sus cosas a su dormitorio.

Habían dormido juntos toda la noche y habían hecho el amor tres veces esa noche de sábado. Cuando terminó de cambiarlo todo, se acercó a ella y la besó en los labios.

—Vamos bella durmiente. Tenemos que desayunar. Vamos a llevar a los niños al campo, al arroyo. Prepararemos bocadillos y las mantas.

Y pasaron el día en el campo. Ella estaba más callada de costumbre con los pequeños, pero estos se lo pasaban en grande con su padre, que los cogía y jugaba con ellos. Se bañaron en el arroyo y Darek los enseñaba a nadar.

—Esta tarde ponemos en casa la piscina pequeña y jugáis.

Estaban contentos y Darek, la miraba de vez en cuando y se acercaba a ella y la besaba en los labios cuando los chicos estaban entretenidos.

—No me perdonarás nunca, pequeña, lo sé.

—No es eso. No tengo nada que perdonarte. Has estado enfermo y son normales las reacciones que has tenido.

—¿Entonces ya no me dirás amor mío, como el primer día?

—Dejemos ese tema, Darek.

—¿Ya no me quieres?

—Sabes que sí, siempre te he querido.

—Bueno, al menos es algo preciosa, y me conformo.

—Dame tiempo. No puedo con tu bipolaridad.

—No soy bipolar.

—Mejor, porque no aguanto a las personas que un día se levantan con el pie izquierdo y otro día con el derecho.

—No seas boba. Todo ha cambiado. Me pusiste en mi lugar anoche y ahora sé qué debo hacer.

—Mejor.

—Esta tarde hablaré con Connor y el lunes seré otra vez el nuevo capataz.

Mientras mantenían la conversación los pequeños jugaban con la tierra que había cerca del arroyo y ellos los observaban.

—Hay que darle una gratificación por estos años —le dijo Susana.

—¿Qué has pensado?

—Ya le di un plus mensual por ser capataz, pero ahora, ya sabe que tú cualquier día serías el capataz de nuevo, pero aun así pienso que 5.000 dólares estaría bien.

—Eres demasiado generosa.

—Ha trabajado mucho, como si el rancho fuese suyo. Se lo merece, Darek.

—Entonces como tú quieras. Le daremos esa gratificación. Prepararé un cheque esta tarde y se lo llevaré y le diré que empiezo yo mañana.

—Está bien. Si te sientes fuerte para llevar el rancho ya...

—Me siento fuerte para llevarlo todo.

Y ella lo miró y sabía que le había dado un doble sentido a las palabras.

Esa noche volvieron a hacer el amor y él la sintió algo lejana.

—¿Qué ocurre pequeña? Ahora que estoy haciendo todo lo posible, no quiero que te alejes, por favor. No lo hagas preciosa.

Y la abrazó fuerte, preocupado.

Cuando se levantó el lunes Susana, se levantó triste. Le dijo a su suegra que iba al pueblo y que allí desayunaría.

Cuando llegó, desayunó tranquila y fue a la agencia de viajes. Aún no sabía dónde iba a ir.

Se tomaría dos semanas. Las necesitaba. Ya daría instrucciones de todo antes de irse.

Preguntaría en la agencia si había algún viaje guiado, un tour y si luego no le apetecía ir a

alguna excursión, iría a otro lugar. En principio pensó ir a España, pero no soportaría Sevilla en verano. Ya iría algún día en primavera.

Así que se dejó aconsejar en la Agencia. No quería ir tampoco al sur, eligió Canadá y daría un salto a Alaska. Le encantaban los sitios fríos y en verano no haría demasiado. Lo que eligió iban a ser veinte días no quince, pero aceptó. El viaje lo tenía programado y le encantó todo cuanto iba a ver, porque tenían días de descanso en el tour y eso era lo que ella quería, ver naturaleza y descansar.

Su pasaporte estaba en regla. Lo enseñó en la agencia y debía coger en dos días el avión en Cheyenne dirección a Anchorage. Empezaría por Alaska.

Todo el viaje le costó 10.000 dólares, con los hoteles, viajes y comida incluidos. Eran hoteles de cuatro estrellas, pero a ella no le importaba.

No se paró a mirar el precio de su viaje. El resto, lo que se gastase, tampoco. Se lo merecía y punto. Más costó el todoterreno de Darek, así que ahora le tocaba a ella.

Cuando llegó al rancho, empezó a preparar una maleta. Llevaría algunas rebecas por si hacía frío. Cuando su suegra vino a hacer la cena, le dijo que se iba de vacaciones veinte días, que lo necesitaba o iba a volverse enferma.

Y su suegra, le dijo que sí, que se fuera, que por los niños no se preocupara, que se lo merecía, ahora que Darek llevaba el rancho y estaba perfectamente, que ellos se quedarían en la habitación frente a la suya y cuidarían a los pequeños.

Ella la abrazó llorando porque estaba llegando a su límite y su suegra lo entendió perfectamente.

Cuando vino su suegro, la animó también, que se fuera sin preocupaciones. Ella le dijo que cuando fuese a comprar esas semanas al pueblo, le pidiera a Darek la tarjeta para pagar, de todas formas se lo diría a él y Darek que se hiciera cargo del despacho o luego ella lo pondría al día cuando volviese.

Cuando vino Darek, ella había metido la maleta preparada en su vestidor para que no la viera. Cuando la casa quedó en silencio y los niños estaban dormidos...

—Le he dado el cheque a Connor —le dijo a ella.

—Me parece bien.

—No quería cogerlo, pero al final le dije que te enfadarías.

Y ha aceptado. Te da las gracias.

—Me voy pasado mañana, Darek.

—¿Que te vas a dónde? —le preguntó sorprendido y preocupado.

—Me voy a coger unas vacaciones. Ya lo saben tus padres. Cuidarán a los chicos, y tú puedes llevar la gestión del rancho esos días y si no, cuando yo venga, me pongo al día. Cuando tu padre vaya a la compra le das la tarjeta. No me gusta dejar nada a deber. Todo está pagado y conforme viene compramos y se paga.

—¿Pero, pero, dónde irás?

—Necesito unas vacaciones Darek, sola. Lo necesito. Han sido muchos años y estoy agotada emocionalmente.

—¿Pero dónde vas?

—A Alaska y a Canadá. Tengo un itinerario. Hoy he ido a la Agencia y me voy en un tour con más gente.

—¿Cuánto estarás fuera?

—Veinte días.

—Veinte días. Susana...

—Lo necesito, lo siento. Quiero tenerlas. Me estoy ahogando. Si no me voy, voy a enfermar. De verdad.

—Si no te digo lo contrario, pero ahora que empezábamos a estar bien. Llevamos dos días bien.

—Ya te lo he dicho no es por ti, es por mí misma.

—¿Vas a dejarme? —se lo preguntó porque lo sintió de verdad, que ella iba a dejarlo.

—No es eso. Necesito estar sola y desconectar. Quizá no lo entiendas pero han sido siete años y después casi seis y no soy de piedra.

—Sí lo entiendo, pero me gustaría ir contigo. Los dos solos. Podemos tomarnos unas vacaciones, juntos. Me duele que no hayas contado conmigo.

—Será en otra ocasión si quieres más adelante. Ahora quiero ir sola.

—¿Hay otro de verdad?, dímelo. No voy a ponerme de ninguna manera. Desde luego no me gustaría, pero...

—Darek, para. No hay nadie, ni lo ha habido antes. Soy yo. Lo necesito y me da igual si lo comprendes. No tiene nada que ver con nuestra relación. Volveremos a empezar cuando vuelva.

—¿De verdad?

—Sí, de verdad.

—¿Me lo prometes?

—Te lo prometo. Sólo quiero que cuides a los niños. Tus padres se quedarán en casa.

—Pero pequeña, estoy preocupado y ahora no quiero perderte. Nunca he querido aunque no te recuerde, me gustas mucho y quiero que estés a mi lado por las noches.

—Dame un poco de espacio.

—Te echaré de menos —dijo con tristeza.

—No te hagas la víctima Darek, deséame suerte y que pueda pasar bien esos días y sea feliz. No quiero que seas egoísta conmigo.

—Tienes toda la razón, cielo. Lo siento. Pero tengo miedo.

—¿Miedo de qué?

—De que cuando vuelvas no quieras estar conmigo.

—No creo que eso pase.

—Pero puede pasar. Te he herido y te he hecho daño y sé que aún no me has perdonado, pero te juro que estoy dispuesto a hacer todo para amarte y ser una familia.

—No quiero pensar nada ahora. Quizá algún día piense, pero me voy para descansar y estar sola.

—Está bien. Ven aquí. Aún nos quedan dos noches y pienso amarte como te mereces. Quiero que me recuerdes cuando te vayas.

Esas dos noches que pasaron juntos antes de irse, él fue romántico y tierno y la acariciaba y tocaba su cuerpo y le

hacía el amor con pasión y tenía dudas de si eso era suficiente para ella.

Sintió que la estaba perdiendo y ahora le quedaban veinte días sufriendo.

El miércoles por la mañana, se despidió temprano de todos y tomó su monovolumen, camino de Cheyenne con su maleta y su bolso.

Se había despedido con lágrimas por sus hijos. Jamás se había separado de ellos, pero les prometió traerles regalos. Les dijo que mamá, debía ir a un lugar a comprar cosas para el rancho.

Lo último que vio fue a Darek con las manos en las caderas y su sombrero negro mirando cómo

se iba.

En cinco horas estuvo en el aeropuerto. Dejó el coche en el parking, y en dos horas cogía su vuelo a Anchorage.

Tenía que hacer dos escalas y el vuelo tardaba más de 10 horas con las escalas. Pero a ella no le importaba.

Al día siguiente, estaba en Anchorage. Se quedó dormida por la noche y el amanecer desde el avión, era magnífico, una preciosidad helada. Un paisaje que le encantaba y le llenaba de vida los pulmones.

Tomó un taxi, en el aeropuerto hasta el hotel. Cuando llegó al hotel, se tumbó en la cama y se quedó dormida unas horas.

Cuando despertó eran las tres de la tarde. Se duchó y salió a ver la ciudad y comer fuera. La ciudad le encantó. Visitó los lugares más importantes.

Era una ciudad cultural, compró algunos libros antiguos mini pequeñitos de proverbios que le encantó, y comió, tomó café y cenó fuera.

Por la noche, entró en un pub a tomar una copa. Era un local con música de jazz y le encantó. Ese día no iba a comprar nada de regalos para los chicos. Tendría otro día a la vuelta y compraría cosas de allí.

Cuando llegó la hotel iba rendida, pero encantada, liberada, no había pensado en nadie. Y eso era magnífico y liberador y de eso se trataba el viaje. De ella misma.

Miró el móvil y tenía dos llamadas de Darek. Y lo llamó. Era de noche, las once. Quizá estuviese durmiendo

—¡Hola!

—Hola pequeña, ¿cómo estás? ¿Has llegado bien?

—Sí, estoy en Anchorage. No he visto el móvil hasta ahora que he llegado al hotel. He estado paseando y comiendo fuera. ¿Y los niños?

—Están bien, durmiendo, no te preocupes. Te he echado de menos esta noche.

—Es pronto para eso. Bueno. Mañana hablamos. Te dejo dormir.

—Adiós pequeña, pásalo bien.

Darek, se quedó triste y con cierta sensación de desasosiego, eran las once de la noche y acababa de volver de estar fuera.

No podía evitar verla con esos escotes y sus vestidos o faldas y que no la miraran otros hombres.

Si se hubiese portado bien con ella desde el principio, ahora estarían bien o habrían ido ambos de vacaciones. Pero lo había jodido todo.

Susana, no quiso pensar nada y estaba derrotada. Aún no había descansado lo suficiente y había andado unas cuantas horas por la ciudad. Solo viendo, admirando, sin pensar siquiera en el rancho.

Al día siguiente, no dormiría en ese hotel, así que tuvo que recoger la maleta y ya empezaba su ruta turística.

Un tour por Alaska con más gente. A la vuelta, tendría otro día entero en la ciudad y otro día y noche en Juneau, la capital. Y luego ya iría a Canadá.

Puso la alarma de su móvil y se levantó renovada. Se duchó y se secó el pelo y bajó a tomar el desayuno.

Allí estaba ya preparado el guía que ella reconoció por su número de tour.

Desayunaron y debían estar en el autobús fuera del hotel en una hora.

A las nueve emprendían el primer viaje, que era a las praderas, cerca de Anchorage, se quedarían una noche para ver las auroras boreales y dormirían en unas cabañas de madera en plena naturaleza.

Lo que vio la dejó maravillada. Nunca había visto nada igual. Por la noche fueron a cenar al comedor de las cabañas.

Había hecho algunos amigos. Eran un grupo de veinticinco personas. Algunos matrimonios mayores. Tres chicas de su edad y cuatro chicos que tendrían unos treinta y ocho o cuarenta años y ella, y se hicieron un grupo de ocho, ya que el resto eran parejas y ellos iban solos.

Uno de ellos era un bróker de Nueva York, dos abogados de Montana y otro de Wyoming, que era un cardiólogo, de la capital.

Las chicas eran de una agencia de publicidad y eran amigas, pero la metieron en el grupo.

La verdad que esa noche de la aurora boreal, se sentaron, frente a un fuego y hablaron de todo. Por ese motivo se enteró de que el bróker de Nueva York, estaba estresado y necesitaba un viaje en plan naturaleza, las chicas, habían ganado el viaje, por una cuenta que habían ganado y se lo habían regalado.

El cardiólogo, le dio pena porque se le había muerto un paciente en el quirófano, y ella, le dijo que eso era parte de su trabajo que los médicos no eran dioses. Él le sonrió. Tuvo más afinidad con él que con el resto.

Y dentro del grupo, parecía que hacían dos grupos, los abogados con las publicitarias y el bróker y ella hablaba más con el cardiólogo.

Éste tenía 38 años. Era alto y moreno con ojos verdes. Estaba divorciado. Lo cierto es que le pareció muy guapo, pero tenía tantas heridas como ella, o quizá más.

Esa noche hablaron de muchas cosas y se contaron sus vidas. Y él se quedó pensando en la vida de ella.

No había tenido vida. Había sido una enfermera toda su vida, sin título. Y vio una mujer fuerte que lo animaba a él. Era optimista. Y luchadora.

Ojalá él la hubiera conocido hace unos años. Era una mujer guapa y maravillosa.

En los días siguientes, visitaron el parque nacional de Denali, con sus glaciares, sobre todo el de Mendenhall y sus fiordos y se echó infinidad de fotos, y las hizo de los paisajes.

También se hizo el grupo entero. Siempre iban juntos, pero tenían sus charlas aparte también.

Susana se sintió como la joven que era divirtiéndose. Sam, que era cómo se llamaba el cardiólogo, tenía unas manos bonitas. Ella se había fijado.

Era amable con ella y la miraba de una forma especial. Si no estuviese casada, desde luego ligaría con ese hombre y lo conocería. Le parecía un hombre espectacular y perfecto. Y se sintió unida e identificada con él.

El viaje siguió y uno de los días, dieron un paseo en trineo a uno de los lugares donde llegaron. Ella, se sentó con Sam y lo pasaron estupendamente, sintió el frío en la cara.

Y el aire llenar sus pulmones y fue maravilloso e inolvidable. Sam la miraba admirado.

Volvieron de nuevo a Anchorage tras seis días de intenso viaje por lugares maravillosos y lagos de Alaska. En ese día que tenía libre, quiso dedicarlo a comprarles a los chicos algunos regalos. Tuvo que comprar otra maleta, para ir metiendo los regalos.

Y quedó para cenar con Sam en un restaurante del centro.

Y se sintió bien con él. Él le contó su matrimonio, por qué no funcionó, el sentimiento de culpa que le invadía por la pérdida humana y ella, lo consoló a él y empatizó con su dolor.

—Eres maravillosa Susana. Si te hubiese conocido antes...

—Sí, pero no hubiésemos coincidido ni por casualidad. Yo vine con un anillo a mi rancho.

—Lo sé. En otra vida quizá...

—Sí, en otra vida. Esta ya la tengo completa, mellizos incluidos

—Eres graciosa y simpática.

—Tú eres un buen hombre y tienes que volver a operar los corazones de la gente. Nos tocas el corazón. Y de esos hay pocos.

—La cena estaba buena y él no dejó que pagara. El restaurante era caro y exquisito.

—Quiero pagar

—No te dejaría, mujer. Es solo una invitación. Mañana me invitas en Juneau a un café. —¿Te apetece ver la ciudad conmigo?

—Me encantaría. Voy a hacer un amigo en este viaje.

Cuando llegaba al hotel siempre tenía llamadas de Darek. A veces no contestaba y mandaba algún mensaje y este le contestaba al día siguiente.

Darek, se sentía irritable y herido y uno de los atardeceres que montaba a caballo, se acercó a la entrada del rancho y se fijó en el gran árbol y vio unas iniciales, D y S, hechas con un cuchillo.

Eran sus iniciales y en ese momento se acordó de cuando él la tocó a ella en ese árbol. Su primer orgasmo y el primero de él, antes de casarse y recordó todo, todo lo que vivió con ella y supo que la amaba.

La había amado y la amaba tanto que le dolía. Y la quería de vuelta en el rancho ya con él. Quería hacerle el amor. La necesitaba y sus hijos también. No quería que conociera a nadie. Y allí en ese árbol, se sentó a llorar como nunca.

—¡Maldita sea!, ¡maldita sea! Susana. Nunca te dije que te amaba, pero te amo. Tenemos dos hijos y ahora sé quién eres.

Recordó cuando ella era virgen y tembló en sus brazos y los días y meses posteriores. Lo optimista y trabajadora que era y sus ansias de aprenderlo todo y su amor por todos los demás, su generosidad, su cuerpo y sus pechos y su sexo depilado para él solo.

—Y le mandó un mensaje escueto.

—Te amo, mi amor, mi pequeña, te echo de menos.

Y ella lo leyó por la noche y por primera vez en una semana pensó en él, era su hombre, su primer hombre y lo amaba. Eran una familia y lo echaba de menos.

Echaba de menos sus formas de amarla. Pero le iba a hacer sufrir un poco más. Hasta terminar sus vacaciones y soltó dos lagrimas por todo el amor contenido durante tanto tiempo. Lo amaba. Pero no le contestó.

Al día siguiente, visitaron Juneau y Sam, la acompañó y comieron tomaron café, recorrieron la ciudad y cenaron y ella se adelantó y pagó la cena, porque si no, él no la dejaba apagar nada. Luego se enfadó, pero ella le dijo que fueran a tomar una copa.

Entraron en un local y tomaron una copa y bailaron como dos amigos y fue estupendo.

Al volver al hotel, tenía un WhatsApp con una foto de los tres, con el mensaje: *te queremos mamá.*

Y volvió a llorar y les contestó de la misma forma.

Y yo a vosotros un montón.

El siguiente día, salían temprano para Canadá. Allí visitaron las ciudades de Ontario, Ottawa, Toronto Quebec y Montreal.

Vieron las cataratas del Niágara, que le pareció una maravilla de la naturaleza, el lago

Moraine, con el valle de los diez picos.

El lago manchado, con manchas de distintos colores, Spotted Lake, el parque Stanley en Vancouver y muchos lagos que ya ni recordaba sus nombres.

Las ciudades, les pareció todas maravillosas y en Ottawa, terminaba su viaje. En los autobuses, siempre se sentaba con Sam y llegó a conocer a ese hombre maravilloso. Hizo un buen amigo y viajaría con ella a Wyoming. Eran los dos que tomaban el mismo vuelo, de hecho lo habían cogido a la ida, pero no habían coincidido.

CAPÍTULO 17

Habían pasado diecinueve días maravillosos y llevaba la maleta cargada de regalos.

—Llevas una maleta de más.

—Sí, he comprado ropa y regalos para toda la familia. Voy cargada, menos mal que tengo un coche grande en el aeropuerto.

Al día siguiente en el vuelo de vuelta a Cheyenne, pidieron ponerse en asientos juntos y se los consiguieron.

—Susana— le dijo Sam.

—Dime Sam.

—Si vienes alguna vez a Cheyenne, quiero que me llames, comeremos juntos o tomaremos café.

—Vivo a cinco horas, pero si vengo, te llamo, seguro. No te quepa duda.

—Tienes mi teléfono.

—Y yo el tuyo —dijo ella—. Cuando necesites algo puedes contar conmigo y si quieres paz, estás invitado al rancho. Te presentaré a Darek, te gustará.

—¿No será celoso?

—Mucho —dijo sonriendo.

—Entonces, me lo pensaré. Si fueras mía, yo también lo estaría.

—Vamos, no seas tonto.

—Lo digo en serio. Eres maravillosa.

—Y tú también.

—Eso no se dice a bocajarro.

—Suelo ser así de sincera.

—¿Cómo es Darek?

—Te voy a enseñar una foto con los niños que me mandó la otra noche.

—Es muy guapo. Es todo un vaquero y tus hijos son iguales a él, preciosos.

—Sí, estoy muy orgullosa de mis hijos. Pero como te he contado, necesitaba este soplo de libertad y al final no he estado sola un momento.

—Viene bien hacer amigos. Si hubieses estado sola, hubiese sido peor.

—Eso es cierto.

—Luego se quedó un rato dormida en los hombros de Sam.

Cuando llegaron al aeropuerto de Cheyenne, estaba anocheciendo, y esperaron las maletas. Las de Sam salieron primero y se despidió de ella.

—Me alegro de haberte conocido Sam y le dio un abrazo.

—Yo también, Susana. Sin embargo, bajó sus labios a los suyos y la besó.

—Cúidate. Y me llamas si vienes.

—Adiós Sam— le había dado y un beso en los labios y fue precioso.

Se sintió viva. Pero ella no le dio la importancia que quizá él le diera. Era un beso precioso de un amigo, claro que si Darek, la hubiese visto se hubiese divorciado.

Era un hombre terrible. Y por primera vez en veinte días, sonrió pensando en él y deseaba estar en casa con todos ellos. Y esperaba que Darek, fuese su marido y no ese intransigente que había sido los últimos meses.

Cuando llegó al parking con sus maletas, tomó su monovolumen y salió camino de su casa, pero era de noche ya y pensó en salir de la capital y parar en el primer pueblo que tuviese un motel o un hotel.

Dormiría hasta el amanecer porque estaba cansada de tantas horas de vuelo y un día más no tendría importancia. Paró al cabo de una hora de camino en un motel y pidió una habitación, comida y se dio una ducha y se acostó.

Al día siguiente se levantó a las nueve de la mañana. Había dormido casi doce horas. Llamó a casa, para decirles que llegaría sobre las dos o tres de la tarde.

Desayunó bien y cuando llegó a casa eran las dos de la tarde.

Los niños estaban en el colegio y la madre de Darek estaba preparando la cena de los trabajadores. Así que abrió la puerta, sacó las maletas y las subió al dormitorio pensando que estaba sola. Al entrar en la habitación, se encontró a Darek sentado en el balcón —Dios mío Darek, me vas a matar, ¡qué susto!

El aroma de su perfume inundaba la habitación que estaba medio oscura, debido a que las cortinas estaban echadas.

—¿Te has perfumado? —le preguntó a él.

—Sí, para recibir a mi esposa. Deja las maletas y ven a saludarme y señaló sus piernas, como cuando se conocieron y ella se sentaba en sus piernas.

—¿No vas a darme un beso?, ¿un abrazo?

—Me das miedo.

—Pequeña, te amo... Y a ella, se le cayeron dos lágrimas.

—No llores cielo, te amo de verdad. Fui al árbol y pusiste las iniciales. Las nuestras, las que dijimos que algún día escribiríamos en nuestro árbol.

—Sí. Las escribí cuando estabas en coma.

—Allí tuvimos nuestros primeros orgasmos.

—¿Cómo...?

—He recordado todo.

—¿En serio?

—Sí, en nuestro árbol —mientras le metía la mano por la falda y tocaba su sexo apartando ese trozo de gasa transparente y con la otra cogía su cabeza y la acercaba a su boca.

—Preciosa., te he necesitado tanto... ¡Tócame!

Y ella lo tocó todo excitado, mientras se besaban y ella tenía un orgasmo de su hombre que la dejó temblando.

Se levantó con ella en brazos y la desnudó y se desnudó y la tumbó en la cama y la poseyó como si hiciese cinco años que no lo hacía, diciéndole palabras hermosas y preciosas que ella siempre quiso oír de sus labios y esa mañana fueron una carne unida y no se saciaba de ella.

Cuando descansaban ella se echó de lado como antes y lo acariciaba en el pecho y metía su cabeza en el hueco de su cuello mientras él tenía los ojos cerrados.

Lo adoraba, como siempre lo hizo, como siempre lo miró.

—No me mires...

—Es que eres tan guapo...

—Eso me decías antes y me encantaba.

—Sí, te adoraba, tus ojos azules y este cuerpo de infarto que es mío y te quiero.

Él la abrazó contra su pecho.

—¿Me has perdonado?

—Claro que sí bobo. Te he perdonado. Pero si te hubieses ido aquella noche a tomar cervezas ahora no estaríamos así.

—Menos mal que me pusiste en mi lugar. Te faltó coger la paleta déla cocina.

—¡Qué exagerado! Eres mío y no estoy dispuesta a compartirme con nadie.

—¿Y tú has sido buena en el viaje?

—Sí, hice un buen amigo, es cardiólogo de Cheyenne, dos abogados, tres chicas publicistas y un bróker de Nueva York.

—¿Cómo se llama del cardiólogo?

—Sam y me dio un beso en los labios cuando nos despedimos. Creo que le hubiese gustado que estuviéramos divorciados.

—Susana...

—¿Qué?

—No te besó.

—Sí que me besó, en los labios, como un amigo —le dijo ella.

—¡Joder...! —Darek apretó los puños con fuerza.

—No es nada grave.

—Es un beso.

—Es un roce en los labios —le quitó importancia—. No como tus besos.

—¿Cómo son mis besos?

—Perfectos, —dijo Susana—ya lo sabes, me encantan.

—No toques ahí.

—Estaba jugando solamente y acariciándote —ella sonrió. —Es peligroso.

—Me encanta el peligro.

—¡Malvada!, quieres darme celos.

—¿Con tu sexo?

—Eres la monda —Darek la montó encima de él— Ya te domaré yo potrilla.

—Estás loco —rio.

—Sí, estoy loco por mi mujer y date prisa antes de que lleguen los chicos, para algo me he tomado la tarde libre.

—Tengo hambre...

—Luego cenas.

—Pero no he comido nada desde el desayuno.

—Cenarás bien, ahora no tienes tiempo.

—Será posible...

—Tengo que recuperar casi seis años de mi vida. He pasado sin sexo desde los 30 y tengo 35.

—¿Y qué quieres?

—He hecho la cuenta. Si lo hacemos cinco veces al día, en otros cinco años, me pongo al día.

—Pero, ¿estás bien de la cabeza?

—El médico dice que sí.

—¡Loco...!

—Loquita... Te amo, te amo tanto...

CAPÍTULO 18

Los mellizos habían cumplido nueve años el día anterior. La fiesta había sido preciosa, con sus abuelos y una gran tarta y niños de su colegio.

Y ya montaban sus ponis. Estaban preciosos y se parecían tanto a su padre... los fines de semana andaban tras él como dos perrillos falderos.

Tuvieron que adoptar dos años atrás, un cachorrito a cada uno, de color negro y blanco, al que pusieron Bob y Cora y tuvieron que hacerles un espacio en sus habitaciones. Y enseñarlos a cuidarlos.

Como siempre Susana compró un libro a cerca del cuidado de los perros y Darek se reía. Le decía que para cada cosa necesitaba un libro. Tenía ya una pequeña biblioteca en el salón.

El rancho iba fenomenal, trabajaban mucho los dos y ella se iba a su día libre una vez al mes al pueblo.

Su marido, se acostumbró y la esperaba con alguna novedad que hacía que se excitara por ella. No había menguado su deseo por Susana y sus hijos eran una prioridad para su padre.

Quería enseñarles todo acerca del rancho y ambos niños iban vestidos como auténticos vaqueros tras él.

El año anterior, se jubilaron los padres de Darek. Susana no quiso que trabajaran más.

No les hacía falta y eran su familia y se sentía mal viendo cómo con más de sesenta años su suegra tenía que trabajar tanto, teniendo ellos dinero suficiente.

Arreglaron su jubilación y Darek con el dinero que tenía ahorrado antes de casarse y que no se había tocado, se los dio para que hicieran un viaje.

Y lo hicieron. Ellos insistieron en que nunca habían tenido vacaciones y les preparaba y regalaban cada año un viaje. Y ellos, tenían bastante dinero ahorrado durante sus años de trabajo, más el que recibieron de Darek, que no querían cogérselo, pero que ellos insistieron.

Hicieron una casa nueva en la que vivió Connor cuando se casó con una chica que se encargó de las cocinas como había hecho la madre de Darek.

Quisieron que Connor se quedara allí con su mujer por todo lo que hizo por el rancho mientras Darek estuvo en coma y éste se emocionó cuando les regaló una casa nueva a estrenar con todo.

Y los abuelos, se dedicaron a sus nietos y a descansar.

Todo había sido idea de Susana y Darek, la quería más por eso. Porque se preocupaba por sus padres.

Comían muchas veces con ellos en la casa y sus nietos los querían mucho, pero su suegro, siguió regando el huerto y a veces se metía en las cuerdas a ordenar y ellos lo dejaban. O iban a comprar todos, ella con sus suegros cuando los peques estaban en el colegio y desayunaban fuera y luego compraban. Así pasaban todos más tiempo juntos.

—¡Esto es vida suegra!

—Esto es ser vaga.

—Mujer, que no es usted una niña. Ahora necesita vivir. Su hijo es rico y dueño de un rancho muy prospero, y yo, no voy a consentir que trabajen más.

—Cuando recuerdo lo fuerte que fuiste cuando mi hijo estuvo en coma...

—Si no hubiese sido testaruda no tendría ahora a toda mi familia a mi alrededor y felices y eso

de que no trabaja... tiene dos nietos y dos perros.

—Mujer, eso no es nada.

—Yo quiero que sean felices.

—Lo somos. Al principio tuvimos miedo cuando tu abuelo le dijo a Darek que tenía que casase contigo.

—Pero cuando vino esa noche contigo, mi hijo de había enamorado de ti.

—Y yo de él. Fue un flechazo en toda regla. Es mi amor. Nunca he tenido ninguno más y ahora que se ha ido el abuelo a la barra, seguramente a pagar, le diré que fue mi primer hombre.

—Susana hija...

—Sí, yo no había conocido a ningún hombre, ni lo he conocido, ni lo necesito. Adoro a su hijo.

—No me extraña que a veces se ponga celoso...

—Es porque me gustan los escotes.

—No, es porque no quiere que nadie te mire más que él.

—Bueno, tengo que vivir con eso. Nadie es perfecto.

—Sí. Te queremos mucho, nuera. Y que digas que el rancho es de mi hijo... —Es que lo es de los dos, pero yo nunca quise hacer partes. En el fondo creo que mi abuelo lo sabía. Lo que quería era alguien de la familia que mirara por su propiedad.

—Lo has hecho muy bien cariño. Nos has dado una familia preciosa. Y estamos donde queremos estar, con mi hijo y en este rancho y además nos ha entrado el gusanillo de viajar de vez en cuando.

—Eso me encanta suegra.

—Lo sé.

—Quiero ir a España, ver la tumba de mis padres.

—Ya sabéis que podéis tomaros vacaciones cuando queráis. Nosotros nos quedamos con los pequeños.

—Quiero ir en octubre. Dentro de un par de meses.

Su suegro volvió a sentarse con ellas...

—He oído que quieres ir a España.

—Sí, suegro, quiero ver la tumba de mis padres, de mi tía y ver a mi vecina y su hijo, pero no quiero llevar a los niños. A ellos los llevaremos en vacaciones a Disney.

—Se van a poner locos.

—Hace tiempo que no vamos de vacaciones. Dos años y fuimos a Nueva York cinco días solo.

—Pues habla con Darek y prepara ese viaje cielo, te lo mereces. Y Darek también. Los dos solos como una luna de miel.

Cuando estaban en la cama, después de hacer el amor. Susana, le dijo.

—Quiero que hagamos nuestro viaje de novios.

—Hace dos años fuimos a nueva York.

—Cinco días y preocupados por los pequeños. Quiero ir a España.

—Mujer, tan lejos...

—Sí, quiero ver las tumbas de mis padres y de mi tía, ver a mi amiga Rocío y ver de nuevo Sevilla y otras provincias cercanas. Unos veinte días. Si no puedes, me voy como cuando me fui a Canadá. No pasa nada.

—Cómo que te voy a dejar ir sola.

—Por qué no...

—Con esos escotes que te gastas. Estás muy buena y no voy a dejar sola en España a mi mujer.

—Tengo treinta y tres años, encanto. No soy una niña. Iremos juntos en Octubre.

—Eso es dentro de dos meses.

—Sí, antes de Navidad y Acción de gracias y el verano que viene en vacaciones llevamos a los peques a Disney.

—Te has vuelto muy viajera.

—Pero cielo, si no he viajado nada.

—Tienes razón, mi amor. Dejaré a Connor al cargo. Lo que hiciste con él y con mis padres es... nunca se me hubiese ocurrido. Eres la mujer más generosa del mundo.

—No podía dejar que tus padres trabajasen más y no los iba a echar de su casa. Son nuestra familia y nunca les faltará nada nunca, mientras tengamos.

—¿Te he dicho que te amo mucho?

—A veces.

—Pues esta es una de las veces y gordas.

Y el lunes se fue a la agencia de viajes del pueblo y sacó dos pasajes a Nueva York y otros dos a España, a Málaga

Dos meses después estaban en Sevilla. A Darek, le encantó la ciudad tan pequeña y luminosa, esos monumentos tan bellos, los puentes, la Giralda, la Torre del oro, la Catedral, el Parque de María Luisa y la Plaza de España, el Barrio de Santa Cruz. Allí cenaron una noche romántica.

Su vaquero estaba encantado con la comida y sobre todo con el jamón. El jamón era su debilidad. Y a cada lugar que iban, pedía jamón.

—Vamos a tener que llevarnos uno al rancho.

Uno de los días, fueron los al cementerio de San Fernando y compraron flores, les limpiaron las tumbas de su abuela, de sus padres y de su tía y les colocó unos jarrones con flores preciosas.

Y se emocionó tanto, que él la abrazaba con ternura.

Otro día lo pasaron con su vecina Rocío, y su marido y salieron a comer fuera. Un domingo.

Y Susana tenía que traducir. Los invitaron ellos. Sabía que su amia y vecina no tenía una posición demasiado holgada y no consentiría que pagara.

Cuando pasaron cuatro días en Sevilla, decidieron alquilar un coche e ir a Granada a ver la Alhambra. Darek, iba a alucinando de todo lo que veía.

—Me encanta España. La Alhambra es preciosa y tomaron unas tapas en el barrio del Albaicín. Al día siguiente subieron a Sierra Nevada y estuvieron un par de días en la nieve, ya que la estación de esquí, estaba abierta y lo pasaron maravillosamente. Sobre todo por las noches.

—Hacían el amor como adolescentes y llamaban a su familia al rancho todas las noches.

De Granada se fueron a Almería y pasaron otro par de días. Fueron a ver algunos pueblos preciosos y las playas maravillosas. Subieron a la Alcazaba y tomaron tapas de pescado que más que tapas eran raciones.

Su último recorrido fue por la costa hasta Málaga y allí quedaron lo que quedaba de días, recorrieron los pueblos más famosos costeros y recorrieron la calle Larios y allí compraron los regalos para llevarlos al rancho.

La última noche antes de irse, estaban en la cama acostados:

—Gracias cielo —¿Gracias por qué?

—Por haberme acompañado a este viaje. Ha cambiado todo tanto en estos años. Al menos en Sevilla que era donde vivía. Está preciosa, ¿verdad?

—Es una ciudad maravillosa y tiene mucha luz. Me ha encantado.

—Ahí se enamoró el abuelo de mi abuela, y mis padres también. Pero afortunadamente al final, mi abuelo arregló las cosas muy bien, mi amor. Porque nos juntó. Era un casamentero. Pero acertó, porque eres el amor de mi vida. Mi único hombre.

—Y tú, la mujer de mi vida, la madre de mis hijos y la mujer más generosa y trabajadora que he conocido. Yo creía que iba a ser gorda, fea... y me encontré en Cheyenne un bomboncito moreno con minifalda y escote de lujo.

—¡Qué bobo!

—Me excité al verte, que lo sepas.

—No me lo creo.

—Puedes creerlo, y deja de tocarme.

—Es que me gusta jugar.

—Pero se me levanta bruja.

—Me gusta que se levante, porque así la bajo con mi cuerpo.

—Lo que la jefa mande.

—¿La jefa manda?

—Siempre serás mi jefa mandona

—Ven aquí vaquero, antes de que vayamos a casa, vamos a cabalgar.

—¡Esa es mi chica!

—Te amo amor mío.

—Yo también te amo.

Y la sevillana cabalgó como una auténtica vaquera de Wyoming con su único hombre.

Fin